

LA ENEIDA

DE

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

POR EL

ILUSTRÍSIMO SR. DOCTOR

D. LUIS HERRERA Y ROBLES,

PRESBITERO,

INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
CATEDRÁTICO DIMISIONARIO DE LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, Y HOY DE RETÓRICA Y POÉTICA,
POR OPOSICIÓN, EN EL INSTITUTO DE SEVILLA,
DIRECTOR DIMISIONARIO DE INSTITUTO,
JEFE SUPERIOR HONORARIO DE ADMINISTRACIÓN CIVIL,
JUEZ DE OPOSICIONES Á CÁTEDRAS, INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA, DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA, CÓRDOBA Y CÁDIZ,
CAPELLÁN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.,
COMENDADOR DE LA DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III
Y COMENDADOR DE NÚMERO DE LA
DE ISABEL LA CATÓLICA.

Con un prólogo del Excmo. Sr. D. Juan Valera,
de la Real Academia Española.

MADRID

Librería de Fernando Fé

CARR. S. JERÓNIMO, 2.

SEVILLA

Librería de Juan Ant.º Fé

SIERPES NÚM. 89.

871-1

VIR

ene

LA ENEIDA

LA ENEIDA

DE

PUBLIO VIRGILIO MARON

TRADUCCIÓN EN VERSO CASTELLANO

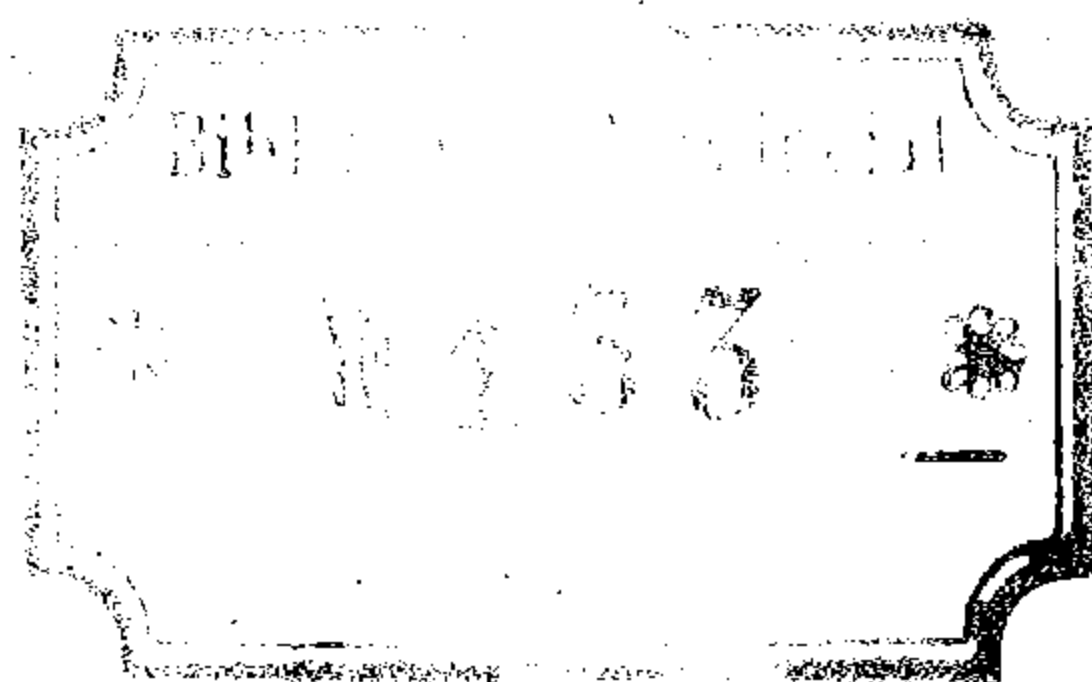
POR

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR DOCTOR

D. LUIS HERRERA Y ROBLES,

PRESBITERO,

INDIVIDUO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,
CATEDRÁTICO DIMISIONARIO DE LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, Y HOY DE RETÓRICA Y POÉTICA,
POR OPOSICIÓN, EN EL INSTITUTO DE SEVILLA,
DIRECTOR DIMISIONARIO DE INSTITUTO,
JEFE SUPERIOR HONORARIO DE ADMINISTRACIÓN CIVIL,
JUEZ DE OPOSICIONES Á CÁTEDRAS, INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS
DE LA HISTORIA, DE BUENAS LETRAS DE SEVILLA, CÓRDOBA Y CÁDIZ,
CAPELLÁN DE HONOR Y PREDICADOR DE S. M.,
COMENDADOR DE LA DISTINGUIDA ORDEN DE CARLOS III
Y COMENDADOR DE NÚMERO DE LA
DE ISABEL LA CATÓLICA.



MADRID

Librería de Fernando Fé

CARR. S. JERÓNIMO. 2.

SEVILLA

Librería de Juan Ant.º Fé

SIERPES, NÚM. 89.

~~~~~  
ES PROPIEDAD DEL AUTOR  
~~~~~


Á LA
REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
EN TESTIMONIO
DE RESPETO Y GRATITUD

Luis Herrera.

A LOS LECTORES

Al sacar á luz la presente obra, cúpleme explicar el origen de este trabajo, y la causa que me movió á emprenderlo.

Lamentábanse los literatos españoles y todas las personas amantes de la bella literatura, especialmente los sabios críticos Señores D. Juan Valera y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, de que nadie hubiese continuado la versión de la ENEIDA comenzada por el inolvidable poeta y Académico Sr. D. Ventura de la Vega, quien con maestría suma tradujo en verso endecasílabo suelto el libro primero, justamente aplaudido por la Real Academia Española y por la crítica competente y sana. El Sr. Menéndez y Pelayo, al tratar de esta labor admirable, elogiándola cual merece, dice, en un arranque de entusiasmo, hijo de sus pasmosos conocimientos y de su profundo amor á las inmortales obras clásicas: «¡Qué bella sería una traducción de la ENEIDA en versos sueltos y hechos de esta manera!»

Tal deficiencia, por todos sentida, dió lugar á que los referidos Señores y el eximio Académico D. Aureliano Fernández Guerra, á quien lloran con razón las letras patrias, me excitaran con empeño á que continuase la versión comenzada por aquel insigne poeta, gloria del teatro español; y á tales excitaciones hube de corresponder muy de buen grado, aunque con el temor y la desconfianza que naturalmente había de inspirarme el conocimiento de mis fuerzas, débiles para acometer empresa tan árdua. Hecha, empero, casi por vía de ensayo, la traducción del libro segundo, y aprobada por los tres eminentes críticos citados, y después que ellos por otros muchos literatos de reconocido valer, cobré ánimo para continuar la arriesgada tarea, llegando, con igual beneplácito, á la terminación de los seis primeros libros, que someto en este volúmen al juicio del público docto.

Respetando, pues, la memoria del esclarecido vate D. Ventura de la Vega, su primoroso trabajo y la opinión de los Señores mencionados anteriormente, me he abstenido de traducir el libro primero, y, con la autorización que se ha dignado concederme bondadosamente su hijo, el distinguido poeta Señor D. Ricardo de la Vega, lo publico en unión de los tra-

ducidos por mí, teniéndome por muy honrado con tal compañía.

Otros libros tengo traducidos también, y me propongo hacer la versión de los restantes, si Dios me da fuerzas para ello, con el fin de publicarlos en otro volumen.

Hé aquí mi propósito y la causa de este trabajo literario. Si con él he prestado algún servicio á las letras patrias, haciendo algo que pueda aumentar no indignamente la riqueza suma de nuestra Literatura, tan admirada en la república de las letras, me daré por satisfecho.

Luis Herrera.

CARTA DEL SR. D. RICARDO DE LA VEGA

Madrid 28 de Noviembre de 1897.

SR. D. LUÍS HERRERA.

Muy Sr. mío y amigo de todo mi aprecio: Recibo su grata, fecha 26, y lleno de satisfacción manifiesto á usted, que honra sobremanera la memoria de mi buen Padre, publicando su libro I de LA ENEIDA en unión de los traducidos por Vd.

El eminente literato Sr. D. Juan Valera me escribió sobre este asunto manifestándome igual deseo, y yo le contesté en el mismo sentido; es decir, considerándome honradísimo, y dando á Vd. las gracias, y autorizándole para que haga como tenga á bien la publicación de la citada obra.

Con este motivo tiene el gusto de repetirse su afectísimo amigo y estusiasta admirador

Q. B. S. M.

Ricardo de la Vega.

*Carta del M. I. Señor D. Cayetano Fernández, Individuo
de Número de la Real Academia Española, Dignidad
de Chantre de la Santa Metropolitana y Patriarcal
Iglesia de Sevilla, Académico Preeminente de la Sevi-
llana de Buenas Letras y Ayo y Preceptor de S. M. el
Rey D. Alfonso XII.*

SR: D. LUIS HERRERA,

Mi estimadísimo y respetable amigo: Siento en el alma los padecimientos de Vd; y los míos han sido también parte á que yo no haya cumplido aún mi prometida y deseada visita.

¿Qué diré ahora de su monumental Eneida? No he podido contenerme, y he leído ya no poco de su trabajo, especialmente el libro IV, que es mi predilecto. Mis aplausos no deben satisfacer á Vd., porque parten de la incapacidad y de la ignorancia; y me consta además que las eminencias literarias de España han pronunciado sobre la obra de Vd. veredicto muy glorioso. Sin embargo cúmpleme declarar, con toda la sinceridad de mi alma, que, al leer sus hermosos versos, tan fluidos, tan tersos, tan castizos y elegantes, y al observar la fidelidad extraordinaria, el levantado estro poético y las ricas galas de elocución,

con que traslada Vd. casi literalmente á nuestro idioma las bellezas innumerables del poema virgiliano, no me ha parecido traducción, sino el mismo original, lo que tenía á la vista.

Ha hecho Vd. perfectísimamente en traducir en versos libres, porque estamos hartos de ver, en otras versiones, cómo el consonante constriñe, y obliga al traductor á cometer tales ripios y amplificaciones, que apenas si permiten reconocer el original.

Reciba Vd. mi enhorabuena cordialísima y un millón de gracias por la fineza con que se ha dignado distinguirme, tan grande como inmerecida; y quiera Dios dar á Vd. pronta y completa salud, para poner término á su gloriosa empresa, y á todas aquellas en que se ocupe en lo sucesivo su privilegiado ingenio.

De Vd. con la mayor consideración y afecto su antiguo amigo y constante admirador

Q. B. S. M.

CAYETANO FERNÁNDEZ.

Sevilla 28 de Marzo de 1898.

DICTAMEN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

1

DICTAMEN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

D I C T A M E N

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El Sr. Académico de Número encargado de informar acerca de la «Traducción en verso castellano de la Eneida de Publio Virgilio Maron» hecha por el Ilustrísimo Sr. Dr. D. Luís Herrera y Robles, ha emitido el dictamen que se inserta á continuación.

«Encargado por la Real Academia Española de dar dictamen sobre la traducción de los seis primeros libros de la «Eneida de Virgilio,» puestos en verso castellano, y que ha publicado el Sr. D. Luís Herrera y Robles, Catedrático de Retórica en el Instituto de Sevilla, cábeme la satisfacción de poder afirmar que esta traducción es, á mi juicio, de mérito sobresaliente, y redunda en gloria de su autor y honor de las Letras españolas.

«La Eneida de Virgilio ha sido considerada, según es notorio, como una de las obras más perfectas que nos legó la clásica antigüedad, joya de la literatura latina y prez inmortal del ingenio humano. Por esto, como no habrá podido menos de excitar en cuantos la han leído de-

leite extraordinario, así no ha dejado de despertar en no pocos el deseo de ejercitar en ella sus ingenios, ya comentándola ó explicando sus puntos oscuros, ya esforzándose por trasladar á las lenguas vulgares las bellezas, que admiraban en el original.

«Pero si han sido muchos los que han acometido la ardua empresa, pocos son los que han salido con ella, si no airoso, por lo menos con la gloria de haber dado pruebas de que habían entendido bien al egregio poeta, y logrado en su interpretación aquella perfección relativa, á que se puede aspirar en este linaje de tareas.

«Uno de los que se han acercado más á esta relativa perfección entre los traductores españoles del poeta manтуano es, á mi juicio, el Sr. D. Luís Herrera y Robles. Familiarizado desde su juventud con la lectura de los clásicos latinos y griegos, y teniendo conciencia de las dificultades de su empresa, dispúsose á ella con largos años de estudio, ya revolviendo y manejando de día y noche, como aconsejaba Horacio, los mejores autores, ya ejercitando su pluma en obras, que fuesen para él ensayo y preparación para la que más adelante pensaba acometer. En estas obras se ha mostrado el Sr. Herrera profundo conocedor de las lenguas clásicas latina y griega, fino crítico y perito juzgador de sus primores, y respecto de la lengua castellana ha dado también pruebas de

ser un Maestro, que no sólo conoce los preceptos del arte de escribir, sino que los sabe poner en práctica por loable manera, haciendo gala de singular claridad y pureza de estilo, y de notable gracia y gentileza de lenguaje. Añade en fin el Sr. Herrera á estas buenas cualidades la de ser poeta fácil y galano, digno alumno y continuador de la gloriosa Escuela sevillana, cuyos timbres tiene á su cargo perpetuar, como Catedrático de Retórica y Poética en el Instituto de Sevilla.

«Con tales preparativos, después de estudiar por largo tiempo el inmortal poema, y sintiéndose con ánimo de trasladar á nuestra lengua sus incomparables bellezas, se aplicó á la empresa con un valor y con un entusiasmo, que ciertamente merecen la más viva admiración. No ha llevado á cabo todavía su laboriosa tarea; pero lo que ha trabajado en ella, y el acierto con que lo ha hecho, nos dan esperanzas de que saldrá con su intento con tanta gloria para sí, como honor de las Letras españolas.

«La forma ó medio artístico de que se ha valido para su traducción es el verso endecasílabo suelto, elección acertada en verdad, ya que este verso es el más análogo al exámetro latino usado por Virgilio en su poema, y que bien manejado, como lo es por el señor Herrera, tiene su ritmo especial, que suple muy bien al asonante ó consonante necesario, según algunos, para dar á las

ideas poéticas la armoniosa sonoridad, que es su digno complemento. Al adoptar esta forma de versificación, ni más ni menos que en la manera general del estilo y forma de traducción, gloríase el Sr. Herrera de haber tomado por modelo la versión del primer libro de la Eneida de Virgilio publicado por Don Ventura de la Vega en las Memorias de nuestra Academia, y del cual tuvo esta la dicha de gozar las primicias, oyéndoselo leer á su autor, con aquel arte y encanto singular, que daba á cuanto leía el que fué gloria de nuestra Corporación, y honra de las Letras españolas. No pudo el Sr. Herrera escoger mejor modelo para el acierto en el desempeño de su trabajo, pues si el buen gusto, la discreción y el conocimiento profundo y familiar de cuanto tiene relación con las buenas Letras, fueron cualidades que avaloraron todas las obras del inolvidable Vega, en pocas campearon y resplandecieron más que en su ensayo de traducción de la Eneida de Virgilio. Es más; y en esto ha dado prueba el señor Herrera de su discreción y buen gusto: conociendo que lo que estaba bien hecho no había para qué hacerlo de nuevo, ha querido encabezar su obra con la dicha traducción del primer libro de la Eneida, para lo cual ha pedido permiso al hijo del señor Vega, quien galantemente se lo ha otorgado.

«Sea dicho para honor del nuevo traductor de Virgilio:

cotejados con este hermoso modelo los cinco libros restantes, únicos que ha publicado, y que son ya obra propiamente suya, hay que confesar que no desmerecen de aquel ni en la inteligencia y exacta reproducción del pensamiento, ni en la elegancia y pureza de estilo, ni en la armonía, sonoridad y buen andar de la versificación. Iguales perfecciones de forma y de fondo, sustanciales y accidentales, enaltecen una y otra producción, hasta tal punto, que al pasar de la lectura de la obra de Vega á la de Herrera, se nota tan poca diferencia, que cualquiera diría que ambas son partos de una sola inteligencia, y trabajos de una misma pluma. Gloria es esta, repetimos, del Señor Herrera, que por nadie creemos que le será escatimada.

«Es también de toda justicia el decir y dejar bien sentado, que si el Sr. Herrera no se cansa en el trabajo que ha emprendido, sino que lo lleva á cabo con el tesón y entusiasmo, y con el acierto que hasta ahora ha mostrado, el día que lo termine poseerá nuestra lengua una traducción de la «Eneida» de Virgilio, que no sólo aventaja en elegancia, propiedad y mérito poético á las que hasta ahora se han publicado en España, sino que podrá competir con las mejores que se han hecho en las lenguas cultas de este inmortal poema. Tal es el juicio que he formado de su trabajo.

«Finalmente, no es ocioso advertir que la obra del Señor

Herrera va precedida de un prólogo del Sr. D. Juan Valera, en el cual campea la erudición, galanura y amenidad de estilo, que son característicos de nuestro compañero, y en el cual pondera este, y poco más ó menos en los mismos términos que los usados en este dictamen, la obra del Sr. Herrera.

«Así pues, y resumiendo lo dicho hasta aquí, mi parecer es que la Real Academia Española debe dar al Gobierno de S. M. informe favorable acerca de la traducción poética de la «Eneida» de Virgilio, presentada á la censura de la Academia.»

«Y habiendo aprobado la Academia el preinserto dictamen, tengo la honra de comunicárselo á V. S. I. &.

Madrid 23 de Marzo de 1899.—*El Secretario, Mariano Catalina.*»

Este dictamen fué aprobado por los Señores Académicos siguientes: Conde de Cheste, Valera, Núñez de Arce, Conde de Casa Valencia, Menéndez Pelayo, Pidal (D. Alejandro) Mir, Benot, Comelerán, Fabié, Fernández González, Liniers, Palacio, Echegaray, Marqués de Pidal, Sellés, Conde de la Viñaza, Fernández Flores y Catalina.

PRÓLOGO

DEL

EXCMO. SR. D. JUAN VALERA,

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PRÓLOGO

Con cuidadoso esmero y tino, y con claro entendimiento y exaltado amor de la hermosura del texto original, hizo Ventura de la Vega la traducción del primer Libro de la ENEIDA. Al leer esta traducción no hay aficionado á las letras españolas, que no lamente que el autor de *La muerte de Cesar* y de *El hombre de mundo* no nos haya legado sino el comienzo de una obra, que, si estuviese completa, acrecentaría con espléndida joya nuestro tesoro poético. La idea y el propósito de continuar y aun de acabar la difícil tarea comenzada por D. Ventura de la Vega han asaltado sin duda la mente de no pocas personas. En el número de éstas me cuento yo desde hace muchos años. Y movido por mi deseo, y fiado en la singular aptitud, en el fervoroso entusiasmo y en la tenacidad infatigable para dar cima á semejante empresa, cualidades que mi recto juicio y generosa amistad me hicieron creer que concurrían en D. Luís Herrera, animé á este ilustrado Sacerdote, cuyo estro poético y cuya elegante maestría en el manejo de la lengua y de la versificación castellanas me eran conocidos, y son justamente

celebrados por la divulgación de no pocas de sus composiciones originales, á fin de que prosiguiera el trabajo yá tan dichosamente comenzado, y le terminase de suerte, que su continuación y término no fuesen inferiores al principio.

Estimulado por mí y por otros sujetos más competentes y autorizados que yo en asuntos literarios, el Señor D. Luís Herrera venció la modestia, que de tan árduo empeño le retraía, puso manos á la obra, se desveló, trabajando en ella con fe, asiduidad y cariño, y como resultado al fin de su desvelo y de su trabajo nos da hoy la traducción de cinco libros que, unidos á la yá tan encomiada traducción del primero, componen la mitad de la magnífica epopeya del vate mantuano.

D. Luís Herrera no se desanima, se propone llevar la traducción adelante, y espera terminarla; pero antes anhela dar á conocer al público lo que ha hecho hasta ahora, para ver si el público le estimula con su aprobación, ya que no le premie como merece. Harto conoce D. Luís Herrera que su obra es tan ingrata como árdua, y que es imposible que en el día, y singularmente en España, reciba por galardón gran popularidad.

Por extraordinario que sea el valer del traductor, aunque lo traducido por D. Luís Herrera no se considere inferior á lo traducido por D. Ventura de la Vega, toda-

vía no puede negarse que ambos tienen que quedar por bajo de la perfección maravillosa del épico latino.

Y por otra parte, nuestro modo de sentir y pensar, tan distinto de lo que se sentía y pensaba cuando hace cerca de dos mil años Virgilio escribió su poema, requiere para penetrar su significado, y para comprender el efecto pasmoso que haría en las almas de los contemporáneos del poeta, unificándose simpáticamente con ellas, que un saber no común y algo de segunda vista histórica, para contemplar lo pasado, iluminen la mente de los lectores, y que tengan éstos además imaginación bastante, ó para trasladarse en espíritu al momento en que Virgilio escribe, ó para sobreponerse á todo momento, subiendo con la idea á la elevada región desde donde se columbra todo el proceso y curso de los acontecimientos históricos, y se perciben el valer y la importancia de cada concepto en el punto en que toma forma, y surge y aparece en el seno del humano linaje.

La ENEIDA, pues, ya en latín para los que pueden y saben leerla en latín, ya traducida, aunque esté fiel y hábilmente traducida, es imposible que sea en la edad presente un libro popular en nación alguna, por muy culta que sea esta nación, y por mucho que los estudios clásicos florezcan en ella. La ENEIDA, lo mismo en latín que bien traducida al castellano, sólo puede aspirar hoy

á ser obra de agradable lectura, y á interesar y á conmover á los refinados y eruditos. Y no basta para ello haber estudiado muchas *humanidades*, sino que es menester asimismo poseer delicada inteligencia crítica y no escaso poder de la fantasía, para convertirse, al leer la ENEIDA, en romano del siglo de Augusto, ó para remontarse por cima de la corriente de los siglos, y percibir algo del orden y concierto, que nacen de su marcha majestuosa.

A mi ver, la ENEIDA puede calificarse de poema único, como también es único el vate que la compuso.

En antiquísimas edades, casi prehistóricas y semidivinas, en la cuna de nacionalidades y civilizaciones, hay siempre una materia épica difusa, más ó menos rica y brillante, que viene á tomar forma, y á ser como producto impersonal y como creación del genio ó espíritu colectivo de toda una raza ó de todo un pueblo. Tal vez la informe rudeza del áspero y primitivo lenguaje, en que la tal materia épica difusa se reconcentra y toma cuerpo, rebaja la sublimidad y desluce la hermosura de la epopeya, así creada; pero cuando, por dicha, el lenguaje en que la epopeya ha de aparecer y vivir alcanza en la ocasión propicia toda la capacidad conveniente, la epopeya nace completa, y todo lo perfecta que puede ser una obra humana. En ella está ya contenida en germen la civilización futura

del pueblo que la crea; y las artes, las ciencias, la filosofía, la oratoria, los destinos guerreros y políticos y hasta la expansión del espíritu de aquel pueblo por el mundo, es lícito suponer y creer que están ya contenidos en aquella epopeya primitiva, y que van á desenvolverse, y á brotar de ella como la planta de la semilla fecunda y jugosa. El más acabado y completo modelo de esta epopeya inicial y en cierto modo impersonal, es sin duda la *Iliada*. Muchos otros pueblos poseen epopeyas de la misma clase, pero todas inferiores, así por la relativa pobreza de la forma, como por la escasez de gérmenes en el contenido. La *Iliada* es superior á toda otra epopeya popular inicial, compuesta antes ó después de ella, porque bien puede afirmarse, valiéndonos de una imagen empleada ya mil veces, que así como la *Minerva mítica* salió de la cabeza de Júpiter, la *Minerva griega*, madre gloriosa del saber y de la hegemonia de las naciones europeas sobre las demás naciones del mundo, surgió grande y armada del cerebro del real ó imaginado divino Homero, cantor ó colector del armónico conjunto de cantos, que ensalzan é inmortalizan la cólera de Aquiles.

Hay otras epopeyas, escritas en épocas de gran cultura, eruditas y artificiales, que tienen notable mérito, que honran y ensalzan el pueblo y el idioma á que pertenecen, pero que distan mucho de tener la trascendencia

y la importancia de la verdadera poesía épica popular, aunque sea muy ruda. A esta clase de poemas artificiales, dignos sin duda de estimación y aun de gloria, pero de mucho menos significado, pertenecen los *Lusiadas* de Camoens, la *Jerusalén* del Tasso, el *Bernardo* de Valbuena, y, hasta si se quiere, aquellos otros poemas, que el mito ó la leyenda no realza, donde lo sobrenatural es alegoría ó embuste, en que no cree el mismo poeta, y donde todo se reduce á un trozo de historia ó de crónica más ó menos primorosamente versificado.

En la cuenta de estos poemas artificiales, aunque figurando en ella como el primero, colocaríamos nosotros el poema de Virgilio, si no fuese por el singular y superior carácter que le prestan, así el ingenio poderoso y la inspiración altísima de su autor, como las circunstancias extraordinarias y la solemnidad del punto y la hora, en que dicho poema surgió de la mente del vate, y apareció á la luz del día.

El vate quiso cantar y cantó el origen legendario y poético de una ciudad única en la historia, que se hizo señora del mundo, que unificó muchos pueblos, razas y tribus, que les imprimió un sello peculiar, dándoles costumbres y leyes, y que, en el instante de su mayor grandeza y poderío, lo preparó y allanó todo, como si hubiese llegado la plenitud de los tiempos, para que so-

breviniesen el cambio más radical y la más asombrosa revolución por que la humanidad ha pasado, renovándose la faz de la tierra. Celebra Virgilio con acento digno y sublime el soberano poder de Roma. Admirable es cuanto dice en loor de sus héroes, y cuanta frase entusiasta y feliz le dicta su musa, para ponderar la gloria del imperio de Cesar. ¿Qué corazón romano no saltaría de orgullo al leer ó al oír recitar los inspirados y sonoros versos, donde Virgilio recuerda á los ciudadanos de Roma que su misión es perdonar á los vencidos, y domeñar á los soberbios, les anuncia por boca de sus divinidades un dominio sin fin, y dirige sus miras y pone como blanco de sus empresas la paz universal y la renovación del siglo de oro? Pero no son las alabanzas del soberbio encumbramiento de su ciudad las que prestan mayor hechizo á la poesía del Cisne de Mantua; su mayor hechizo reside en la inefable dulzura, en la piedad amorosa, en la ternura melancólica, en el don de lágrimas y en los mil presentimientos, que parecen sobrenaturales, que agitan el corazón y la mente del poeta, y le convierten en vidente y en adivino de una civilización nueva, que en parte se contrapone, y en parte completa la que yá existía, y cuyos fundamentos y principios siente él confusa y briosamente en el fondo del alma, sin atinar á explicarlos. Esta misma vaguedad nebulosa, esta misma indetermina-

ción etérea, sorprende y enamora más todavía. El espíritu de los contemporáneos del poeta hubo de sentirse, al leerle, como arrebatado á desconocidas regiones y á inexploradas y luminosas esferas.

Tales maravillas, tan hondos presentimientos y sentimientos se manifiestan y expresan en versos primorosamente cincelados, hermosos y firmes, como para resistir la impetuosa corriente de los siglos, y en un rico y enérgico idioma, que había llegado entonces al colmo y á la cumbre de su perfección más completa, y del cual, al corromperse mucho más tarde, habían de brotar y retoñar los diversos lenguajes de las más cultas naciones de Europa y, por consiguiente, del mundo.

Este raro y exquisito primor de la forma, por donde Virgilio es insuperable y no tiene rival entre cuantos poetas han cantado en su lengua y en las demás lenguas humanas, hace que una buena y exacta traducción en verso de sus obras, sea punto menos que irrealizable. No es, sin embargo, de censurar, y sí de alabar, quien en tal empeño se pone. A mi ver la traducción en prosa de un poeta vale muy poco para dar idea de él, por fiel y exactamente que se haga. El sentir, el pensar y el imaginar poéticos tienen en el verso su forma adecuada y en prosa disuenan. La prosa poética parece prosa en delirio. Hay algo de afectación y hasta de falsedad intole-

rable en los conceptos, pasiones, fábulas é imágenes de la poesía cuando se expresan en el habla corriente y pedestre en que de diario hablamos y discurremos. El estilo florido, épico ó lírico, requiere el metro ó la rima, y algo además que sea locución, giros y hasta palabras donde lo usual y corriente ceda su puesto á lo elevado y peregrino, y donde, ya que así no sea, parezca que el que habla no habla enteramente por sí, crítica y reflexivamente, sino movido por el numen que le posee y domina. Hablar ó escribir así en prosa, sobre todo en esta edad llamada de la razón, produce, al menos para mi gusto, muy pícaro efecto, aunque protesten contra lo que afirmo Fenelón, Florian, Chateaubriand, Quinet y otros autores.

No obsta lo yá dicho á que las traducciones de los poetas, hechas literalmente y en prosa, sean útiles como aparato auxiliar ó instrumento filológico para la inteligencia y la interpretación de los textos originales, valiéndose de ellas los aficionados y curiosos, que saben á medias ó muy poco la lengua del poeta, cuyas obras anhelan comprender.

En cambio toda traducción en verso, á no ser pésima, dá idea aproximada del poeta que se traduce, y aún puede esta idea frisar con la altura y con la excelencia de lo real, como el verso no sea sobrado dificultoso y tal vez contrario á la índole de la composición que se traduce. Condeno, pues, la traducción de un poema latino en es-

trofas aconsonantadas y hasta en romances. En estrofas aconsonantadas, en octavas, por ejemplo, existe la contrade que cada octava es como un todo pequeño, donde, para redondearle, digámoslo así, tal vez necesita el traductor poner algo de su cosecha, desfigurando y afeando quizá la obra que traduce, y donde, á fin de encontrar los consonantes, casi nunca acierta el traductor á ser fiel, y á no caer en la tentación de erigir su monumento amontonando ripios en abundancia deplorable.

En alemán y en inglés, no entraré aquí á dilucidar con qué éxito, se componen exámetros y otras clases de metros latinos ó griegos, en los cuales pueden traducirse ó se traducen los poemas de la antigüedad clásica. En castellano también pueden componerse exámetros, y hasta se han compuesto, pero todos los poetas ó versificadores que tal cosa hacen suelen hacerla con muy severa parsimonia. No explicaré yo por qué, y me limitaré á dar por seguro que más de dos ó tres páginas en exámetros castellanos no ha de haber criatura que las resista y las trague. D. Sinibaldo de Mas tuvo, no obstante, la obstinación y la paciencia suficientes para traducir toda la ENEIDA en algo que él llama exámetros. Yo confieso mi ignorancia en prosodia. Apenas distingo en castellano las sílabas breves y largas, salvo cuando cae sobre ellas el acento, y no es comprensible para mí que haya dos

sílabas largas seguidas. Ignoro cómo se midan los espondeos y los dáctilos, ni me explico cómo se compongan versos contando por pies y no por sílabas. No he de negar por eso que en la traducción de la ENEIDA, hecha en exámetros por el Sr. de Mas, se percibe un sonsonete bastante parecido al de los exámetros en latín, pero los que están en latín no cansan, sino que agradan, y los de D. Sinibaldo fatigan y apesadumbran. Verdad es que D. Sinibaldo, si bien ha contado con uno de los elementos que debe emplear el buen versificador, esto es, con el metro, ha prescindido de otro elemento acaso más esencial, á saber, de la dicción poética. Su dicción es sobrado familiar, llana y rastrera, es pintoresca á veces, pero vulgarísima. Se recuerda, al leer la traducción de D. Sinibaldo, aquel involuntario chiste del dómine que para traducir *fama erat*, tradujo *corría cierto run run*. De todos modos, no puede negarse que la traducción de la ENEIDA de D. Sinibaldo es una interesante curiosidad literaria, y un faro además para mostrarnos los peligros, y para evitar los escollos de las traducciones y composiciones examétricas en nuestro vulgar idioma.

Lo que conviene, por lo tanto, para traducir en castellano la poesía latina, es el verso libre endecasílabo, del que se valieron D. Ventura de la Vega antes, y después nuestro D. Luís Herrera. Y no se presuma que por eli-

minar las dificultades que presenta la rima, sea este género de versificación muy fácil. Por el contrario; la carencia de consonantes exige como compensación que sean los versos muy sonoros y bien medidos, y sobre todo que no se adviertan en ellos palabras que huelguen, y que sea la dicción, á par de correcta, briosa, poética y elegante, á fin de que los versos no sean desmayados y flojos, y peores que la más vil de las prosas, ya que la prosa, cuando es buena, tiene también su ritmo, sus primores y sus musicales cadencias.

Nuestros poetas han sido poco felices al ejercitarse en escribir versos endecasílabos libres. Asi es, por ejemplo, que la traducción de *La Odisea* de Gonzalo Pérez, padre del famoso Secretario Antonio Pérez, es casi tan ramplona como la prosa más desmayada. Sólo á fines del siglo pasado, ó más bien en el primer tercio del presente siglo, han empezado á escribirse en España buenos y robustos versos endecasílabos libres, imitando á Parini, Fóscolo, Monti, Manzoni y otros vates italianos, excelentes maestros en esta clase de versificación. Entre nosotros D. Leandro Fernández de Moratín es quien ha escrito los mejores versos de esta clase. Muy por bajo deben ponerse los versos en que Hermosilla tradujo *La Ilíada*, aunque distan mucho de merecer la acerba censura que lanzan contra ellos los más acérrimos contrarios de lo

que se llamó el clasicismo cuando el romanticismo estaba de moda. Después de Moratín se han hecho en castellano, en verso endecasílabo libre, algunas excelentes traducciones de poesías latinas, descollando á mi ver entre todas las de D. Juan Gualberto González. No desmerece de ellas la traducción de D. Ventura de la Vega del Libro primero de la ENEIDA.

Y ahora diré para terminar, que el trabajo y el afan cuidadoso con que D. Luís Herrera se ha aplicado á continuar la obra de D. Ventura no son en manera alguna estériles, sino que han dado sazoadísimo fruto, digno de grande alabanza. Yo me complazco en dársela, y me atrevo á recomendar y á celebrar esta obra, que hoy se presenta al público, desechando el temor de que alguien me increpe de que yo me celebre y me aplauda á mí mismo, ya que fuí consejero y provocador del acto, del cual, á ser delito, sería yo cómplice.

Por fortuna, no es delito, sino obra muy benéfica para las letras y muy grata á las musas castellanas la que D. Luís Herrera ha realizado. Según mi juicio, D. Luís penetra hondamente en el pensamiento y en el sentir del gran poeta, y atina con las frases y giros más propios para expresarlos en nuestro idioma, sin amplificar ni parafrasear, sino siendo fiel y sobrio. La lengua de que se vale es pulcra y castiza; y sin trasposiciones violentas

y sin culteranismo, sino empleando frases naturales y sencillas, tiene estilo elevado y poético, nada indigno del asunto en que se emplea.

En suma, esta traducción, el día en que se acabe, me atrevo á asegurar que será la más apropósito que hasta hoy tenemos para que vislumbren, entrevean y comprendan, hasta cierto punto, los españoles que ignoran el latín las bellezas pasmosas de la obra capital de Virgilio: del egregio cantor cuya voz melodiosa suena proféticamente en el siglo de oro de los romanos gentiles augurando la transformación del orden social, y civilización más humana y congregación más universal que la del imperio de los Césares: del maestro y guía del Dante, inmortal iniciador de la poesía moderna; y del que, en las penumbras de los siglos medios y en el alborear del primer renacimiento, sin que eclipsasen su resplandor los nuevos ideales de hazañas, amores, lances caballerescos é ideas místicas y ascéticas, persistió viviendo en la mente de los doctos, como dechado y cumplido modelo de cuantas elegancias y de cuanta hermosura caben en la palabra humana, y en la mente del indocto vulgo, como estupendo mago, creador de prodigios, y diestro y dichoso en amorosas empresas.

Todo lo que aquí queda dicho acaso sea tildado de supérfluo por no pocos lectores. ¿Qué puedo yo decir de

Virgilio que no hayan dicho mejor que yo mil otros escritores? Válgame para disculpa la promesa que hice al Sr. D. Luís Herrera de escribir un prólogo para su traducción, promesa que cumplo con el mayor gusto, pero al mismo tiempo con temor ó recelo. Porque en cualquier ocasión, esta materia es harto encumbrada para que suba yo hasta tocarla con tino, y en la ocasión presente me parece aún menos apropiósito que yo la trate, porque embargados todos los espíritus con el inmenso cúmulo de calamidades que nos abruma, ó prestarán poca atención á mi discurso, ó le calificarán de impertinente. Dejen, pues, de leerle, y pasen á deleitarse con la lectura del poema, buscando consuelo para nuestros infortunios en los infortunios de Ilión, y concibiendo igualmente, con el ejemplo del hijo de Anquises, sublimes esperanzas en el porvenir de nuestra nación y de nuestra raza y en sus destinos inmortales, que no pueden menos de resurgir, con el favor del cielo, de la postración en que han caído.

JUAN VALERA.

Madrid 2 de Mayo de 1898.

LA ENEIDA

LIBRO PRIMERO



LA ENEIDA

LIBRO PRIMERO

LAS armas canto y el varón, que á Italia
Y á las lavinas costas el primero,
Prófugo á impulso de los hados, vino
De las playas de Troya. Largos años
Acosóle por tierras y por mares
El poder de los númenes, movidos
Por el rencor de la implacable Juno,
En sus odios tenaz. También en guerras
Padeció mucho, hasta llegar el día
Que fundó la CRUDAD, y que sus dioses
En el Lacio asentó. De aquí el latino
Linaje viene, los Albanos padres,
Y las murallas de la excelsa Roma.

Dime, oh Musa, las causas. ¿Por qué agravio
Á su deidad, por cuál ofensa airada,
La reina de los dioses en tan duros
Trances lanzó, y en infortunios tales,
Á este varón por su piedad insigne?
¡Tanto rencor en celestiales pechos!

Fué una antigua ciudad, colonia tiria:
Cartago era su nombre. Frente á Italia
Y á las bocas del Tíber tuvo asiento;
Opulenta en riquezas, y en las lides
Guerreadora terrible. En ella Juno
Hizo su habitación, por tal extremo,
Que aun á la misma Samos la antepuso.
Allí sus armas tuvo, allí su carro;
Y yá la diosa maquinaba entonces,
Si en hecho tal los hados consintieran,
Del orbe hacerla universal señora.

Mas entendido había que un linaje,
De la troyana sangre descendiente,
Llamado estaba á derrocar un día
Los alcázares tirios, engendrando
Una nueva nación, reina del mundo,

Y soberbia en la guerra, que la Libia
Lograse exterminar; que así las Parcas
Hilado lo tenían.—Temerosa
De caso tal la hija de Saturno,
No se olvidaba de la antigua guerra,
Que movió á Troya por sus caros griegos,
Ni de su pecho se apartaba un punto,
Viva siempre la causa de sus iras,
Y su amargo dolor; que en lo más hondo
De su mente grabados conservaba
La sentencia de París, el agravio
De su belleza despreciada, el odio
Á la troyana gente, y los honores
Que recibió el robado Ganimedes.

Con tales pensamientos encendida,
Del Lacio á los troyanos alejaba
Errantes por el mar, restos salvados
Del furor griego y del tremendo Aquiles:
Y ellos, cediendo al hado, un año y otro
Así de mar en mar vagando andaban.
¡Tan laborioso afán costar debía
La fundación de la romana gente!

Apenas de la costa siciliana
Se hicieron á alta mar, con férrea prora
Cortando alegres la salobre espuma,
Cuando Juno, que eterna la honda herida
En su pecho guardaba, entre sí dijo:
—«¡Que al fin vencida, el comenzado intento
Habré de abandonar, sin que consiga
De la Italia alejar al rey troyano!
¡Los hados estorbármelo! ¿Pues Palas
No incendió á su placer la armada griega,
Y hundió en el mar á los aquivos; todo
Por culpa de uno, por la furia loca
De Ajax, hijo de Oiléo? Palas misma
Desde las nubes fulminando, armada
Con los rayos de Júpiter, las naves
Dispersó por el mar; turbó las olas
Con los vientos; en rauda torbellino
Arrebató al mancebo, echando llamas
Del traspasado pecho, y en la punta
De agudo escollo lo dejó estrellado.
¿Y yo, que de los dioses me apellido
Reina; yo, hermana y cónyuge de Jove,
Con esa gente sola en larga lucha
Tantos años estoy? ¿Quién yá de Juno

Honrará la deidad, y suplicante
Irá en sus aras á imponer ofrendas?»—

Esto la diosa en su inflamado pecho
Revolviendo consigo, parte á Eolia;
Patria de las borrascas, negro albergue
De los furiosos austros. Allí Eólo,
Rey del antro espacioso, comprimidos
Bajo su imperio tiene á los rebeldes
Vientos y mugidoras tempestades,
Y con grillos y cárcel los enfrena.
Ellos con gran rumor en torno al muro
De la montaña braman indignados;
Y, sentado en su alcázar eminente,
Eólo empuña el cetro, y su brioso
Ímpetu amansa, y sus furores templá.
Que si no hiciese tal, por los espacios
Con rapidez arrebataran ellos
La tierra, el mar, el firmamento mismo.
Mas precaviendo este peligro el Padre
Omnipotente, en negras espeluncas
Encarcelarlos quiso, echando encima
Moles inmensas de elevados montes;
Y rey les dió, que con prudente imperio,

Y según la ocasión, ya refrenarlos,
Ó ya las riendas aflojar supiese.
Á éste, pues, Juno en suplicantes voces
Así le dijo:—«Eólo: á tí, que el padre
De los dioses y rey de los humanos
Te dió aplacar ó embravecer las olas
Á poder de los vientos, á tí acudo.
Gente enemiga mía hora navega
Por el Tirreno mar, y á Italia quiere
Llevar su Ilión y sus vencidos dioses.
Empuja allá con ímpetu los vientos,
Hunde sus naves, ó dispersas sean,
Y siembra de cadáveres el ponto.

«Catorce ninfas de gallardo talle
Á mi servicio están, entre ellas una
Á maravilla hermosa, Deyopea,
Que en firme lazo juntaré contigo,
Y tu esposa será: y en justo premio
De tal favor, á tí por siempre unida,
Padre te hará de descendencia hermosa.»—
Eólo contestó:—«Tú oficio, oh Reina,
Es indicar lo que te place; el mío
Obedecer humilde tus mandatos.

Á tí este reino, tal cual es, y el cetro
Que empuño, debo, y el favor de Jove;
Por tí á la mesa de los dioses sacros
Asiento digno tengo, y rey potente
Soy de las tempestades y borrascas.»—

Dijo; y volviendo el cetro, con la punta
Impele el monte cóncavo; y los vientos,
Cual cerrado escuadrón, por donde espacio
Abierto se les da, rompen con furia,
Y en revuelto huracán barren la tierra.
Échanse al mar, y desde su hondo asiento
Euro y Noto revuélvenlo á porfía,
Y Ábrego proceloso, y á la playa
Cual montes vuelcan las hinchadas olas.
Síguese el vocerío de la gente
Y el crujir de las jarcias: luz y cielo
Roban las nubes súbito á la vista
De los troyanos, y la negra noche
Se tiende sobre el mar. Truenan los polos,
Arde el aire en relámpagos continuos,
Todo la imagen de la muerte ofrece.

Siente Eneas al punto un mortal hielo

Por sus miembros correr, gime, y entrambas
Manos al cielo alzando,—«¡Oh una y mil veces
Felices, clama, aquellos que alcanzaron
Morir, por dicha, á vista de sus padres,
Lidiando al pié de los troyanos muros!
¡Oh tú, varón fortísimo entre toda
La griega gente! ¡Oh hijo de Tideo!
¡Que en los iliacos campos no lograra
Yo también sucumbir, allí exhalando
Mi espíritu á los golpes de tu diestra!
Allí donde Héctor el terrible yace
Por la lanza de Aquiles traspasado;
Do cayó el giganteo Sarpedonte,
Donde el Simois revuelve entre sus ondas
Arrebatados multitud de escudos,
Cascos y cuerpos de varones fuertes.»—

Mientras así clamaba, embravecido
El rugiente Aquilón hiere y desgarrar
La vela con fragor, y á las estrellas
Alza las olas; trónchanse los remos;
Sin gobierno el bajel tuerce la proa,
Y el costado presenta al oleaje.
Una montaña de agua salta encima,

Y la cubierta barre; véñse al punto
Unos allá colgando en la eminencia
De la empinada ola; otros divisan,
Abierto el mar hasta el abismo, el fondo,
Y en bullente furor hervir la arena.

Tres naves arrebatada el Noto airado,
Y á peñascos latentes las arroja.—
(Á estos peñascos, que en el mar se esconden,
Aras llaman los Ítalos; escollos
Tremendos á flor de agua). Embiste el Éuro
Con otras tres, y ¡oh vista dolorosa!
Á las desnudas sirtes las empuja
Desde alta mar, las embarranca y ciñe
Con muralla de arena.—Una gigante
Ola rugiente avanza, y á los ojos
Del propio Eneas, contra la alta popa
Revienta del bajel, que conducía
Al fiel Óronte y á los Licios; salta
Sacudido el piloto, y volteando
Cae de cabeza al mar; torna allí mismo
Contra el bajel la ola, le hace en torno
Por tres veces girar, y de repente
Lo sorbe el mar en raudo remolino.

Salen aquí y allí nadando algunos
En aquel vasto abismo; á par flotando
Se ven armas, tablones y tesoros
De Troya, por las ondas esparcidos.
La poderosa nave de Ilionéo
Y la del fuerte Acates, la que á Abante
Lleva, la que el anciano Aletes rige,
Ceden á la borrasca: todas ellas,
De sus costados rota y desclavada
La tablazón, reciben en su seno
Por grietas mil las enemigas ondas.

Neptuno, en tanto, el gran murmullo siente
Del ponto, y el rugir de la borrasca,
Y su líquido imperio conmovido
Desde el profundo asiento. Con sorpresa,
Por contemplar el mar, sobre las altas
Olas asoma la apacible frente;
Y la armada de Eneas ve dispersa
Por el piélago inmenso, y acosados
Á los troyanos por la mar y el cielo.
Cuando esto mira, de su hermana Juno
No se le ocultan el rencor y el dolo.
Al Céfito y al Éuro ante su vista

Llama, y así les dice:—«¡Tal soberbia
Vuestro linaje os da, que tierra y cielo,
Sin mi licencia soberana, osásteis,
Oh vientos, remover, y esa terrible
Borrasca alzar! ¡Yo os juro!... Mas primero
Urge aplacar las alteradas ondas;
Que esta insolencia pagaréisme en breve
Con sin igual castigo. Presto, osados,
Marchad lejos de aquí y en nombre mío
Á vuestro rey decid, que no el imperio
Del mar y el gran tridente fué por suerte
Á él concedido, sino á mí. Domine
Allá en buen hora en el peñasco rudo
Que es, Éuro, tu mansión: gócese Eólo
En tal palacio, y á su antojo reine
En la cerrada cárcel de los vientos.»—

Dijo; y apenas acabó, en serena
Calma tendióse el mar; las apiñadas
Nubes ahuyenta, y restablece el día.
Cimotéo y Tritón, contra el escollo
Estribando á la par, de allí las naves
Desencallan por fin: Neptuno mismo
Con el tridente ayuda; por en medio

Les abre paso de las vastas sirtes;
Aplaca el mar, y en sus veloces ruedas
Sobre las altas ondas se desliza.

Tal cuando á veces se levanta un pueblo
En furioso motín, y el freno rompe
Embravecida la grosera plebe,
Y por el aire vuelan arrojadas
Piedras enormes é incendiarias teas,
Y armas le da el furor; si á dicha entonces
Aparece un varón de alto respeto
Por su virtud y méritos, al punto
Callan todos y dóciles le escuchan,
Y él con su voz las voluntades rige,
Y los pechos amansa; tal en calma
Quedó el fragor del Piélago, con sólo
Una mirada de su rey, que suelta
La rienda á sus caballos, bajo un cielo
Despejado y sereno, por las ondas
Tendidas vuela en su brillante carro.

Cansados los de Eneas, la cercana
Tierra ganar procuran, y de Libia
Á la costa se tornan.—Hay en ella

Cierta bahía oculta y espaciosa;
Con sus apuestos bordes una isla
Forma el puerto, quebranta allí su furia
El impetuoso mar, rómpese y corre
Por entrambos canales dividido.
Doquier rocas altísimas; dos de ellas
Hasta el cielo se elevan, y á su sombra
Tiéndese el mar sereno y silencioso
Á largo trecho. Cubre las alturas
Campo selvoso de verdor brillante,
Do con sombría majestad un bosque
Tenebroso descuella. Hay á su frente,
De encorvados peñascos guarecida,
Vasta caverna, y un remanso dentro
De dulces aguas, y de viva piedra
Asientos por doquiera. De las ninfas
Aquella es la mansión. Allí, ni amarras
Han menester las trabajadas naves,
Ni aferrarse del ancla al corvo diente.

Con siete solas, única reliquia
De cuantas trajo de su patria, Eneas
Allí arribó. De hollar la tierra ansiosos,
Saltan al punto á la anhelada costa

Los troyanos, y tiéndense en la playa,
Sus cuerpos á orear, del mar bañados.
Hiriendo luego el pedernal Acates,
Brotó ligera chispa; cunde el fuego
En secas hojas, y aplicado en torno
Alimento mayor, prende la llama.
Sacan con gran fatiga á tierra el grano
Averiado del agua, y los precisos
Instrumentos de Ceres, y en el fuego
Á tostarlo se aprestan, y en la piedra
Á molerlo después.—

Sube entre tanto
Á una alta roca Eneas, y por todo
Aquel extenso mar la vista tiende,
Por si tal vez, juguete de los vientos,
Divisa á Anteo, ó los bajeles frigios,
Ó á Capis, ó en las popas arbolada
La enseña de Caíco.—En vano todo.
¡Nave ninguna ve!—Sólo tres ciervos
Errando por la orilla, y á su espalda
Una manada entera que, formando
Escuadrón dilatado, por el valle
Paciendo andaba.—Párase, y al punto

El arco toma y las veloces flechas,
Que el fiel Acates le llevaba.—Postra
Primero á los tres guías, que ostentaban
Arbóreas astas en la erguida frente;
Dispara luego á la cuadrilla, y toda
Por el frágoso bosque se desbanda;
Síguela, y no desiste hasta que en tierra
Derriba siete corpulentas reses,
Número tal que iguale al de sus naves.

Vuelve al puerto: la presa entre los suyos
Distribuye, y el vino con que Acestes,
Héroe famoso en la trinacria playa,
Sus toneles llenó por despedida;
Y hablando así, sus pechos contristados
Procura consolar:—«¡Oh compañeros!
(Que yá antes de hoy en padecer lo somos),
Á mayores trabajos avezados
Sin duda estáis: también á los presentes
Pondrá término un dios.—¿No sois vosotros
Los que el furor de la rabiosa Scila,
Y el tronante bramar de sus peñascos
Supísteis arrostrar? ¿Los que de cerca
El antro de los Cíclopes mirásteis?

Ánimo, pues, y el miedo se deseche.
Acaso llegue un día en que con gozo
Estos trabajos recordéis. Por medio
De tan varios sucesos y de tanta
Multitud de reveses, el camino
Ganando vamos hacia Italia, en donde
Tranquilo asiento nos depara el hado,
Que allí concede á nuestro afán el reino
De Troya renovar.—Vivid, amigos:
¡Guardaos para gozar tiempos felices!»—

Dijo; y de angustia poseído, el rostro
Esperanza aparenta, y en el alma
Comprime hondo dolor.—Ellos en tanto
Ponen mano á la presa, disponiendo
El futuro festín. Desuellan y abren
Las reses: unos pártanlas en cuartos,
Que palpitando en asadores clavan;
Otros calderas en la playa ponen,
Y les aplican fuego.—Al fin las fuerzas
Les vuelve el alimento, y por la verde
Hierba tendidos hártanse á porfía
De añejo vino y succulenta caza.
Libres del hambre, alzadas yá las mesas,

Larga plática entablan, recordando
Sus perdidos amigos, y fluctúan
Entre el temor y la esperanza: vivos
Este los juzga, aquel los llora muertos,
Y ya no aguarda que á su voz respondan.
Sobre todos Eneas, ya del bravo
Orontes, ya de Amico la desgracia
Gime, y de Lico la funesta suerte,
Y á Gias y á Cloanto valerosos.

Y yá espiraba el día, cuando Jove
Desde la etérea altura contemplando
El mar de naves lleno, y las extensas
Tierras, las playas y remotos pueblos,
En medio al cielo se detiene, y fija
En los Líbicos reinos su mirada.

Absorto el Dios en pensamientos tales,
Venus con faz tristísima le mira,
Y arrasados en lágrimas sus ojos
Así le dice:—«¡Oh tú, que los destinos
De hombres y dioses con eterno imperio
Riges, y el mundo con el rayo aterras!
¿Cuál culpa, dime, contra tí ha podido

Mi Eneas cometer? ¿Cuál los troyanos,
Para que el orbe entero se les cierre,
Por cerrarles la Italia?—Prometido
Me tienes tú que, á renacer tornando
El linaje de Teucro engendraría,
Andando el tiempo, esa romana estirpe,
Esos grandes caudillos, que á sus plantas
Verán la tierra, el mar, el mundo todo.
¿Qué causa, oh padre, tu formal promesa
Te obliga á retirar?—¡Ay, ella sola
Me consolaba en la fatal ruina
De la incendiada Troya, acá en mi mente
Oponiendo á un desastre una esperanza!

»Mas viendo estoy, que la desgracia misma
Los persigue doquier.—¿Cuándo resuelves
Poner fin, oh gran Rey, á sus trabajos?
Pudo Antenor, de entre la armada griega
Escapando veloz, cruzar seguro
El mar de Iliria y el Liburnio reino,
Y superar la fuente del Timavo,
Que con alto rumor por nueve bocas
Del monte al mar se lanza, y cual sonante
Piélago sobre el campo se derrama;

Y la ciudad de Padua para asiento
De los teucros fundar, su nombre darles,
El troyano blasón plantando en ella,
Y hoy en tranquila paz allí reposa.
¡Y nosotros, Señor, progenie tuya,
Nosotros, que del cielo en el alcázar
Por tí esperamos soberano asiento,
Nuestras naves perdemos ¡oh desdicha!
Y por ajenas iras se nos veda
Llegar á Italia, y lejos de sus playas
Se nos arroja!—¿El galardón es éste
Debido á la piedad?—¿Así el imperio
Ofrecido por tí nos restituyes?»

Dulce sonrío el Padre de los dioses,
Y con aquel semblante, que serena
Tempestades y cielo, á la hija amada
Cariñoso besó, y así le dijo:
—«No temas, Citeréa: es inmutable
De los tuyos el hado.—De Lavinio
Tú verás la ciudad, tú las murallas
Prometidas verás, y en las estrellas
Colocarás del soberano cielo
Al magnánimo Eneas.—No se rompe

Mi palabra jamás.—Y pues te apura
Ese cuidado tanto, oye, que quiero
Hasta edades remotas descubrirte
Del hado los recónditos arcanos.
Él en Italia una tremenda guerra
Sostendrá; domará pueblos feroces;
Ciudades fundará, y usos y leyes
Dará á sus hijos; y en el Lacio al cabo
Tres estíos veránle y tres inviernos
Reinar sobre los Rútulos vencidos.

»Sucedérale el niño Ascanio, que hora
Julo añade á su nombre (*Ilo* llamado
Cuando existió Ilión). Verá en el trono
Treinta giros del sol en torno al orbe;
Y trasladando de Lavinio el reino
Asentarálo en Alba: Alba-la-longa,
Por él de inmensa fuerza coronada.
Yá de año en año allí los hijos de Héctor
Trescientos reinarán, hasta que *Ilía*,
Reina y sacerdotisa, en sólo un parto
Dos gemelos dé á luz, prole de Marte.
Será uno de ellos Rómulo, que alegre
Sobre sus hombros por blasón llevando

La roja piel de su nodriza loba,
Juntará un pueblo, la ciudad de Marte
Fundará, y á sus nuevos moradores
Romanos llamará, del nombre suyo.
Á estos *romanos* ni barreras pongo
Ni término señalo: les he dado
Un imperio sin fin.—Y hasta la misma
Juno, esa áspera Juno, que hoy medrosa
Fatiga el mar, la tierra y el Olimpo,
Á consejo mejor tornará un día,
Y al par conmigo exaltará al romano
Togado pueblo, rey del universo.

»Tal es mi voluntad.—Las venideras
Edades, en humilde servidumbre
De la casa de Asáraco á las plantas
Verán á Phthía y á la gran Micenas,
Y subyugada y sierva á Grecia toda.
De esta troyana esclarecida sangre
Nacerá César, que heredando el nombre
De Julo el grande, llamaráse *Julio*;
Límite de su imperio será sólo
El Océano, y de su fama el cielo.
Cargado con despojos del Oriente

Recibirásle en el Olimpo un día,
Y aras y culto le dará la tierra.
Entonces yá, las lides apagadas,
El aspereza de los siglos rudos
Suavizándose irá; y el universo
Por la cándida fe será regido,
Y por la pura Vesta y los hermanos
Quirino y Remo. Las funestas puertas
Del templo de la guerra con cerrojos
Fuertes serán cerradas: ni el más leve
Resquicio quedará. Dentro el impío
Furor, sentado sobre horrendas armas,
Y con cien férreos nudos ambos brazos
Á la espalda amarrados, roncos gritos
Exhalará de la sangrienta boca.»—

Esto dijo; y bajar del alto cielo
Mandó al hijo de Maya, y en las tierras
Y de Cartago en los recientes muros
Hacer que hallasen acogida franca
Y hospitalario albergue los troyanos:
No aconteciese que ignorando Dido
Los decretos del hado, de su reino
Los quisiera arrojar.—Las alas bate

El mensajero y por los aires vuela,
Y á las Líbicas playas raudo baja,
Y su mandato cumple.—Yá deponen
La natural ferocidad los Penos,
Por voluntad del Dios; y más que todos
La reina Dido penetrar se siente
De espíritu apacible y de benigna
Inclinación en pro de los troyanos.

En tanto el pío Eneas, que en la noche
Mil varios pensamientos revolvía,
Al primer rayo de la blanca aurora
Salió á explorar los ignorados sitios.
Saber quería, y á los suyos luego
Con certeza contar, á qué regiones
Los arrojara el viento, y si habitadas
Eran de hombres ó fieras: tan incultas
Se mostraban doquier.—En medio á un bosque,
Bajo cavada roca guarecidas,
Con árboles en torno y densas sombras,
Sus naves ocultó; y acompañado
De sólo Acates, el camino emprende,
Y dos venablos en la diestra empuña
De anchá punta acerada.—De la selva

Iba por la mitad, cuando á su encuentro
Sale su madre, en traje, rostro y armas
Á doncella espartana semejante,
Ó á la amazona Harpálice, que aguija
Sus caballos, y vence en la carrera
Del Hebro la corriente arrebatada.

Tal iba, á fuer de cazadora, el arco
Ligero de los hombros suspendido,
La cabellera desparcida al viento,
Desnuda la rodilla, y con un lazo
Por encima la túnica prendida.
Ella primero adelantóse á hablarles
De esta manera:—«¡Eh, jóvenes! decidme,
Si á una de mis hermanas por acaso
Visteis en estos sitios con aljaba
Y con pellico de manchado lince.
Ó si su voz oísteis acosando
En la carrera al jabalí espumoso.»—
Así Venus habló, y así su hijo
Le responde:—«No he visto yo á ninguna
De tus hermanas, ni su voz tampoco
Ha llegado hasta mí. Mas dime, oh virgen,
¿Por quién debo tomarte? Tu semblante

No es de mortal, ni humano es el sonido
De tu voz. Ciertamente tú eres diosa,
De Febo hermana, ó de las Ninfas una.
Vive feliz, y dale algun alivio
Á nuestro afán, diciéndonos qué cielo
Es este que nos cubre, en qué regiones
Nos hallamos por fin. Peregrinando,
Sin conocer ni sitios ni habitantes,
Andamos por aquí, donde los vientos
Nos arrojaron y las ondas bravas.
Habla, y de muchas víctimas ¡oh diosa!
Cubrirán nuestras manos tus altares.»—

Venus le respondió:—«No soy, por cierto,
Digna de tal honor. Llevar aljaba
Uso es común en las doncellas tirias,
Y en purpúreo coturno el pié calzado.
Viendo aquí estás las Púnicas comarcas,
La ciudad de Agenor, el tirio pueblo.
De la Libia son estos los confines,
Gente en la lid feroz.—La tiria Dido,
Huyendo de su hermano, aquí los muros
Alza de una ciudad, y en ella impera.
Largo el relato de su ofensa, largos

Sus pormenores son. Narrarte sólo
Lo culminante de la historia quiero.

»Su esposo era Siquéo: no le había
En Fenicia más rico, ni que fuera
De su mísera esposa más amado.
Entregósela el padre tierna virgen
Con felices presagios.—Mas en Tiro
Su hermano Pigmalión reinaba entonces,
El malvado mayor de los malvados.
Pronto el furor á dividirlos vino.
Ciego este impío del amor del oro,
Dió al incauto Siquéo, ante las aras,
Secreta muerte á hierro, sin cuidarse
Del amor de su hermana.—Largo tiempo
Fingió el perverso, y el suceso oculto
Supo tener, con vanas esperanzas
Entreteniéndolo á la apenada amante.

»Mas yá en sueños, por fin, la imagen misma
Le apareció del insepulto esposo;
Pálido el rostro y con terrible aspecto,
Mostró el desnudo pecho, traspasado
Por el hierro ante el ara, y el delito,

En la casa ignorado, hizo patente.
Acelerar la fuga le aconseja
Y abandonar la patria; y porque sirvan
Á su marcha de auxilio, le descubre
Escondidos tesoros, suma inmensa
De plata y oro en tierra sepultada.

»Conmovida á tal nueva, apresta Dido
Con los suyos la fuga. Al propio trance
Se aperciben también los que al tirano
Tienen odio mortal é inmenso miedo.
Echan mano á las naves, que por suerte
Aparejadas hallan: su oro en ellas
Cargan, y las riquezas del avaro
Pígmalión por el mar desaparecen.
¡Fué una mujer quien dirigió la empresa!
Llegaron á estos sitios donde ahora
Las ingentes murallas y el alcázar
De la nueva Cartago alzarse miras;
Y del suelo compraron, que por eso
Lleva el nombre de *Birsa*, cuanto espacio
La piel de un toro circundar pudiera.

»Mas vosotros, ¿quién sois, ó de qué playas

Venís, ó adónde váis?»—Él, con suspiros
Y voz que arranca del profundo pecho,
—«¡Oh diosa! le responde: si intentara
Desde su origen referir la historia
De los trabajos nuestros, y en tí hubiera
Vagar para escucharla, antes que diese
Á mi relato fin, yá muerto el día,
Negra tiniebla encapotara el cielo.
Desde la antigua Troya, (si es que acaso
Llegó el nombre de Troya á vuestro oído,)
Llevados fuímos por diversos mares,
Hasta que recia tempestad ahora
Nos arrojó á las líbicas riberas.

»Yo soy el pío Eneas, cuya fama
Sobre los cielos vuela: mis Penates
Logré arrancar de la enemiga hueste,
Y conmigo los llevo. Voy buscando
Mi patria Italia; del supremo Jove
Mi linaje descende. Veinte naves
Saqué del frigio mar, y el derrotero,
Que la diosa mi madre me mostraba,
Seguí, cumpliendo con la ley del hado.
Siete apenas me quedan, de las olas

Maltratadas y el viento. Y yo aquí solo;
Sin auxilio, ignorado, piso errante
Los desiertos de Libia, repelido
De la Europa y del Asia.»—

Yá sus quejas
Sufrir no pudo enternecida Venus,
Y, su dolor interrumpiendo, dijo:
—«Seas quien fueres, de los dioses creo
No es odiada tu vida; marcha ahora,
Y á la tiria ciudad lleva tus pasos,
Y á los umbrales de la Reina llega:
Porque te anuncio que á tu lado en breve
Verás á tus amigos, y á tu armada
En segura mansión, trocado el viento,
Si no en vano mis padres me enseñaron
La ciencia del agüero.

»¿Doce cisnes
Allí no miras en bandada alegre,
Há poco en el espacio amedrentados
Por el ave de Jove, que sobre ellos
Se deslizó de la región etérea?
Yá en prolongada hilera tierra toman,

Ó á tomarla se aprestan. ¿Ves cuál baten
Las resonantes alas, y rodean
En corro el cielo, desatando el canto?
No de otra suerte los bajeles tuyos
Y tus gentes, ó entraron yá en el puerto,
Ó van á entrar con desplegadas velas.
Parte sin detención, y por la vía,
Que te conduce allá, dirige el paso.»—

Dijo; y marchando, su cerviz de rosa
Resplandeció de luz; olor divino
De celeste ambrosía sus cabellos
Esparcierou en torno; flotó en tierra
Hasta los pies la veste, y en su marcha
Se descubrió la verdadera diosa.

Conoce Eneas á su madre, y ésto,
Siguiéndola en su fuga, le decía:
—«¿Y tú también, crüel, al hijo tuyo
De nuevo engañas con mentida forma?
¿Por qué le niegas que á tu diestra pueda
Juntar su diestra, y departir contigo
En coloquio veraz?»—Así la acusa,
Y hacia los muros encamina el paso.

Venus al punto á entrambos caminantes
Cerca de obscuro ambiente, y con un velo
De niebla densa los envuelve en torno,
Porque ni vistos ni ofendidos sean,
Ni los destruya nadie, ni les pida
De su viaje razón. —

Ella su vuelo
Dirige á Pafos, y su caro albergue
Torna gozosa á ver. Allí erigido
Un templo tiene, donde en cien altares
Arde el sabeo incienso, y frescas flores
Al aire exhalan regalado aroma.

Tomaron ellos el camino en tanto
Por do la senda los guiaba: suben
Á un collado que altísimo se encumbra,
La ciudad dominando, y de su cima
La muralla y alcázares descubren.
Maravíllase Eneas contemplando
Aquella inmensa mole, allí do fueron
Otro tiempo cabañas de pastores.
Admíranle las puertas, y el bullicio,
Y el pavimento de las anchas calles.

Allí los tirios con ardor se afanan:
Unos se ocupan en alzar los muros,
En trazar el alcázar, y las piedras
Acarrean á brazo; otros eligen
Solar para su casa, y con un surco
En derredor lo acotan: templos, curias,
Y la sacra mansión para el Senado.
Aquí cavan el puerto; hondos cimientos
Echan allí para un teatro, y labran
De roca inmensa altísimas columnas,
Noble ornamento á la futura escena.

Tal las abejas su labor emprenden
Por los floridos campos, cuando brilla
El sol primaveral; y ya conducen
Los adultos enjambres, ya las mieles
Líquidas cuajan, y su dulce néctar
Por las celdillas del panal derraman;
Ó á las que llegan de la carga alivian,
Ó, en cerrado escuadrón, de la colmena
Los inútiles zánganos arrojan:
Hierva el trabajo, y á tomillo esparcen
Olor en torno las fragantes mieles.

«¡Oh dichosos aquellos, dice Eneas,
Que ya sus muros elevarse miran!»
Y contempla los altos edificios,
Penetra en medio de la gente, siempre
Cercado de la niebla, ¡oh maravilla!
Mézclase entre ellos, y de nadie es visto.

Un bosque había de apacible sombra
En medio á la ciudad, donde los Penos,
Que allí un día arrojaron las borrascas,
En la tierra cavando un signo hallaron
Deparado por Juno: la cabeza
De un valiente caballo, testimonio
De que en los siglos fama ganarían
De gente sobria y en la guerra insigne.
Allí un gran templo la Sidonia Dido
Á Juno edificaba, ricos dones
Ostentando y la imagen de la diosa.
De bronce eran las gradas, que ascendían
Hasta el umbral del pórtico; de bronce
Las columnas; los quicios rechinaban
Con el girar de las ferradas puertas.

Allí por vez primera un nuevo objeto

Contempla Eneas, que el temor le calma,
Y osa esperar salud por vez primera,
Y hallar alivio á su aflicción confía.
Que mientras de la Reina la llegada
Aguardando, recorre el vasto templo
Y lo examina todo, y la opulencia
De la nueva ciudad entre sí admira,
Y la rica labor de obras preciosas
De ingeniosos artífices, de pronto
Ven sus ojos por orden los combates
De la troyana guerra, cuya fama
Vuela yá por los ámbitos del orbe.

Ve á Agamenón, y á Príamo y á Aquiles,
Implacable con ambos.—Se detiene,
Y con lágrimas dice:—«¿Dónde, Acates,
Hay yá sitio ó región en la ancha tierra,
Que no llene la voz de nuestras cuitas?
¿Á Príamo no miras?—Justo premio
Aquí también á la virtud se otorga.
¡También aquí se llora! ¡El infortunio
Conmueve aquí las almas! Deja el miedo,
Y de esta fama la salud espera.»—

Esto dice, y recrea sus miradas
En la inerte pintura; le contrista
De casos varios el recuerdo aciago,
Y largo llanto sus mejillas baña.
Los combates contempla que vió un día
En derredor de Pérgamo: los griegos
Huyendo aquí de la troyana hueste;
Allí los frigios, que en su carro acosa
El penachudo Aquiles; no distantes
Reconoce con lágrimas, de Reso
Las blancas tiendas, por traición vendidas
Al hijo de Tidéo, que, en las horas
Del primer sueño penetrando en ellas,
Las devastó con hórrida matanza,
Y del vencido los corceles bravos
Á su campo llevó, sin que gustasen
De Troya el pasto, ni del Janto el agua.

En otra parte, á Tróilo fugitivo,
Al mancebo infeliz, que con Aquiles
Osó medirse en desigual combate,
Sus caballos arrastran; de sus armas
Desnudo va, sobre su propio carro
Derribado de espaldas, y aún las riendas

En la mano empuñando; en tierra tocan
Su cabeza y cabello desgredado,
Que el suelo barre, y con la lanza vuelta
Abriendo va en el polvo un largo surco.

En tanto, al templo de la adversa Palas
Las doncellas de Ilión, suelto el cabello,
Suplicantes, llorosas, con las manos
Golpeando su pecho, un peplo llevan
Por ofrenda á la diosa, que los ojos
De ellas aparta, y en la tierra fija.
Tres veces arrastrado en torno al muro
De Troya el cuerpo de Héctor, á su padre
Allí Aquiles lo vende á precio de oro.

De su profundo pecho lanzó Eneas
Un gran gemido, los despojos viendo,
Y el carro, y el cadáver de su amigo,
Y á Príamo tender la mano inerme.
Á sí propio también vióse mezclado
En recia lid con los caudillos griegos,
Y descubrió las orientales huestes,
Y del negro Memnón también las armas.
Guiando su falange de amazonas,

De lunados broqueles, al combate
Se arroja con furor Pentesilea,
Que por debajo del cortado pecho
Atado lleva el ceñidor dorado,
Y virgen es, y con varones lucha.

Mientras suspenden al dardanio Eneas
Tan altas maravillas, y los ojos
En cada objeto embebecido fija,
He aquí que al templo se adelanta Dido,
La hermosísima reina, acompañada
De numerosa juventud en torno.
Cual Diana en la margen del Eurotas
Ó en las cumbres de Cinto, el coro guía,
Y acuden mil Oréades formando
Apiñado cortejo en torno suyo.
Ella, la aljaba al hombro suspendida,
Entre las diosas marcha, y sobre todas
Descuella en majestad, y henchido el pecho
Siente Latona de secreto gozo.

Tal Dido apareció: tal iba ufana
Entre todos marchando, y á las obras
Impulso daba y al futuro reino.

Entra en el templo: y sobre excelso trono
Debajo de la cúpula erigido,
Cercada de guerreros, toma asiento;
Y mientras leyes y sentencia dicta,
Y las diversas obras entre todos
Con equidad reparte, ó da por suerte,
Ve de improviso Eneas acercarse
En gran tropel á Anteo y á Sergesto,
Y al valiente Cloanto y varios otros
De los troyanos, que la negra furia
De la tormenta dispersó, y llevados
Á otras orillas por las ondas fueron.

Pásmase Eneas, y á la par Acates,
Y entre gozo y temor ambos ardían
En vivas ansias de estrechar sus manos;
Mas del suceso la ignorada causa
Sus ímpetus embarga: disimulan,
Y en la cóncava nube guarecidos,
Averiguar esperan cuál la suerte
De aquellos hombres es, en qué riberas
Han dejado sus naves, con qué objeto
Se dirigen allí: de los bajeles
Los jefes eran, que favor pedían,

Y con clamor al templo se acercaban.

Entran, y obtienen para hablar permiso;
Y el principal de todos, Ilionéo,
Con plácida expresión así comienza:
—«¡Oh Reina! tú, á quién Júpiter concede
Nueva ciudad fundar, y en justo imperio
Fieras gentes regir, á tí acudimos
Estos troyanos míseros, llevados
De mar en mar por fieros huracanes.
¡Oh! no permitas que el inhumano fuego
Incendie nuestras naves; gracia otorga
Á este pío linaje, y nuestra suerte
Benigna mira con propicios ojos.

»No con el hierro á derribar venimos
Los Líbicos Penates, ni á llevarnos
El robado botín á los bajeles:
No hay para tanto en nuestras almas fuerzas,
Ni tal soberbia en los vencidos cabe.
Hay una antigua tierra, que los griegos
Hesperia llaman, belicosa y fértil:
Los Enotrios varones la habitaron,
Y, según fama, Italia la apellidan

Sus hijos hoy, del nombre de su jefe.
Nuestro rumbo era allí. Mas de improvviso
Álzase el Oríon tempestuoso,
Y agita el mar, y á los latentes vados
Nos arrojan los austros bramadores,
Y la borrasca vence, y por las ondas
Entre fieros peñascos nos arrastra:
Por fin á vuestras costas arribamos
Los pocos que aquí ves.

«Mas ¿qué linaje
De gentes hay aquí? ¿Qué pueblo es éste
De costumbres tan bárbaras, que niega
Hospedaje en su playa, y nos acosa
Hasta impedirnos asentar la planta
En la primera tierra que tocamos?
Si con desprecio tal á los mortales
Y su fuerza miráis, temed al menos,
Á los dioses temed, que nunca dejan
Sin premio al bueno, sin castigo al malo.
Nuestro rey era Eneas: más piadoso
Varón, más justo, ni mejor guerrero
No hubo jamás. Si nos lo guarda el hado,
Si aura vital respira, si aún no habita

El pavoroso reino de las sombras,
Nada nos acobarda; y haber sido
Tú la primera, que nos des amparo,
No te arrepentirás. Ciudades y armas
En Sicilia tenemos, donde el noble
Acestes reina, de troyana sangre.
Licencia danos de sacar á tierra
Nuestras naves, del viento maltratadas,
Y madera cortar en estos bosques,
Y de remos armarlas. Si de nuevo
Á nuestro rey y amigos recobramos,
Y nos es dado navegar á Italia,
Con gozo á Italia, al Lacio partiremos.
Si huye toda salud, si en sus abismos
¡Oh de los teucros amoroso padre!
Te esconde el mar de Libia; si aún perdida
Vemos de Julo la esperanza, al menos
Por el mar siciliano hagamos rumbo
Á la región, de donde aquí vinimos,
Y donde amigo asiento nos aguarda,
Y allá volvamos junto al rey Acestes.»—

Así dijo Ilionéo, y un murmullo
De aprobación entre los teucros suena,

Dido entonces, los ojos inclinando,
Esto en breves palabras le responde:
—«Troyanos, desterrad de vuestras almas
Todo temor, y respirad tranquilos.
Grave ocasión, y mi naciente reino,
Tal me aconsejan; y á distancia larga
Fuerzas tener, que mis fronteras guarden.
¿Quién hay que á los de Eneas desconozca,
Y á Troya, y sus hazañas, y sus héroes,
Y los horrores de tan cruda guerra?
No somos, nó, de condición tan ruda
Los Penos, en verdad, ni sus caballos
Tan lejos unce el sol del tirio pueblo.

»Ora á la grande Hesperia y de Saturno
Á los campos marchéis, ora á la falda
Del Erixos volváis al rey Acestes,
Con segura custodia y con socorros
De mi reino saldréis. Si aquí conmigo
Quedaros preferís, contad por vuestra
Esta ciudad que fundo; los bajeles
Sacad á tierra; tirios y troyanos
Formarán para mí tan sólo un pueblo;
Y ¡ojalá el mismo viento á estas regiones

Lanzado hubiera á vuestro rey Eneas!
Mas yo las costas y la Libia toda
Registrar mandaré, por si perdido
Vaga errante por selvas ó ciudades.»—

Al oir tal discurso el padre Eneas
Y el esforzado Acates, yá alentados,
En ansia ardían de romper la nube,
Y Acates el primero así le instaba:
—«Hijo de Venus, ¿qué te dicta ahora
El corazón? Asegurada miras
Nuestra suerte. Las naves, los amigos
Acogidos están; sólo uno falta,
Uno que entre las ondas sumergirse
Con nuestros ojos vimos; lo restante
Responde de tu madre á las palabras.»—

Al decir esto, rásgase de pronto
La nube que los cerca, y se evapora
Desvanecida en el etéreo espacio.
Eneas aparece; le ilumina
La clara luz, y en rostro y continente
Aseméjase á un dios. Su misma madre
Hermoseó su cabellera, y dióle

Purpúrea luz de juventud lozana,
Y dulce majestad puso en sus ojos.
Tal ingenioso artífice decora
El marfil, y la plata ó mármol pário
Con baño de oro refulgente cubre.

Así á la Reina entonces, así á todos
Él de improviso apareciendo dice:
—«Ved aquí al que buscáis; yo el teucro Eneas
Soy, de las ondas líbicas salvado.
¡Oh Reina! Tú, la sola que de Troya
Mueven á compasión los grandes males,
Tú, que á nosotros, restos escapados
Del Aquivo furor, y en cuanto ofrecen
Tierras y mares de accidentes duros,
Agotado el sufrir, faltos de todo,
En tu ciudad, en tu palacio acoges:
Á darte digna recompensa, oh Dido,
No alcanzamos nosotros, ni alcanzarán
Cuanto hoy viven del dardanio pueblo
Del orbe por el ámbito esparcidos.
Los dioses, si hay en el Olimpo algunos
Que galardonen la piedad, si aún queda
Un resto de justicia, á tí los dioses,

Y la conciencia de tu acción, el premio
Merecido te otorguen. ¡Oh dichoso
Siglo que te dió el ser! ¡Dichosos padres,
Que dignos fueron de engendrar tal hija!

»En tanto que á la mar corran los ríos,
En tanto que la sombra gire en torno
De la montaña, en tanto que los cielos
Se tachonen de estrellas, donde quiera
Que yo habitáre vivirá conmigo
Tu honor, tu nombre, tu alabanza siempre!»—
Esto dijo; y tendió la diestra mano
Á su amigo Ilionéo, y la siniestra
Á Seresto, y después á los restantes,
Y á los valientes Gías y Cloanto.

Pasmó primero á la Sidonia Dido
El aspecto de Eneas, y su historia
Peregrina después, y así le dice:
—«¿Qué destino fatal, hijo de Venus,
Á tantos riesgos te arrastró? ¿Qué mano
Á estas riberas bárbaras te arroja?
¿Conque eres tú, en verdad, aquel Eneas,
Que del dardanio Anquises la alma Venus

Dió á luz, orillas del troyano Símois?
Bien recuerdo que echado de su patria
Llegó Teucro á Sidón, y nuevo Estado
Quiso fundar con el favor de Belo.
Belo, mi padre, en la opulenta Chipre
Lidiaba á la sazón, y victoriosa
Á su imperio sujeta la tenía.

»Yá entonces yo de la ciudad troyana
Noticias tuve, y de su triste historia,
Y de tu nombre, y de los reyes griegos.
Que él mismo de los teucros enemigos
Grande alabanza hacía, blasonando
De descender de aquella antigua raza.
Así, pues, sin temor venid, mancebos,
Y con nosotros habitad. Por trances
Iguales á los vuestros la fortuna
Me arrastró á mí también, hasta que al cabo
Fijar mi asiento en esta tierra quiso.
¡Mísera fuí; del mísero me duelo!»—

Estos recuerdos hace, y luego á Eneas
Á su palacio lleva, y á los dioses
Manda hacer en los templos sacrificios.

También dispone que á la playa lleven
Á la gente de Eneas veinte toros,
Cien recios lomos de gigantes cerdos,
Cien cebados corderos con sus madres,
Y el dulce néctar del alegre Baco.

Con regia pompa lo interior adornan
Del gran palacio, preparando en medio
La sala del festín: cuelgan tapices
Bordados con primor de rica grana;
Las mesas cubre inmensa argentería,
Donde en oro esculpidos aparecen
Los hechos de sus ínclitos mayores,
Serie inmensa de hazañas, que ilustraron
Á tantos héroes, y que allí figuran
Desde el origen de su antigua raza.

En tanto Eneas, cuya mente agita
El paternal amor, ordena á Acates
Pronto á las naves ir, y que esto cuente
Á Ascanio, y á palacio lo conduzca.
¡Sólo en su caro Ascanio el padre piensa!
Ordénale además ricos presentes
Traer, salvados del troyano incendio:

Un manto que recaman signos de oro,
Y un velo cuyos bordes festonea
Franja de rubio acanto; adornos ambos
Que sacó de Micenas, cuando huyendo
Á celebrar á Pérgamo partía
La Argiva Helena sus infandas bodas;
Dones preciosos de su madre Leda.
También el cetro, que en Ilión un día
La hija mayor de Príamo llevaba,
Y una sarta de perlas para el cuello,
Y una corona de preciosas piedras
Engastadas en oro.—Presuroso
Por todo Acates á las naves corre.

Mas Venus en su mente nueva astucia,
Nuevo proyecto forja: hacer intenta
Que tomando Cupido el rostro y talle
Del tierno Ascanio, junto á Dido llegue,
Y con los dones en la Reina encienda
Furioso amor, y abraze sus entrañas;
Porque aquel hospedaje mal seguro,
Y de los tirios la doblez, le asusta.
Juno atroz la atormenta, y con la noche
Sus sobresaltos crecen; de tal suerte

Que á su ligero Amor esto le dice:

—«Hijo, en quien miro mi poder, mi fuerza,
Tú el único, hijo mío, que no temes
El sumo dardo que rindió á Tifeo,
Á tí me acojo, y suplicante pido
Favor á tu deidad.—Tu hermano Eneas
Errante por el mar de playa en playa
Se ve, por odios de la inícua Juno;
Tú bien lo sabes; tu dolor mil veces
Respondió á mi dolor. La tiria Dido
Hora le hospeda, y con palabras blandas
Le guarda junto á sí. Mas yo recelo
De un hospedaje que consiente Juno:
Que ella no cesa en sus intentos nunca.

»Así á la Reina con mi industria pienso
Antes ganar, y en llamas abrasarla,
No la cambie otro dios; y hacer que á Eneas
Ame con tanto amor como yo misma.
Esto has de hacer, y escucha de qué modo:
El regio infante, en quien me miro ahora,
Al llamamiento de su caro padre
Á la tiria Ciudad marchará en breve,

Llevando los presentes rescatados
De la borrasca y del troyano incendio.
Yo, en profundo letargo adormecido,
En las sacras mansiones de Citera
Le esconderé, ó en el Idalio bosque;
No al saber el engaño se presente.

»Tú por sola una noche su semblante
Toma, y pues eres niño, de otro niño
Sabrás fingir el conocido aspecto;
Y cuando Dido de alborozo llena
Te acoja en su regazo, entre la bulla
Del festín regio y al calor del vino,
Y te abrace, y te imprima dulces besos,
Introduce en su pecho el fuego oculto,
Y el veneno de amor vierte en su alma.»—

Obedeciendo de su cara madre
Los mandatos Cupido, se despoja
De sus alas al punto, y parte alegre,
Igual en rostro y continente á Julo.
Venus entonces en Ascanio infunde
Un plácido sopor, y en su regazo
Abrigado lo lleva á los repuestos

Bosques de Idalia, do con blandas flores
El oloroso almoradux le cubre,
Y le rodea de apacible sombra.

Obediente á su madre iba Cupido
Llevando alegre los presentes regios
Á los tirios, guiado por Acates:
Llega, cuando la Reina en medio ocupa
Su áureo lecho de espléndidos tapices:
Llega Eneas también y sus troyanos,
Y en purpúreos estrados se recuestan.
Agua para las manos dan los pajes;
De las cestas el pan sacan, y cubren
Las mesas con finísimos manteles.

Cincuenta mozas dentro, en larga fila,
Preparan las viandas, y alimentan
La llama á los Penates. Otras ciento,
Y cien mancebos á la par, iguales
Con ellas en edad, las mesas cargan
Con los manjares, y las copas sirven;
Y muchos tirios á la alegre fiesta
Tambien acuden, á quien Dido manda
Recostarse en los lechos de colores.

Todos el dón magnífico de Eneas
Admiran, y de Julo la hermosura,
La faz resplandeciente, y las palabras
Simuladas del dios: el manto admiran,
Y el velo con festón de rubio acanto.
Mas sobre todos la infelice Dido,
Yá sentenciada á próximo desastre,
No se sacia mirando, y más se abrasa
Cuanto lo mira más; y á par las joyas
Y el niño hermoso el alma le conmueven.

Él, cuando á Eneas abrazó, y colgado
Á su cuello colmó al supuesto padre
De inmenso amor, dirígese á la Reina;
Ella con ojos y con alma toda
Se fija en él, y siéntalo en su falda,
Y lo acaricia: ¡la infeliz no sabe
Cuál es el dios que estrecha entre sus brazos!
Él los mandatos de su madre Venus
Recuerda entonces, y á borrar comienza
Del corazón de Dido poco á poco
La imagen de Siquéo; y con activo
Amor intenta trastornar de nuevo
Aquel pecho, que vive há tiempo ocioso,

Y aquel alma de amores olvidada.

Da fin la cena; se alzan los manteles,
Y en las mesas colocan grandes copas,
Y de vino las llenan; á su vista
Rompe inmenso clamor; el vocerío
Del palacio en los ámbitos retumba:
Cuelgan de los dorados artesones
Mil encendidas lámparas, que ahuyentan
Con viva llama las nocturnas sombras.
—La Reina entonces que le traigan pide
La copa de oro y de preciosas piedras
De gran peso y valor, que desde Belo
Siempre usaban sus regios descendientes;
Guardan silencio todos, y ella dice:

—«Júpiter, pues por tí la ley se acata
De la hospitalidad, haz que este día
Feliz á tirios y á troyanos sea,
Y viva eternamente en la memoria
De nuestros hijos; que descienda Baco,
Numen de la alegría, y la benigna
Juno con él. Oh tirios, y vosotros
La unión presente celebrad propicios.»—

Dijo, y libó en la mesa el dulce néctar;
Y el borde de la copa con los labios
Tocando apenas, se la entrega á Bicias,
Y le incita á beber. Él sin demora
El licor espumante ansioso apura
De la áurea taza, y se salpica todo.
Siguen su ejemplo los demás señores.

Pulsa el crinado Iopas la dorada
Cítara, en que aprendió del grande Atlante:
Canta el curso del sol, la errante luna,
Dónde el origen de animales y hombres
Está y el de la lluvia y el del rayo;
Canta á Arturo, las Híadas pluviosas,
Los gemelos Triònes; por qué causa
Corren los soles invernales tanto
Á hundirse en el Occéano, y las noches
El paso acortan tardo y perezoso.
Rompen luego los tirios á porfía
En grande aplauso, y siguen los troyanos.

La noche en tanto en pláticas diversas
Entretenía la infelice Dido,
Bebiendo largo amor. Mucho pregunta,

Ora acerca de Príamo, ora de Héctor,
Ya de las fuerzas con que á Troya vino
El hijo de la Aurora, ya del lance
De los caballos de Diomedes, ora
Noticias sobre Aquiles, y al fin dijo:
—«Ea, mejor será que nos relates,
Huesped, desde su origen las astucias
De los griegos, la historia de los tuyos,
Y de tu vida errante, pues yá has visto
Siete giros del sol, vagando siempre
Por tantos mares y por tierras tantas.»



LIBRO SEGUNDO



LIBRO SEGUNDO

EALLARON todos de su voz pendientes,
Y dice Eneas desde el alto asiento.
—«Renovar un dolor imponderable
Mandas, oh Reina, al referirte ahora
Cómo el reino troyano y sus riquezas
Destruyó el pueblo griego, y las desgracias,
Que ví yo mismo, y que sufrí en gran parte.
¿Qué mirmidón ó dólope inhumano,
Ó qué soldado del crüel Ulises,
Al escuchar tamaños infortunios,
El llanto contendrá?—La noche avanza
En su rápido curso por el cielo,
Y en su ocaso las pálidas estrellas

Al sueño nos invitan.—Mas si tanto
Y tan grande interés tu pecho enciende
Por saber nuestros males, y de Troya
La ruina escuchar, daré principio:
Aunque horroriza su recuerdo sólo,
Y el ánimo abatido lo rehusa.

Yá quebrantados los caudillos griegos
Por tan terrible y dilatada guerra,
Y por adversos hados perseguidos,
Por arte y sugestión de Palas misma
Un caballo construyen tan enorme,
Que á manera de monte se levanta,
De bien trabado abeto, y simulando
Por su vuelta feliz sagrado voto.

Tal lo extiende la fama; y escogidos
Por la suerte varones esforzados,
Ocupan los costados tenebrosos,
Y los ingentes senos y ancho vientre
Llenan de gente armada.—Frente á Troya,
Levántase no lejos una isla,
Ténedos es su nombre, de gran fama,
Y en el reino de Príamo opulenta;

Hoy ensenada humilde, surgidero
Mal seguro á las naves: allí arriban,
Y en un desierto litoral se esconden,
Mientras nosotros fáciles creímos
Que partieron al fin con rumbo á Grecia.

Y libre Troya de aflicción tan larga
Abre sus puertas; visitar les place
El campamento dorio, los desiertos
Lugares, y la costa abandonada.
«Aquí, dicen, las huestes dolopéas;
Allí acampaba el inhumano Aquiles;
Aquí la armada; por allá solían
Avanzar con su ejército en campaña.»

Asombra á muchos el funesto voto
Á la casta Minerva, al par que admiran
Del caballo fatal la vasta mole.
Que en la Ciudad penetre, y colocarlo
En el excelso alcázar aconseja
Timetes el primero; fuese dolo
Ó voluntad adversa de los hados.
Los más prudentes, en unión de Capis,
Lanzar al hondo piélago proponen

El sospechoso dón, insidia griega.
Ó bien quemarlo con voraces llamas,
Ó el vientre perforar, y cautelosos
Examinar sus escondidos senos.

Divídese en contrarias opiniones
El vacilante vulgo.—De repente
Baja corriendo desde el alto alcázar,
De muchedumbre inmensa acompañado,
Y ardiendo en celo el ínclito Laoconte,
Y desde lejos...—«Desgraciados... grita,
¡Qué locura la vuestra ciudadanos?
Pensáis que para siempre el enemigo
De aquí marchara, ó que los dones griegos
Jamás de engaños carecer pudieran?
¿Conocéis así á Ulises? Ó se ocultan
Dentro de ese caballo los aquivos,
Ó es máquina quizás contra los muros,
Para explorar tal vez nuestras moradas,
Y lanzarse de golpe sobre Troya;
Ó asechanza mayor acaso encierre.
Desconfiad, oh teucros, del caballo:
Temo á los griegos, aunque ofrezcan dones.»—

Dice, y arroja con potente brío
Contra el costado y anchuroso vientre
Del caballo su lanza ponderosa;
Clavóse retemblando, y las profundas
Cavernas resonaron con gemidos.
Y si los dioses para Troya adversos
Decretado no hubiesen su rüina,
Junto con el error de nuestra mente,
Nos hubiera impulsado aquella lanza
Á acuchillar en sus oscuros antros
Á los griegos; y ¡tú, sagrada Troya,
Vivirias aún! y ¡tú, de Príamo
Existieras tambien, excelso alcázar!

En esto con tumulto y clamoreo
Unos pastores ante el Rey conducen
Á un jóven extranjero maniatado,
Que á las troyanas turbas se entregara;
Y que falaz á ejecutar venía
Traición infame, abriendo á los aquéos
Las puertas de Ilión, sólo fiando
En su valor y astucia, y decidido
Á triunfar ó sufrir segura muerte.
La juventud troyana por do quiera

En confuso tropel se precipita,
Ansiando verle, y sin cesar le insulta.

Escucha la perfidia de los griegos,
Y juzga las demás por esta infamia.
Turbado... inerme... párase ante todos;
Y las dardanias huestes contemplando.
—«Ay!, exclama; ¿qué tierras, ni qué mares,
Pueden ya socorrerme? ¿qué me resta,
Desgraciado de mí? No entre los griegos
Tengo refugio alguno, y los troyanos
Piden ya para mí tormento y muerte.»—
Á compasión nos mueven sus clamores,
Y los furiosos ímpetus se enfrenan.
Le exhortamos á hablar; á declararnos
Cuál su linaje fuese, cuál su intento,
Cuál su esperanza en fin, al entregarse,
Y, depuesto el temor así prorrumpe.

—«Yo la verdad entera, Rey excelso,
Te habré de revelar. Ni he de negarte,
Sea cual fuere mi fin, mi helena raza:
Tal confesarlo debo. Hará la suerte
Desgraciado á Sinón; mas nunca, impía,

Falaz y mentiroso.—Á tus oídos
Quizás alguna vez habrá llegado
El nombre del ilustre Palamedes,
Del linaje de Belo, y de su gloria
La insigne fama; quien por vil sospecha,
Por indicio fatal, por oponerse
Á la terrible guerra, fué acusado
De pérfida traición, y por los griegos
Condenado á morir, aunque inocente.
Muerto, le lloran yá.—Mi triste padre
Falto de bienes me mandó á su lado,
Cual próximo pariente y compañero,
Desde mi tierna edad, á ejercitarme
En las armas: y en tanto que él felice
Gozaba de poder, y el reino mismo
Por sus altos consejos florecía,
También nosotros de su fausto y gloria
Pudimos ostentar algún destello.

»Mas después que murió, sacrificado
—Nadie lo ignora—por la torpe envidia
De aquel pérfido Ulises, yo afligido
Arrastraba una vida miserable
En tinieblas y luto, atormentado

Por el dolor del inocente amigo.
Y... loco... no callé; que hice promesa
De ser su vengador, si á Argos, mi patria,
Mostrándose la suerte más propicia,
Alguna vez tornaba victorioso.
Y alzaron rudos odios mis palabras,
Y este el origen fué de mi infortunio.

»Siempre de entonces con calumnias nuevas
Persiguiérame Ulises, esparciendo
Por el vulgo sospechas peligrosas,
Sus malas artes contra mí empleando
Sin descansar jamás, hasta que Calcas...
¿Mas para qué mis tristes desventuras
Revuelvo inútilmente en la memoria?
Qué me detengo? Si á los griegos todos
En grado igual aborrecéis, troyanos,
Basta lo expuesto, y acabad conmigo.
Así Ulises lo quiere, y con largueza
Os pagarán mi muerte los Atridas.»—

Encienden sus palabras el deseo
De averiguar los hechos y sus causas,
Ignorando nosotros las perfidias

Y las pelasgas artes engañosas;
Y así prosigue con pavor fingido.
—«Muchas veces los griegos desearon
Dejar á Troya, y emprender la fuga,
Al fin rendidos de tan dura guerra.
¡Así lo hubiesen hecho! Muchas veces
La ruda tempestad, del fiero ponto
El paso les cortó, y al retirarse
Aterrólos también furioso el austro.
Y cuando yá de acebo construído
Alzóse este caballo, por el éter
Rugieron los deshechos huracanes.
Confusos al oráculo de Apolo
Á consultar á Eurípilo mandamos,
Y tal repuesta Febo nos envía:
—«Aplacásteis, oh Dánaos, á los vientos
Con sangre y sacrificio de una virgen,
Cuando vinísteis por la vez primera
De Ilión á las playas; pues ahora
Con sangre y sacrificio de un aquivo
Impetraréis vuestro feliz regreso.» —

»Cuando esta voz á los oídos llega
De los helenos, quédanse pasmados,

Y discurrir por sus medulas sienten
Hielo mortal, y conturbados tiemblan.
—«¿Á quién el hado, á quién el dios Apolo
Destinan á la muerte?»—En esto Ulises,
Entre el tumulto, al adivino Calcas
Presenta en medio, y con instancia ruega
Que del dios el oráculo declare.
Yá muchos las crueldades me anunciaban
Y el plan infame del artero Ulises,
Previendo lo futuro; el adivino
Se oculta por diez días, y callando
Rehuye designar con su palabra,
Y entregar una víctima á la muerte.
Mas violentado por las grandes voces
Del Ítaco crüel, y acordes ambos,
Rompe el silencio al fin, y me destina
Al sacrificio. Convinieron todos,
Soportando que el hado convirtiera
Las desdichas, que tristes recelaban,
En rüina de un solo desgraciado.

»Y llegó el día fatal; y al sacrificio
Yá preparaban la salada harina,
Y las sagradas vendas de la frente,

Cuando rompí las recias ligaduras,
Y á la muerte escapé; y entre las hierbas
De cenagoso lago quedé oculto,
Bajo las sombras de la obscura noche,
Hasta que al mar se hiciesen, si partian.
Y esperanza ninguna yá me resta
De ver mi antigua patria y dulces hijos,
Y suspirado padre. Acaso impongan
Á los tristes la pena de mi fuga,
Y expiarán mi delito con la muerte.
—Así te pido por los altos dioses,
Que de mis dichos la verdad penetran;
Por la inviolada fe, si queda alguna
En los hombres aún, ¡oh! yo te ruego
Que tengas compasión de tantos males.
Ten piedad del que acerbos infortunios
Sin culpa sufre.»—

Ante el fingido llanto

Á compasión al punto nos movemos,
Y le damos la vida. El noble Príamo
Quitar manda, el primero, las esposas,
Y desatar los opresores lazos,
Y con amiga voz así le dice;

—«Seas quien fueres, olvida á los aquivos
Ausentes yá de aquí: tú serás nuestro;
Y á mis preguntas la verdad contesta.
¿Para qué los helenos esta mole
Del enorme caballo levantaron?
¿Quién fué el autor? ¿qué fin se propusieron?
¿Fué sacro voto, ó máquina de guerra?»—

Tal dice: mas Sinón como instruido
En los engaños y artificios griegos,
Alzando á las estrellas ambas manos
Libres de las prisiones, así exclama:
—«¡Oh eternas lumbreras, é inviolable
Numen divino! ¡altares y nefandos
Cuchillos que evité! y ¡oh de los dioses
Ífulas, que cual víctima ciñera!
Testigos sed de mi veraz palabra.
Permitidme romper los juramentos
Sagrados de la Grecia; permitidme
Odiar á aquellos hombres; y á las auras
Entregar sus secretos, si algo ocultan.
Ley ninguna á la patria yá me liga.
Tú, Príncipe, conserva tus promesas:
Tú, Troya, que serás por mí salvada,

Responde fiel, si la verdad te digo,
Y si tan grande beneficio otorgo.

»Siempre los griegos su esperanza toda
En la emprendida guerra cimentaron
En el auxilio y protección de Palas.
Mas desde el día infausto en que Diomedes,
El hijo de Tidéo, con Ulises,
Inventor de maldades, emprendieron
Del sacro templo arrebatat impíos
El fatal Paladión, y asesinando
Á los custodios del excelso alcázar,
Al fin robaron la sagrada efigie,
Osando profanar las puras vendas
De la diosa con mano ensangrentada...
Á frustrarse empezó, y á deshacerse
Su esperanza: perdidas yá sus fuerzas,
Y de la diosa el ánimo contrario.

»Y Palas con portentos no dudosos
Su encono demostró. Que colocada
La estatua en los aquivos campamentos,
De los ardientes ojos despedía
Radiantes llamas; y sudor salado

Discurrió por sus miembros; y tres veces
De la tierra ¡oh prodigio! levantóse,
Hiriendo con furor su breve escudo,
Y al par blandiendo la vibrante lanza.

»Calcas al punto que la fuga emprendan
Por los mares ordena en vaticinio:
Que no podrían las aquivas armas
Á Pérgamo rendir, sin que de nuevo
Impetrasen en Argos los auspicios,
Y la robada imagen devolviesen,
Que llevaron consigo por el ponto
En corvas naves. Por lo cual partieron
Á favor de los vientos á Micenas,
Su patria, procurando nuevas armas;
Para volver propicios á los dioses;
Y el piélago de nuevo atravesando,
Otra vez de improviso presentarse.

»Tal lo dirige todo el adivino.
Y en vez del Paladión arrebatado,
Por la diosa ultrajada, construyeron,
Según el vaticinio, aquesta efigie,
Para expiar el sacrilegio enorme,

Y mole tan inmensa mandó Calcas
Edificar de roble bien trabado,
Y alzarla hasta los cielos, porque nunca
Por las puertas de Troya entrar pudiera,
Ni dentro de sus muros colocarse,
Ni por su antigua religión el pueblo
Protegido estuviese.—

Mas si ahora
Violasen vuestras manos por desgracia
Este dón de Minerva, estrago horrible
Acabaría con el vasto imperio
De Príamo y los frigios.—Tal augurio
Caiga primero sobre el mismo Calcas.—
Pero si el dón por vuestras propias manos
Entrase en la ciudad, el Asia al punto
Al gran Peloponeso vencería
En cruda guerra, y tan fatal destino
Estaba á nuestros nietos reservado.»—

Con tales artificios y perfidias
Del perjurio Sinón creyeron todos,
Alucinados por su infame astucia,
Y por sus falsas lágrimas vencidos,

Los que no domearon con sus fuerzas
Ni Diomedes, ni Aquiles de Larisa,
Ni diez años de guerra, ni mil naves.

Terrible entonces singular portento
Preséntase á los míseros troyanos
De súbito, y sus ánimos conturba.
El ilustre Laoconte, de Neptuno
Sacerdote elegido por la suerte,
Un toro corpulento cabe el ara
Sacrificaba con solemne pompa.
—Ved aquí que de Ténedos partiendo
Se arrojan sobre el piélago tranquilo,
—El contarlos horroriza—dos serpientes
Inmensas, de anchas roscas, que nadando
Al par hacia la orilla se dirigen.
El pecho levantado entre las aguas;
Sobre las ondas las sanguíneas crestas;
La cola enorme sin cesar batiendo
El mar levanta, y las hinchadas olas
En ondulantes círculos revuelve.

Suena intenso fragor, hierve la espuma,
Y saltan á la vez sobre la playa,

Sangre y fuego sus ojos despedían,
Y sus lenguas vibrando entre silbidos
Lamen sus bocas.—Á su vista todos
Huimos aterrados.—Á Laoconte
Certeras se dirigen; pero antes
Á sus dos tiernos hijos se abalanzan;
Se enroscan á sus cuerpos, y mordiendo
Sus miembros inocentes, los devoran.

Lánzanse luego sobre el mismo padre,
Que á salvar á sus hijos corre armado;
Y con las fuertes roscas le religan,
Y le ciñen dos veces la cintura,
Y dos veces le oprimen la garganta
Los escamados lomos, elevando
Sobre Laoconte los altivos cuellos.
—De sórdido veneno y sangre impura
Las ínfulas manchadas, con las manos
Forceja por romper los recios nudos;
Y alza horrendos clamores á los cielos,
Cual los bramidos del soberbio toro,
Que herida la cerviz de incierto golpe,
Huye del ara, y la segur arroja.

Ambas serpientes se deslizan luego;
Al alto templo se dirigen, y entran
De la fiera Tritonia en el alcázar,
Y á los pies refugiadas de la diosa
Tras su redondo escudo se guarecen.
—Nuevo pavor los agitados pechos
Hace entonces temblar; y juzgan todos
Justa expiación del crimen de Laoconte,
Que osó clavar en el madero santo
La sacrílega lanza poderosa.
Y con acorde clamoreo piden
Que el simulacro en Ilión penetre,
Y de la diosa la piedad se implore.

Cortamos la muralla; y ancha puerta
Á la ciudad abrimos. Presurosos
Al trabajo se aprestan, y colocan
Del caballo á los pies potentes ruedas,
Y atan recias maromas á su cuello,
Y así traspasa de Ilión los muros
La máquina fatal de armas preñada.
Himnos sagrados en redor entonan
Coros de niños, y doncellas puras,
Y gozan en tocar la dura cuerda.

Avanza aquella mole, y dominando
Á la ciudad, colócase en su centro.

¡Oh sagrada Ilión, oh patria mía,
De los Dioses morada! ¡oh fortaleza
De los troyanos en la guerra insigne!
Cuatro veces paróse en la muralla
La ingente mole, y en su oculto seno
Cuatro veces las armas resonaron:
Mas ¡ah! desmemoriados y dementes
Insistimos, y el monstruo formidable
Al fin colocan en el alto alcázar.

Cassandra entonces la futura historia
De nuevo anuncia, que jamás creyeron,
Por designio de Apolo, los troyanos;
Y nosotros ¡ay tristes! para quienes
Brillaba ya su postrimero día,
Lo celebramos con solemne fiesta
Por toda la ciudad, con lauro y mirto
Los templos de los dioses adornando.

Gira entre tanto la celeste esfera,
La noche sobre el mar se precipita,

Envolviendo en sus sombras tierra y cielo
Y de los griegos los infames dolos.
Por la ciudad dispersos los troyanos
Callan al fin: de sus cansados miembros
El sueño se apodera.—Y yá partía
De Ténedos, en naves aprestadas,
El ejército aquivo aprovechando
La amiga sombra de la opaca luna,
Para tomar las conocidas playas.
Y al mostrar una luz la nave regia,
Sinón, á quien los hados protegían
De Ilión enemigos, cauteloso
Las puertas abre del falaz caballo
Á los aquivos en su vientre ocultos,
Y á la luz los devuelve, abierto el monstruo.

Y de la hueca mole descolgados
Por una cuerda, salen los caudillos
Llenos de gozo. Macaón primero,
Esténelo, Tisandro, el fiero Ulises,
Y Átamas, y Toante y Neoptolemo
El hijo de Peléo, y Meneláo,
Y el mismo Epéo, que forjó el engaño.
Invaden la ciudad en vino y sueño

Sepultada; las guardias asesinan;
Y las puertas abriendo, á los antiguos
Compañeros reciben, y compactos
Forman acordes aguerrida hueste.

Era el momento, en que al primer reposo
Entréganse rendidos los mortales,
Grato dón de los dioses, cuando en sueños
Paréceme que Héctor se presenta.
Tristísimo, y deshecho en largo lloro;
Cual le viera arrastrado en otro tiempo
Por el carro fatal, ennegrecido
Del polvo y sangre, y con los pies hinchados
Por las duras correas que le oprimen.

¡Cuál estaba ay de mí! ¡cuán diferente
Del Héctor, que volviera revestido
Con las armas de Aquiles, ó incendiara
Las naves griegas con troyano fuego!
Sucia la barba, de cuajada sangre
Manchados los cabellos, y mostrando
Las cien heridas, que en los patrios muros
Recibiera: y al par me parecía
Que yo también con doloroso llanto,

Y á tal varón mis voces dirigiendo,
Estas palabras tristes pronunciaba.

—«¡Oh luz de Troya, y esperanza firme
De los teucros! ¿porqué tan larga ausencia?
¿De qué regiones, Héctor deseado,
Vienes ahora? ¿Cómo al fin te vemos,
Sin fuerzas yá tras desventuras tantas
De los tuyos, de Troya y de sus hijos?
¿Qué causa vil desfiguró tu rostro?
¿Y porqué esas heridas estoy viendo?»—

Nada contesta: ni aun siquiera atiende
Á mis vanas preguntas; y arrancando
De su pecho tristísimo gemido,
—«Huye de aquí veloz, hijo de Venus,
Y sálvate, me dice, de las llamas.
Ocupa la ciudad el enemigo;
Troya desde su cumbre se arrüina;
Por Príamo y la patria asaz hicísteis;
Si Pérgamo pudiera defenderse
Todavía, mi diestra la salvara.
Hoy las sagradas joyas y Penates
Ilión te confía: tú los toma

Por compañeros de tu infausta suerte;
Con ellos busca la ciudad excelsa,
Que el mar surcando fundarás un día.»—

Así dice: y traslada con sus manos,
Desde lo más recóndito del templo,
Las ínfulas, y á Vesta poderosa,
Y el venerando fuego inextinguible.
Mézclanse en tanto lúgubres clamores
Por toda la ciudad; y á cada instante
Más y más claros se oyen los sonidos,
Y el estruendo creciente de las armas.
—Aunque el palacio de mi padre Anquises
Lejos se hallaba, y de árboles cubierto.—

Sacudo el sueño; y subo á lo más alto
De mi morada, y pongo atento oído,
Atónito, cual queda el ignorante
Pastor, que de lo alto de una roca
El ruido percibe cuando prenden
Las llamas en las mieses azotadas
Por el austro furioso; ó se despeña
El rápido torrente por el monte,
Y los campos, los fértiles sembrados

Y las campiñas de labor devasta,
Arrastrando tras sí las altas selvas.

Y entonces la verdad se alzó patente,
Y las viles traiciones de los griegos.
Yá en rüinas conviértese el palacio
De Deifobo, abrasado por las llamas,
Que devoran también el de Ucalengo;
Relumbra el fuego en las sigéas ondas;
Álzase el vocerío de la gente,
Y el bélico clangor de las trompetas;
Y á las armas acudo en mi locura,
Que no era cuerdo yá tomar las armas.
Mas el ánimo ardiendo de corage,
En son de guerra aglomerar las huestes
Anhelaba, y con fuerzas aguerridas
Al alcázar volar; la mente impulsan
El furor y la ira contemplando,
Que es glorioso morir bajo las armas.

En esto Panto ilustre, hijo de Otréo,
Ministro del alcázar y de Apolo,
De las armas aquivas libertado,
Las sacras joyas, los vencidos dioses

En sus manos conduce, y con su nieto
Corre loco á mis puertas.—«¿Cuál, oh Panto,
Cuál es nuestro destino?» le pregunto.
«Hacia qué fortaleza irémos todos?»—
Apenas dije, cuando así responde
Con profundo gemido.—«Yá ha llegado
Para Ilión su postrimero día;
Su rüina total, inevitable.
Murieron los troyanos, murió Troya,
Murió la gloria excelsa de los teucros.
Yá Júpiter crüel ha trasladado
Nuestro poder y reino á los aquivos.
En la incendiada Troya el griego impera.
El caballo fatal, que se levanta
En medio de los muros, de su seno
Armada gente sin cesar arroja,
Y Sinón victorioso nos insulta,
Y lleva por doquiera los incendios.

»Millares de hombres por las anchas puertas
Entran en la ciudad, tantos cual nunca
De Micenas vinieron; con las armas
Obstruyen otros las estrechas calles,
Con horrible matanza amenazando

Las aceradas puntas relucientes.
En vano de las puertas los custodios
Intentan los primeros el combate,
Y ciegos en la lucha se resisten.»—
—Ante tales palabras del Otrida,
Y por los altos númenes guiado,
Al incendio me arrojé y á las armas;
Donde me llaman las crueles Furias,
Y el bramido y clamor, que al cielo toca.
Rifo y el viejo Ifito me acompañan,
Que al lucir de la luna se me ofrecen;
Y Dimas, que con Hípanis se agregan
Á mi lado, y el férvido Corebo,
El hijo de Migdón, que por acaso
Llegó en aquellos días encendido
En el amor vehemente de Casandra,
Y á Príamo prestaba, como yerno,
Y al ejército frigio sus socorros.
¡Desgraciado de él, que no escuchara
Los tristes vaticinios de su esposa!

Al verlos yá compactos y resueltos
Á arrostrar el combate, así les digo:
—«¡Oh mancebos, oh pechos esforzados

Inútilmente! Si queréis seguirme
Al supremo y seguro sacrificio,
Nuestra aciaga fortuna yá estais viendo.
Los dioses, que este reino sustentaban,
Huyen, abandonando los altares
Y el santuario; á la incendiada Troya
Prestamos nuestro auxilio.—Mas murámos;
Lancémonos en medio de las armas.
La sola salvación de los vencidos
Es no esperar en salvación ninguna.»—

Así unióse el furor en los mancebos
Á su valor; y cual rapaces lobos,
Que por rabia famélica impelidos
Parten entre las sombras, esperados
Por sus cachorros con hambrientas fauces,
Tal nos lanzamos á indudable muerte,
En medio de las armas enemigas:
Y al centro de Ilión nos dirigimos
Entre las sombras de la noche envueltos.

¿Quién los estragos, y las tristes muertes
Podrá explicar de tan infausta noche?
¿Ó quién los llorará con digno llanto?

Cae la antigua Ilión dominadora
Por luengos años: por doquiera yacen
Numerosos cadáveres dispersos
En las calles, los templos y las casas.
Mas no la sangre se derrama sola
De los trayanos; que en los nobles pechos
De los vencidos el valor renace,
Y sucumben los griegos vencedores.
Por todas partes el mortal quebranto,
El miedo y el pavor por todas partes,
Y veces mil la imagen de la muerte.

Preséntase el primero de los griegos
Á nuestro paso con la fuerza armada
Andrógeo, creyéndonos aquivos,
Y con acento de amistad nos dice:
—«Apresuráos, varones: ¿qué os detiene
Con tal pereza y con demora tanta?
Otros saquean la incendiada Troya,
Asolándolo todo... ¿y de las naves
Venís vosotros hora?»—Tal nos habla;
Y observando á la vez nuestro silencio,
Conoció que se hallaba entre enemigos,
Y enmudece turbado, y se retira.

Cual el que yendo entre ásperos zarzales,
Si al pisar en la tierra, de improviso
Oprime una culebra con su planta,
Apártase aterrado presuroso,
Al verla levantarse enfurecida,
Irguiendo hinchado su cerúleo cuello...
Tal con espanto á nuestra vista Andrógeo
Retrocede. Sobre ellos nos lanzamos;
Y presa del pavor, no conociendo
El lugar do se hallaban, por doquiera
Sembramos sus cadáveres. Protege
Nuestro primer esfuerzo la fortuna.

Corebo por el éxito gozoso
Y lleno de valor,—«Oh compañeros,
Nos dice entonces: prosigamos fuertes
De salvación el único camino,
Que la fortuna muéstranos propicia.
Cambiemos los escudos, adoptando
Las armas de los griegos. ¿Quién exige
Valor y no el ardid al enemigo?
Ellos nos dan sus armas.»—Tal diciendo
Se viste la cimera penachuda
Y el escudo de Andrógeo refulgente,

Y argiva espada á su costado ciñe;
Imítanle también Dimas y Rifo,
Y toda aquella juventud gozosa;
Con los despojos del botín reciente
Ármase cada cual.—Así marchamos,
Entre los mismos griegos confundidos,
Sin los auspicios de los patrios dioses.
Y envueltos de la noche entre las sombras
En cien rudos encuentros victoriosos,
Mil aquivos al Báratro lanzamos.
Los unos en las naves se refugian,
Y á las seguras playas se dirigen;
Presa los otros de cobarde miedo,
De nuevo suben al fatal caballo,
Á ocultarse en su seno conocido.

Mas ¡ah! contra el designio de los dioses
Nada esperarse puede.—Arrebatada
Del templo y santuario de Minerva
La doncella Casandra, hija de Príamo,
Era llevada. Suelos sus cabellos,
Y alzando al cielo sus ardientes ojos;
Sus ojos, que sus manos delicadas
Atan duras prisiones. Tal escena

No soporta Corebo enfurecido,
Y entre las densas huestes enemigas
Arrójase á morir. Seguimos todos,
Y en medio del combate nos lanzamos;
Mas desde el alto templo disparadas
Las flechas de los nuestros nos envuelven:
Que matanza misérrima origina
El torpe error ante las nuevas armas
De griega forma y los penachos griegos.

Bramando entonces de furor los dánaos
Por la ilustre doncella arrebatada,
Avanzan por doquier acometiendo:
El fortísimo Ajax, los dos Atridas,
Y la inhumana hueste dolopéa.
Cual los contrarios vientos cuando luchan
En deshecho huracán, Céfiro y Noto,
Y Euro con sus caballos refulgentes,
Crugen las selvas, espumante ruge
Neréo, revolviendo desde el fondo
Con el tridente los extensos mares.
—Los que á favor de las nocturnas sombras
Ahuyentar consiguiera nuestra astucia
Por toda la ciudad, y dispersarlos,

Aparecen de nuevo, y los escudos,
Y las mentidas armas reconocen,
Y el lenguaje distinto de los nuestros,
Y en fuerzas superiores nos arrollan,
Y á manos de Penéleo, asesinado
Muere Corebo, sucumbiendo cerca
Del templo de la diosa armipotente.
También sucumbe Rifo valeroso;
De los troyanos el varón más justo,
De la recta virtud el más amante;
No así juzgado por los altos dioses.
—Acuchillados por los teucros mismos
Allí perecen Hípanis y Dimas.
Ni pudo ¡oh Panto! tu piedad salvarte,
Ni las sagradas ínfulas de Apolo.

¡Oh troyanas cenizas! ¡Oh supremo
Incendio de mis lares! Sed testigos
Que en tal estrago, ni las fieras armas
Huí, ni los peligros de los griegos.
Si la hubiese el destino decretado,
Digno fuí por mis hechos de la muerte.
—Parto luego de allí; fieles me siguen
Al palacio de Príamo, llevados

Por los clamores, el anciano Ifito
Pesado por la edad, y Pelias débil
Por la herida de Ulises. Lucha horrenda,
Descomunal combate allí encontramos,
Cual si guerra no hubiese en otros puntos,
Ni en toda la ciudad víctimas tantas.
Del indomable Marte los furores
Vemos allí: los griegos escalando
Los elevados techos, y las puertas
Por inmensa testudo combatidas.
Y, fijas en los muros las escalas
Sobre los postes, por las gradas suben,
Oponiendo á las flechas los escudos
Con las siniestras manos, y apresando
La elevada techumbre con las diestras.

Los teucros á su vez las fuertes torres
Y las firmes cubiertas de las casas
Demuelen, preparando su defensa
Con armas tales en su misma muerte,
Al ver cercano su postrer momento;
Y lanzan los dorados artesones,
Rica y preciada gloria de sus padres.
Las puertas otros con desnudo acero

En apiñada multitud defienden.
Renuévase en mi pecho el ardoroso
Celo por acudir al regio alcázar,
Y ayudar con socorro á los varones,
Y dar nuevo valor á los vencidos.

Á espaldas del palacio oculta puerta
De Príamo guiaba á las estancias,
Por do solía la infeliz Andrómaca,
En nuestro reino, visitar sin fausto
Á los suegros, llevando á su Astianacta.
Por ella subo á la eminente altura,
De donde dardos sin cesar los teucros
Inútiles lanzaban.—Gigantesca
Sobre los altos techos á las nubes
En paraje pendiente se elevaba
Inmensa torre, de la cual solían
Los de Troya observar las naves griegas,
Y el campamento aquivo. Allí emprendemos
Con férreos picos demolerla en torno,
Cortando por la unión de los sillares
Del tiempo carcomidos; y arrancada
De su alto asiento, despeñada rueda
Con estrago y fragor, en ancha zona.

Los ejércitos griegos aplastando.

Mas surgen nuevas huestes, y no cesan
Las piedras y los dardos.—Arrogante
Iérguese Pirro en la primera entrada
Lleno de gozo, y lleno de esplendores
Por las armas de acero brilladoras.

Cual la serpiente, á quien el frío invierno
Bajo la tierra entumecida oculta;

De hierva alimentada venenosa,

Y yá desnuda de la piel antigua,

Nueva se alza en juventud radiante;

Y erguida al sol, y levantado el pecho,

Enrosca fácil su lustrosa espalda,

Y vibra el dardo de su triple lengua.

—El gigante Perifas, y de Aquiles

Auriga y escudero Automedonte,

Y aquella esciria juventud compacta

Invaden el palacio, y á los techos

Hacen subir las llamas devorantes.

—El mismo Pirro el hacha destructora

Empuña con ardor de los primeros;

Destruye los umbrales, y las puertas

De bronce arranca de los altos quicios.

Y rota la firmísima armadura
De duro roble en anchuroso espacio,
Abre amplia brecha, y aparecen luego
El interior, los atrios del alcázar
De los antiguos reyes, y de Príamo
Las secretas moradas suntuosas.
Véase aguerrida en el umbral primero
La hueste armada; dentro del palacio
Se oyen lamentos y hórrido tumulto,
Y llantos y alaridos de mujeres
Resuenan en las cóncavas estancias;
Hiere el clamor las fúlgidas estrellas;
Y llenas de pavor vagan errantes
Por los regios salones las matronas,
Y abrazan las columnas y las besan.

Con el paterno ardor avanza Pirro;
Ni las cerradas puertas ni las guardias
Lo pueden contener; los quicios tiemblan
Al repetido golpe del ariete,
Y arrancadas las hojas caen al suelo:
Ábrese por la fuerza ancho camino,
Allánanse los dánaos las entradas,
Matando á los primeros, y penetran,

Y de soldados el palacio inundan.
—No de otro modo el espumante río
Sale, rotos los diques, destruyendo
Con su corriente las opuestas moles:
Por los campos se extiende impetuoso,
Y los arrasa con caudal creciente,
Arrastrando tras sí reses y establos.

Yo mismo ví furioso en la matanza
Á Neoptolemo, y á los dos Atridas
En la entrada. Yo ví á Hécuba triste
Y á sus cien compañeras. Yo ví á Príamo
Las aras recorrer, y allí con sangre
Regar el fuego que á los altos dioses
Consagrara piadoso. Los cincuenta
Tálamos de sus hijos, esperanza
De larga descendencia, se derrumban,
Y las soberbias puertas de oro frigio
Y de ricos despojos revestidas.
Lo que perdonan las voraces llamas
Es presa de los griegos.

Tal vez, Reina,
Saber querrás de Príamo la suerte.

Luego que vió de la ciudad tomada
La presente rüina, y destrozados
Los umbrales y puertas, y á los griegos
En los atrios y dentro del alcázar,
Viste sobre sus yá trémulos hombros,
Por la avanzada edad, el noble anciano
Las por tan largo tiempo ociosas armas:
Ciñe el acero inútil, y se arroja
Á morir en las huestes enemigas.

En medio del palacio se elevaba,
Bajo la limpia bóveda del cielo,
Un magnífico altar, y un laurel cerca
Viejísimo cubriendo con su sombra
El ara sacra y los penates dioses.
Hécuba en vano y sus amantes hijas
Corriendo á los altares cual palomas,
Que unidas huyen de crüel borrasca,
Á los excelsos númenes se acogen,
Sus sagradas estátuas abrazando.
—Y al ver Hécuba á Príamo anhelante
Con la armadura juvenil vestido,
—«¿Qué locura, le dice, amado esposo,
Á ceñir esas armas te ha impulsado?

¿Ó á qué tremendo fin te precipitas?
Ni auxilio tal, ni tales defensores
Son de valer en tan suprema angustia;
Ni, aunque viviese ahora, mi Héctor mismo.
Cede, y aquí te acoge: estos altares
Nos salvarán, ó moriremos juntos.» —
Dice, y á sí atreyendo al noble anciano,
En el sagrado asiento le coloca.

En esto, libertado de la muerte
El hijo del rey Príamo, Polites,
Huye herido los pórticos cruzando
Entre las huestes y armas enemigas,
Y atraviesa los atrios yá desiertos.
Corre armado tras él furioso Pirro;
Y casi le apresaba con la mano,
Y heríale de nuevo con la lanza,
Hasta que al fin llegando á la presencia,
Y ante los mismos ojos de sus padres,
Cae moribundo, y su existencia exhala,
Un torrente de sangre derramando.
Príamo entonces, aunque yá se mira
Tan cercano á morir, no se refrena,
Ni su voz ni su cólera reprime,

Y exclama airado:—«Que los altos dioses,
Si hay numen vengador allá en el cielo,
Te impongan el castigo y pena justa
Por tal audacia y tan infame crimen.
Á tí, que ver me has hecho en mi presencia
Morir al hijo mío, y con su muerte
Has ultrajado el rostro de su padre.
No fué por cierto tan feroz Aquiles,
De quien tú te supones engendrado,
Con su adversario Príamó. Mas noble,
Respetó los derechos y las leyes,
Y la sagrada fé del suplicante,
Y el exánime cuerpo de mi Héctor
Me dió para el sepulcro, y permitióme
Á mi reino volver y mi palacio.»—

Dice el anciano, y una flecha arroja
Sin fuerza para herir, la cual al punto
Por el ronco broquel es repelida,
Y en medio del escudo pende inútil.
Pirro contesta:—«De mis torpes hechos
Cual nuncio irás ante mi padre Aquiles.
No olvides el narrarle mis acciones,
Y que he degenerado de mi sangre;

Mas hora morirás.»—Dice, y al ara
Arrastra al Rey, y al caer temblando
En el lago de sangre de su hijo,
Prende en la izquierda mano sus cabellos,
Alza en la diestra la brillante espada,
Y hasta el puño la esconde en su costado.

Tal de Príamo fué la acerba suerte,
Tal su infausto destino: el ver á Troya
Incendiada y á Pérgamo en ruinas.
Él, que fuera del Asia rey potente
En tantos pueblos y regiones tantas,
Hora yace en la playa informe tronco,
Cortada de los hombros la cabeza,
Y un cadáver sin nombre.

Horrible espanto
Crüel me invade en el primer momento,
Y pasmado quedé. Cuando le miro
Morir al golpe de tremenda herida,
La imagen triste de mi dulce Padre,
De la edad de aquel rey, surge en mi mente,
Acordéme de Creusa abandonada,
Del palacio en rüinas, y el peligro.

De mi pequeño Ascanio. Miro en torno,
Y en vano busco multitud amiga.
Todos me abandonaron yá rendidos:
Percieron los unos, arrojándose
De las cumbres al suelo, y desesperados
Se entregaron los otros á las llamas.

Yá me encontraba solo, cuando observo
Que del templo de Vesta en los umbrales
Vagaba Elena triste, procurando
Para ocultarse retirado asilo.
Bastante luz prestaban los incendios
Á mí, que errante me fijaba en todo.
Ella, furia común de Grecia y Troya,
Á los teucros temiendo, sus contrarios,
Por la rüina y destrucción de Pérgamo,
Del griego la venganza, y los furores
Del esposo ultrajado, en los altares
Busca refugio, para no ser vista.
Ardo en furor y rencoroso anhelo
De vengar á mi patria en sus estragos,
Y dar justo castigo á tanto crimen.
—«¿Que ha de volver incólume á sus lares,
Y á Micenas, y á Esparta victoriosa

Como reina después de su triunfo,
Y ha de ver á sus padres, y á sus hijos,
Y á su esposo y palacio, acompañada
De numeroso séquito de teucros
Y frigios servidores? ¿Y entre tanto,
Bajo el hierro crüel perece Príamo,
Y arde Troya abrasada por las llamas
Y son lago de sangre sus riberas?
¡Oh! no será: que si glorioso nombre
Quien mata á una mujer jamás merece,
Ni es digna de alabanza tal victoria,
Loor tendré por extinguir la infamia,
Y dar debida pena á la culpable.
Y dulce será al alma ver saciado
El fuego abrasador de la venganza,
Y dar satisfacción á las cenizas
Y á los sagrados manes de los míos.» —

Tal mi mente agitábase furiosa,
Y me lanzaba yá, cuando visible,
Más clara que jamás antes mis ojos,
Entre puros fulgores se presenta
En medio de la noche mi alma madre,
Mostrando que en verdad era una diosa;

Cual suele, tan hermosa y tan excelsa,
Ser vista por los dioses inmortales.
Tiende hacia mí su diestra, y me detiene,
Y sus labios de rosa desplegando,
Me dice así:

—«¿Qué ignota desventura
Provoca, oh hijo, tus feroces iras?
¿Á qué tanto furor? ¿Cuándo, ni dónde
Jamás te abandonaron mis desvelos?
¿Porqué no miras antes dó se encuentra,
En su avanzada edad, tu padre Anquises,
Y si Creusa tu esposa, y tu hijo Ascanio
Viven aún? Por las aquivas huestes
Se hallan todos cercados por doquiera,
Y fueran yá, sin mi amoroso amparo,
Víctimas del acero ó de las llamas.
Ni esa Lacedemonia, que aborreces,
Ni es Páris, á quien culpas; es la ira,
La crueldad implacable de los dioses
La que destruye la opulenta Troya,
Y en rüinas convierte su grandeza.
Mira: que yo disiparé la nube,
Que en densas brumas en redor te envuelve;

Y ver impide á tus mortales ojos.
No temas los mandatos de tu madre,
Ni obedecer sus órdenes rehuses.
—Allí do ves las destrozadas moles
Y piedras sobre piedras hacinadas,
Y nubes ondulantes de humo y polvo,
Allí Neptuno está, los fuertes muros
Con su inmenso tridente sacudiendo,
Y los anchos cimientos conmovidos,
De su honda base la ciudad arranca.
En las escéas puertas se alza Juno,
La sanguinaria Juno la primera,
Ceñida de su acero, y furibunda
Llamando de las naves á sus huestes.
Mira á Tritonia en el excelso alcázar,
De refulgente nimbo circuída,
Con la crüel Medusa por escudo.
El mismo Padre Omnipotente infunde
Valor y fuerza próspera á los griegos.
Él inspira á los dioses, y los mueve
Contra las armas teucras. Huye pronto,
Pón fin á estos trabajos, hijo mío.
No te abandonaré, é irás seguro.
Conmigo misma hasta el hogar paterno.»—

Dijo mi madre, y rauda desaparece
Entre las densas sombras de la noche.
Mil visiones horribles se presentan,
Y los augustos sacrosantos númenes,
Enemigos de Troya; y parecióme
Que Ilión sucumbía entre las llamas,
Que era Troya arrancada de su asiento.
—Cual olmo secular, que se alza erguido
Sobre la cima de encumbrado monte;
Si á porfía los rústicos lo hieren
Con repetidos golpes de las hachas,
Todavía soberbio se resiste,
Y vacilante su agitada copa
Sacude la ramosa cabellera,
Hasta que yá vencido poco á poco
Por tanta herida, da el postrer gemido,
Y el valle destrozando, se derrumba.

Desciendo al fin, é incólume atravieso,
De la diosa mi madre acompañado,
Entre el incendio y enemigas huestes:
Que abren paso las armas, y huye el fuego.
Mas al llegar á la paterna estancia,
Mansión de mis mayores ¡ah! mi Padre,

Á quien ansiaba yo salvar primero,
Subiéndolo á los montes, se me niega
Á marchar al destierro, rechazando
Vivir después de Troya destruída.

—«Vosotros ¡ay! los que tenéis, exclama,
Entera juventud, y sangre, y fuerzas,
Y robustos alientos varoniles,
La fuga apresurad; si á mí los hados
La existencia quisieran dilatarme,
Hubiesen conservado mis moradas.
Basta y sobra con ver tan fiero estrago,
Sobrevivir de Troya á las cenizas.
Vosotros yá, cual si estuviese muerto,
Dad el último «adios» á mi cadáver,
Y huid de aquí: que yo con propia mano
La muerte me daré, ó el enemigo
Extinguirá mi vida por clemencia,
Buscando mis despojos: poco importa
Verse privado al fin de sepultura.

»Los númenes, há tiempo, me aborrecen,
Y arrastro por la edad inútil vida,
Desde que el Padre de los altos dioses

Y rey de los humanos, con el fuego
De su rayo me hirió.»—Dice, y constante
En su tenaz propósito persiste.
Mas nosotros en lágrimas deshechos,
Creusa, Ascanio y los deudos le rogamos
Que no envolviese en la desgracia suya
La rüina de todos, ni ayudase
Al hado que crüel nos perseguía.
Mas insiste de nuevo, y persevera
En el mismo lugar y el mismo intento.

Yo entonces otra vez las armas tomo,
Y la muerte prefiero en mi infortunio.
¿Y qué otra decisión tomar podía?
¿Ó qué mejor fortuna me esperaba?
—«¿Pensabas que pudiese ¡oh padre mio!
Partir, y en la desgracia abandonarte?
¿Sonó quizás tal crimen en tus labios?
Si es designio supremo de los dioses
Que de tan gran ciudad ni restos queden,
Y tal resolución reina en sus pechos;
Si tu suerte y la suerte de los tuyos
Les place unir á la espirante Troya,
Franca á tan dura muerte está la puerta.

Pirro vendrá manchado en abundancia
Con la sangre de Príamo: él, que sabe
Ante su padre asesinar al hijo,
Y al padre junto al ara.»—

—«¿Y del incendio
Voraz y de los dardos me salvaste,
Madre sagrada, para ver ahora
Dentro de mi mansión al enemigo,
Y á Ascanio, y á mi padre, y á mi Creusa
Vilmente asesinado cada uno
En el lago de sangre de los otros?
—«Las armas, oh varones, traed las armas;
Llama la última luz á los vencidos;
Dejadme yá volver á los aquéos,
Y repetir furioso los combates:
Que no por cierto morirémos todos
En este día sin quedar vengados.»—

Ciño otra vez el refulgente acero;
Yá embrazaba el escudo, y de mi estancia
Iba á partir, cuando mi amante esposa
En los mismos umbrales me detiene;
Y abrazada á mis piés, y presentando

Á mi pequeño Julo, así clamaba:
—«Si partes á morir, juntos nos lleva
Á toda suerte de aflicción contigo.
Si en esas armas tu pericia funda
Seguras esperanzas ¡ah! primero
Defiende tu palacio, donde quedan
Tu tierno hijo con tu anciano padre,
Y á quien antes llamabas dulce esposa.»—
Y tal clamando, la morada entera
Con sus lamentos resonar hacía.

Sorpréndenos entonces de improviso
Admirable portento. Entre el coloquio
Y los abrazos de los tristes padres,
Un süave fulgor vemos bañando
La cabeza de Julo con su lumbré.
Lamía, sin dañarlos, sus cabellos,
Y su fuego cebarse parecía
En redor de sus sienes. Temblorosos
Y del miedo turbados acudimos,
Sacudiendo la ardiente cabellera,
Y extinguir pretendemos con el agua
El fuego santo. Mas mi padre Anquises
Alza alegre sus ojos á los cielos,

Y su voz y sus manos elevando,
—«Omnipotente Júpiter, exclama:
Si te aplacan las preces y los votos,
Míranos, y mis súplicas acoge.
Si algo nuestra piedad de tí merece,
Danos, padre, tu auxilio, y fiel confirma
Estos auspicios prósperos.» —

Apenas

Habló mi anciano padre, y de repente
Trueno terrible hacia la izquierda oímos;
Y una estrella del cielo desprendida,
Su faz llevando entre las densas sombras,
Se vió correr con esplendente lumbré:
Sobre los altos techos se desliza,
Y ocultarse la vimos en la selva
Del Ida, señalándonos camino:
En dilatada zona luz brillante
Cual relámpago envía, y se percibe
Humo y olor de azufre por doquiera.
Entonces convencido yá mi padre
Se dirige á los cielos y á los dioses,
Y adora humilde la sagrada estrella.

—«No me detengo ya, dice: dispuesto
Me hallo á partir á do guiéis mis pasos.
Salvad, oh patrios dioses, esta casa,
Y salvad á mi nieto. Estos augurios
Vuestros son; y al poder de vuestro numen
Está confiada Troya.—Cedo, hijo,
Á marchar al destierro no me opongo.»—

Dijo: y más claro ya se percibía
El crugir de las llamas por los muros,
Y el calor del incendio más cercano.
—«Ea pues, padre mío, yo te llevo
Sobre mi cuello y hombros, que esta carga
Es leve para mí. Cualquier que sea
Nuestra fortuna, igual nuestro peligro
Ó igual será la salvación de ambos.
Vendrá el pequeño Julo, y á lo lejos
Nos seguirá también mi amada esposa.

—«Y vosotros! oh fieles servidores,
Grabad en la memoria lo que os digo.
Hay al salir de Troya una colina,
Y un templo antiguo á Ceres consagrado,
Hoy ya desierto, y cerca se levanta

Un vetusto ciprés, que nuestros padres
Há luengos años por piedad conservan.
Á este lugar, mas por distintos rumbos,
Irémos todos.—«Los penátes dioses
Y las sagradas joyas, padre mío,
En tus manos los lleva, que tocarlos
Me está vedado á mí después de tantas
Guerras, y de matanza tan reciente,
Hasta que en aguas de corriente río
Me lave y purifique.»—

Tal diciendo,

Ciño sobre mis hombros vigorosos,
Y en derredor del cuello mis vestidos,
Y de un rojo león la piel adapto;
Y coloco la carga: de la diestra
Tomo al pequeño Julo, que me sigue
Con paso desigual: detrás mi esposa.
Por lugares sombríos penetramos;
Y á mí, á quien ni las flechas enemigas,
Ni en campaña las huestes de los griegos
Turbaron nunca, de terror me llenan
Las leves auras, y cualquier rüido,
Haciéndome temer á un mismo tiempo,

Por la carga y la dulce compañía.

Yá me acerco á las puertas: yá pensaba
Haber salido de la infausta Troya,
Cuando los golpes de frecuentes pasos
En mis oídos resonar parecen.
Y observando mi padre entre las sombras,
—«Huye, dice: que avanzan, hijo mío;
Los brillantes escudos se divisan,
Y las armas de bronce refulgentes.»—

Algún maligno numen perturbara
Entonces mi razón entre temores;
Porque ignoradas sendas procurando
Fuera de los caminos conocidos,
¡Desgraciado de mí! Creusa mi esposa,
Ó fuese arrebatada por los hados,
Ó que el rumbo perdiese, ó que rendida
Á descansar acaso se sentara...
Nada hay cierto: más ¡ah! que desde entonces
No ha vuelto á presentarse á nuestros ojos.
Y ni advertí su pérdida al principio,
Ni lo pensé en mi mente, hasta llegados
Al monte y templo, que piedad antigua

Á Ceres consagrara. Allí reunidos,
Faltaba sólo mi adorada Creusa,
Frustrando de los teucros la esperanza,
De su hijo y su esposo.

Y yá demente,
¿Á quién de entre los dioses y los hombres
Yo no inculpé? ¿Ni qué mayor desgracia
Ví en la muerte de Troya? Á los amigos
Encomiendo á mi padre y mi hijo Ascanio,
Y los dioses penates de los teucros,
Y en recóndito valle los oculto.
Y vuelvo á la ciudad, y otra vez tomo
Las refulgentes armas, decidido
Á repetir los valerosos hechos,
Y nuevamente recorrer á Troya,
Y arrostrar los peligros con la vida.

Torno á los muros y sombrías puertas
Por do primero atravesé; y los pasos
Anteriores observo, y examino.
Horror por todas partes, y doquiera
Hasta el mismo silencio aterra el alma.
Á mi morada me dirijo entonces,

Por si hubiese tal vez retrocedido.
Los griegos la ocupaban. Voraz fuego
Por el viento azotado la envolvía
Hasta los altos techos, y furiosas
Alzábanse las llamas por los aires.

De Príamo al palacio y al alcázar
Marcho después, y á visitarlos torno.
Desiertos yá los pórticos y el templo
De la alma Juno, sus despojos guardan,
Como fieles custodios escogidos,
Fenix y el fiero Ulises. En revueltos
Montones hacinados se veían
Doquiera allí de Troya los tesoros,
En el horrible incendio arrebatados
Del secreto santuario de la diosa;
Las mesas de los dioses, las sagradas
Copas de oro macizo, y vestiduras
Tomadas por botín. En larga fila
Niños y madres de temores llenas
Estaban en redor.

Y yo atrevido
No dejé de dar voces en las sombras,

Y las calles llené con mis lamentos,
Loco llamando á Creusa sin descanso
Con inútil clamor.—Mas cuando en balde
Por todo la ciudad buscaba ansioso,
Por inmensa aflicción enfurecido...
La triste imagen de la misma Creusa,
Su sombra, agigantada, ante mi vista
De súbito aparece. Quedo absorto,
Se erizan mis cabellos, y se anuda
La voz en mi garganta.—

Ella queriendo

Con sus razones aliviar mis cuitas,
Díceme así:—«¿Y á qué, mi dulce esposo,
Á tu insano dolor das rienda suelta?
Nada acontece sin designio augusto
De los pródigos dioses. No: ni el hado,
Ni aquel supremo Rey del alto Olimpo,
Llevar contigo á Creusa te permiten.
Largo destierro que sufrir te resta,
Y surcar la extensión de vastos mares:
Irás á Hesperia, donde el lidio Tiber
Recorre y baña con tranquilo curso
Campos feraces de potentes pueblos.

Allí sucesos prósperos te esperan,
Y te están preparados regio trono,
Y regia esposa. Seca, pues, el llanto,
Que hora derramas por tu amada Creusa.
Del mirmidón ó dólope soberbio
No veré las mansiones fastuosas,
Ni iré sujeta en baja servidumbre
Á las matronas griegas. Soy troyana,
Y soy la nuera de la diosa Venus.
Mas en estas regiones me retiene
La madre augusta de los altos dioses.
Adios: y que ames siempre á nuestro hijo.»—
Dice Creusa, y me deja abandonado,
Á mí, que ardientes lágrimas vertiendo,
Anhelaba decirle muchas cosas.
Tres veces me esforcé por abrazarla,
Tres veces se escapó su vana imagen,
Como sueño fugaz, cual aura leve.

Tal al fin espirando yá la noche,
Á los míos me vuelvo, y admirado
De compañeros multitud inmensa
Encuentro allí: matronas y varones,
Y noble juventud aparejada

Para el destierro, y desgraciada plebe.
Allí de todas partes concurrieron,
Con ánimo resuelto y con riquezas,
Para emprender el rumbo por los mares
Á cualquiera región, que yo eligiese.
—Yá del Ida en la cumbre se elevaba
La blanca Aurora conduciendo el día,
Y ocupadas las puertas por los griegos,
Esperanza ninguna de socorro
Quedaba. Cedo al fin: tomo á mi padre,
Y con él hácia el monte me dirijo,



LIBRO TERCERO



LIBRO TERCERO

MAS cuando yá, por su designio augusto,
Los númenes supremos derrocaron,
Con injusto rigor, el noble reino
De Príamo, y del Asia la grandeza,
Y por tierra cayó el soberbio alcázar,
Deshecha en humo la neptunia Troya,
De los sagrados dioses los augurios
Á buscar el destierro nos compelen
En regiones desiertas.—Cabe Antandro
Á las faldas del Ida, monte frigio,
Una flota aprestamos; no sabiendo
El rumbo que los hados señalaran,
Ni dónde el fin de la arriesgada empresa.

Congréganse los jefes presurosos:
Apenas el estío comenzaba,
Y, á merced de los hados, á los vientos
Dar las velas dispone el padre Anquises.
Dejo entonces con lágrimas acerbas
El litoral infausto de mi patria,
Sus puertos y los campos do fué Troya.
Me entrego al mar, yá triste desterrado,
Con los socios, mi hijo y los penates,
Y los dioses mayores.

No remota

La patria está de Marte, extensos campos,
Que los tracios cultivan, do reinara
En otro tiempo el guerreador Licurgo:
Asilo de Ilión cuando sus dioses
Amigos eran de los dioses nuestros,
Y propicia á nosotros la fortuna.
Allá dirijo el rumbo, y en su costa,
Sin voluntad de los adversos hados,
Las primeras murallas edifico,
Y Eno las llamo de mi propio nombre.
Ofrezco sacrificios á Dionéa,
Mi madre, y á los númenes excelsos,

Que inspiraron las obras comenzadas;
Y al alto rey de los celestes dioses
Un toro corpulento sacrífico.

Con espeso ramaje coronaban
De un montecillo próximo la cima
Incultas ramas de cornejo y mirto.
Acércome, y procuro de la tierra
Los verdes ramos arrancar, las aras
Adornar pretendiendo con sus hojas,
Y horrible admiro singular portento,
Al romper, arrancando las raíces,
El primer tallo, destilar le miro
Obscura sangre, que mancilla el suelo;
Horror glacial mis miembros estremece,
Y súbito pavor mi sangre hiela.
—Sigo, y al arrancar por vez segunda
Flexible rama, penetrar ansiando
La causa oculta, su corteza arroja
Nuevas gotas también de obscura sangre.
Mil ideas revuelvo allá en mi mente,
Y á las ninfas del bosque suplicaba,
Y al padre Marte, que preside y reina
En los géticos campos, que alejasen

El mal augurio, y en feliz auspicio
La visión convirtiesen.—Mas queriendo
Con esfuerzo arrancar la tercer rama,
Apoyando en la arena las rodillas...
¿Osaré relatarlo? cruel lamento
De las entrañas de la tierra sale,
Y resuena esta voz en mis oídos.
—«¿Cómo, Eneas, á un mísero destrozas?
Deja á quien yá descansa en el sepulcro,
Y no profanes tus piadosas manos.
No extraño á tí me produjera Troya,
Ni la sangre que ves brota de un leño.
De estas avaras costas huye: huye
De esta región infiel. Soy Polidoro.
Aquí me sepultaron bajo flechas
Hora en agudas ramas convertidas.»—
Presa de duda y de temor mi mente,
Quedo absorto: se erizan mis cabellos,
Y se anuda la voz en mi garganta.

Tiempos atrás al joven Polidoro
Mandó en secreto, con riqueza suma,
Al rey de Tracia el infelice Príamo,
Para salvarle del común estrago,

Cuando deja

Mis miembros el pavor, narro á mi padre
Y á los preclaros próceres del pueblo
Esta visión, prodigio de los dioses;
Y en un solo sentir acordes todos
Salir deciden de la tierra impía,
Y abandonando el profanado asilo
Dar las velas al viento. Á Polidoro
Las funerales pompas consagramos;
Y cubriendo con tierra su sepulcro,
Altares á sus manes erigimos,
De negras cintas y ciprés ornados,
Y los ciñen en torno las troyanas,

Sueltos, según costumbre, los cabellos.
Tibia leche de vasos espumantes
Derramamos, y sangre de las víctimas
De las sagradas copas; y el postrero
«Adios» en grandes voces repetimos,
Y encerramos su alma en el sepulcro.

Y cuando yá, tranquilos mar y viento,
El piélago inspirónos confianza,
Y el austro leve en susurrante soplo
Nos invita á partir, los compañeros
Las naves sacan, la ribera cubren,
Y zarpamos del puerto; y las ciudades
Aléjanse y las costas de nosotros.
—Hay en medio del mar llamado Egéo
Una isla agradable: pingüe tierra
Á Doris y á Neptuno consagrada,
Que errante por las playas y las costas,
Al cabo la enclavó el piadoso Febo
Entre la alta Micone y la Giaréa,
Para que inmóvil respetada fuese,
Y á los furiosos vientos despreciara.
Hacia allá me dirijo, y yá cansados,
Ella apacible en su seguro puerto

Nos acoje: salimos de las naves,
Y la ciudad de Apolo veneramos.

Anio, rey de los hombres, y de Febo
Sacerdote á la vez, ciñendo juntos
El laurel y las ínfulas sagradas,
Sale á encontrarnos; y en el padre Anquises
Antiguo compañero reconoce:
Y estrechando las manos como prenda
De hospicio fiel, partimos á su alcázar.
Y venerando yo del dios el templo
Sobre vetustas rocas erigido...
—«¡Oh Tímbreo Apolo! suplicaba: danos
Moradas propias, y linaje y muros,
Y ciudad permanente á los errantes
Generoso concede. Salva ahora
De Pérgamo y de Troya los despojos,
Estas reliquias tristes libertadas
Del odio griego y del feroz Aquiles.
¿Á quién seguir ordenas? ¿Hácia dónde
El rumbo dirigir, ó establecernos?
Otórganos, oh Padre, tus auspicios,
Y á iluminar descende nuestras almas.»—

Tal dije: y de repente todo tiembla,
Las puertas mismas y el laurel de Apolo,
Y en derredor el monte se estremece;
Ábrese el santuario, y en su centro
Sonar se siente el trípode sagrado.
Prosternados humildes en la tierra
Oímos esta voz:—«Fuentes varones,
Aquella región misma de do arranca
De vuestros padres la primera estirpe,
Al regresar vosotros á sus costas,
Propicia os abrirá su fértil seno.
Buscad ahora vuestra madre antigua;
Allí dominará por todo el orbe
De Eneas el linaje poderoso,
Sus nietos y los hijos de sus nietos.»—
Así habló Apolo: inmenso vocerío
Álzase con tumulto de alegría;
—¿Cuál será la ciudad... preguntan todos,
Donde convoca Febo á los errantes,
Y nos manda volver?—Mi padre entonces
Revolviendo en su mente las historias
De vorones antiguos...—«Oid, nos dice:
Oh próceres: sabed vuestra esperanza.
Yace en medio del ponto hermosa isla,

Creta, la isla del augusto Jove,
Do gigantesco el Ida se levanta,
Y ella es la cuna del linaje nuestro.
En cien grandes ciudades dividida
Nación rica y potente. De allí vino,
Si no recuerdo mal las tradiciones,
El padre Teucro á las retéas costas,
Y lugar eligió para su reino.
Ilión no existía, ni erigido
Hallábase de Pérgamo el alcázar,
Pues habitaban los profundos valles.
De aquí la protección de la alma diosa,
De la madre Cibeles; de aquí vino
La música del sacro Coribante,
El bosque Idéo, el misterioso arcano
En el sagrado rito, y los leones
Al carro uncidos de la gran Señora.
—Sigamos, pues, sin vacilar la ruta
Por los supremos dioses designada;
Y aplacando á los vientos, demos rumbo
Á los reinos de Creta, no distantes
Largo espacio de aquí: si el alto Jove
Viene á ayudarnos, al tercero día
Á la cretense playa arribaremos.»—

Dijo: y honores rinde á las deidades,
Sobre el ara ofreciendo sacrificios:
Un toro corpulento al dios Neptuno,
Y otro á tí, bello Apolo; y una oveja
Negra á las procelosas tempestades,
Y otra blanca á los céfiros propicios.

Vuela en esto la fama pregonando
Que expulsado del reino de su padre,
Partiera al fin el jefe Idomenéo;
Que estan desiertas las cretenses costas,
Libres yá sus moradas de enemigos,
Y abandonada la región entera.
Partimos, pues, de los ortigios puertos
Volando por el piélago, y dejamos
Atrás á Naxo de preciadas vides,
Plácida isla á las bacantes grata,
Y á la verde Donisa y blanca Paros,
Y á Olíaros, postrera de las Cícladas,
Acá y allá sembradas por el ponto.
Insistente clamor se alza en las naves,
Y anímanse los teucros á porfía,
Á dirigir el rumbo sin demora
Á Creta, á la mansión de nuestros padres.

Próspero viento favorece al nauta,
Y arribamos al fin á las antiguas
Costas cretenses: y con vivo anhelo
De la ansiada ciudad alzo los muros,
Y Pérgamo la llamo. Al pueblo exhorto,
Gozoso de tal nombre, á amar sus lares,
Y á erigir elevada fortaleza;
Y yá las naves en la seca orilla,
La ardiente juventud se consagraba
Á nuevas bodas y á los nuevos campos,
Y yo ordenaba leyes y familias.

Mas corrompido de repente el aire
Por la atmósfera extensa, peste horrible
Funesta nos invade, destruyendo
Hombres y brutos, árboles y mieses.
Año en muertes crüel: yá desgraciados
Pierden la vida, ó lánguida existencia
Miserables arrastran. Sirio ardiente
Agostaba las fértiles campiñas;
Secábase la hierba, y los sembrados
Enfermos nos negaban el sustento.
Mi padre entonces á surcar me exhorta
El vasto ponto, regresando á Ortigia,

Á consultar á Apolo y al oráculo,
Su protección pedir y su consejo;
Qué fin espere á desventuras tantas,
Dónde buscar auxilio nos convenga,
Ó á dónde el curso dirigir debamos.

Era la noche, y por el ancho mundo
Aprisionaba el sueño á los mortales:
Y las sacras efigies de los dioses,
Y los penates teucros, que yo mismo
Del furor de las llamas libertara,
Y trajera de Troya, ante mis ojos
Entre sueños visibles se presentan,
Á los brillantes rayos de la luna,
Que al través de las puertas penetraban;
Y así me dicen aliviar queriendo
Con sus palabras mi mortal cuidado.
—«Lo que el divino Febo revelara
Si volvieses á Ortigia, aquí te anuncia,
Y en su nombre nos manda á tus hogares.
Tras el incendio y destrucción de Troya
Tu fortuna seguimos y tus armas,
Y el proceloso piélago en tus naves
Hemos bajo tus órdenes surcado,

Nosotros mismos hasta el alto cielo
Encumbraremos tu feliz pro genie,
Y la nación tendrá, por tí fundada,
El imperio del orbe. Tú edifica
Excelsos muros á los altos dioses;
No te arredren los ásperos trabajos
De marcha dilatada; de estas costas
Es forzoso partir. El delio Apolo
No te ordenó arribar á estas regiones,
Ni residir en Creta.—

»Una comarca

Existe, que los griegos apellidan
Hesperia: tierra antigua, y poderosa
En las armas, y fértil por su suelo.
Los varones Enotrios la ocuparon,
Y es fama que del nombre de su jefe
Italia la llamó su descendencia;
Tal es nuestra morada. De aquí Jasio,
De aquí el ilustre Dárdano procede,
Egregio tronco de la raza nuestra.
Álzate, pues, gozoso, y á tu padre
Esta verdad indubitable narra.
Parte á Corito y las ausonias tierras;

Te niega Jove los cretenses campos.»—

Atónito al mandato de los dioses,
Y á su vista real,—que no era un sueño,
Pues que mirando en mi presencia estaba
Sus rostros, sus ceñidas cabelleras,
Y su mismo semblante allí presente,—
Sudor helado por mis miembros corre:
Salto del lecho, y á los cielos alzo
Mis manos con mis voces suplicantes,
Y sacrificio inmaculado ofrezco
En nuestro hogar; y tras el sacro rito
Gozoso á Anquises el prodigio narro:
De su raza conoce el doble origen,
Los dos progenitores, y confiesa
Su extraño error en los antiguos pueblos;
Y recordando al fin,—«Oh hijo, exclama,
Á quien los hados de Ilión persiguen:
Sólo á Casandra de la historia nuestra
Oí vaticinar. Tales destinos
Á nuestra noble estirpe concedía
Del Itálico reino: y muchas veces
«Hesperia, Italia» resonó en sus labios.
Mas ¿quién pensó que á la remota Hesperia

Arribaran los teucros? ¿Quién entonces
Creyó en los vaticinios de Casandra?
Cumplamos pues, las órdenes de Apolo,
Hora instruídos con mejor consejo.»—
Tal dice: y con aplauso sus palabras
Siguiendo al punto, la región dejamos,
Y en ella algunos de los tristes socios.

Damos la vela al viento, y nuestras quillas
Surcan el vasto ponto; y navegando
En alta mar, sin divisar ya tierra,
Mas cielo y agua por doquier tan sólo,
Se condensan oscuros nubarrones
Sobre mi frente, que consigo arrastran
La negra noche y tempestad deshecha:
Y el mar entre tinieblas se embravece,
Los vientos sin cesar vuelcan las ondas,
El piélago en montañas se levanta,
Y en su abismo dispersos nos revuelve;
Oculta el día tenebrosa bruma,
Y nos roba la noche el claro cielo;
Arden, rotas las nubes, por el éter
Relámpagos sin cuento; y arrojados
Fuera de rumbo, y en ignotos mares

Errantes navegamos. Ni distingue
El mismo Palinuro noche ó día
En el sombrío espacio, ni la ruta
Que ha de seguir por el revuelto ponto.
Sin sol tres días entre ciegas sombras
Vagamos, y tres noches sin estrellas;
Y vimos tierra al fin al cuarto día,
Y montes, que á lo lejos humeaban.
Y amainadas las velas, á los remos
Se abalanzan los nautas sin demora;
Baten briosos la sonante espuma,
Y el mar cerúleo con las quillas hienden.

Recíbenme, yá libre de los mares,
En sus riberas las pequeñas islas
De griego nombre Estrófades llamadas,
Que abraza el Jonio mar entre sus ondas:
Allí Celeno habita, y las crüeles
Harpías ahuyentadas del palacio
Y mesa de Finéo. Ni hubo monstruo
Con ellas comparado más terrible,
Ni peste más fatal surgió en la tierra
Al poder de los dioses, abortada
De las funestas ondas de la Estigia.

Alados cuerpos con virgíneos rostros,
De inmundos vientres y de corvas garras,
Y siempre macilentas por el hambre.

Apenas penetramos en el puerto,
Paciendo vimos en alegres campos
Grandes manadas de vacunas reses,
Y cabras por doquiera sin custodio.
Con las armas al punto acometemos,
Y del rico botín la mejor parte
Á Jove y á los dioses consagramos;
Las mesas disponemos en la playa,
Y festín celebramos succulento.
De repente se lanzan de los montes
Con estrépito horrible las harpías,
Las negras alas con furor batiendo,
Y roban los manjares, é inficiona
El aire y tierra su contacto inmundo,
Torpes graznidos al feter mezclando. 22-X-63
—De nuevo entonces en lugar remoto,
Bajo cóncava roca, en circuito
De gigantescos árboles cerrado,
Y cubierto de sombras imponentes,
Ordenamos las mesas, y en las aras

El venerando fuego reponemos.
Y arrójase otra vez la turba impía
De entre las sombras por la parte opuesta,
Y revuela en redor de las viandas
Con las garras horribles; y su aliento
De nuevo los manjares emponzoña.

Llamo entonces á las armas, y dispongo
Con la raza crüel entrar en guerra.
Diligentes apréstanse al mandato,
Y entre la hierba ocultan las espadas
Y los fuertes escudos: y al ruído
Que al lanzarse difunden las harpías
Por la corva ribera, dá Miseno,
En elevada cumbre de atalaya,
De guerra la señal con la bocina.
—Con insólito esfuerzo acometiendo
En combate inaudito, herir procuran
Á las marinas nauseabundas aves;
Mas ni en las leves plumas las espadas,
Ni en la huída las flechas las hirieron;
Y con rápida fuga á las estrellas
Se remontan, y dejan destrozados
Los manjares, y torpes inmundicias.

En eminente cima levantada
Cual profetisa la fatal Celeno,
En triste vaticinio así prorrumpe.
—«¿Conque después de la matanza horrible
De bueyes y becerros, oh troyanos,
Nos declararéis la guerra, pretendiendo
Arrojar las harpías inocentes
Del reino de sus padres? Este augurio
Escuchad, y grabadlo en vuestras almas.
Lo que el augusto Padre Omnipotente
Predijo á Febo, el mismo Febo Apolo
Anuncióme también, y yo, troyanos,
La mayor de las furias, os revelo.
Á Italia os dirigís en vuestro rumbo,
Y á favor de los céfiros propicios
Arribaréis á Italia y á sus puertos;
Pero no ceñiréis con fuertes muros
La ciudad concedida, sin que el hambre,
Para expiación de la sangrienta injuria,
Á devorar las mesas os obligue.»—

Dijo, y volando se perdió en la selva;
Y heló el temor de súbito la sangre
De los socios; y el ánimo abatido,

No por la guerra yá la paz pretenden,
Mas pedirla con preces y con votos,
Ora fuesen deidades verdaderas,
Ora crüeles y asquerosas aves.

Desde la playa eleva el padre Anquises
Las extendidas manos á los cielos,
Y á los dioses mayores invocando,
Solemne sacrificio les ofrece.

—«Libertadnos, oh dioses, de este augurio;
Alejad de nosotros tal desgracia,
Y clementes salvad á los piadosos.»—

Las jarcias aflojar ordena entonces,
Y desatar los cables de la playa;
Hinche el noto las velas, y partimos,
Á través de las ondas espumosas,
Á do el viento y piloto nos conducen.
Y en medio de los mares aparecen
La selvosa Zacinto y Duliquío,
Y Samos, y Nerito celebrada
Por su gigante y árduo promontorio;
Los escollos de Ítaca salvamos,
El reino de Laerte, y maldecimos
La tierra madre del crüel Ulises.

Álzase luego la nublosa cumbre
Del formidable Léucade, do Apolo
Osténtase terrible al navegante;
Allá nos dirigimos fatigados,
Y á la humilde ciudad nos acogemos;
Arrojamos las anclas, y las popas
En la abrigada playa se guarecen;
Y gozando de tierra inesperada,
Á Jove sacrificios ofrecemos,
Cumpliendo en los altares nuestros votos.
—Y con los patrios juegos honorando
Nuestros socios del Accio las riberas,
En óleo ungidos los desnudos cuerpos,
En las troyanas luchas se ejercitan.
Que place verse libres de enemigos,
Después de atravesar con nuestras naves
Tantas ciudades griegas en la fuga.

El sol en tanto su completo curso
Por el cielo recorre un año entero,
Y el invierno glacial furioso agita
Las olas con los fuertes aquilones.
Tomo de bronce cóncavo el escudo,
Arma preciada del ilustre Abante,

Y lo fijo en las puertas, y este verso
Los hechos explicando:—«Aquestas armas,
Despojo de los griegos vencedores,
Aquí las clava Eneas.»—Mando al punto
Zarpar del puerto, y ocupar los bancos:
Hieren el mar los nautas á porfía,
Revolviendo las ondas con los remos.
De Feácia las altas fortalezas
Apenas divisadas desaparecen;
Y del Epiro hacia las nobles playas
Dirigiendo la ruta, de Caonia
Arribamos al puerto, y ascendimos
Á la ciudad excelsa de Butroto.

Noticias estupendas é increíbles
Por doquiera la fama difundía;
Que Heleno, hijo de Príamo, imperaba,
Cual rey supremo, en las ciudades griegas,
Y de Pirro heredara los dominios,
Unido con la viuda en matrimonio;
Que Andrómaca de nuevo sometida
Al yugo estaba de varón troyano.
Absorto quedo, y con anhelo ardiente
De hablar con él, y de sus labios mismos

Tales nuevas oir. Parto del puerto,
Y naves y riberas abandono.
—Y en un sagrado bosque junto á un río,
Que por recuerdo Símois nominaron,
Y á la faz y no lejos de Butroto,
Solemnes libaciones ofrecía
Andrómaca, y los dones funerales
Á las cenizas del divino Héctor;
Y sus manes sagrados invocaba
Cabe un sepulcro de frondoso cesped,
Y doble altar á su memoria alzado.

Cuando me ve de las troyanas armas
Cubierto, cual prodigio misterioso,
Pierde el sentido, hiélanse sus huesos,
Y aterrada cayó por largo espacio;
Hasta que exclama al fin.—«¿Y eres tú mismo?
¿Vienes á mí cual nuncio verdadero?
¿Vives aún, oh hijo de la diosa?
¿Ó, si perdiste la preciosa vida,
Dónde mi Héctor está?»—Dijo y el llanto
Inundó sus mejillas, y los aires
Llenó con sus tristísimos lamentos.
Pocas palabras pronuncié confuso,

Y así respondo entre cortadas voces:
—«Vivo en verdad; pero mi vida arrastro
En medio de peligros y desgracias:
No dudes, la verdad está presente.
¿Y, perdido ¡ay de mí! tu ilustre esposo,
Víctima fuíste de fatales hados,
Ó te halagó de nuevo la fortuna
Digna de tí? ¿Y á la memoria excelsa
Fiel permaneces del divino Héctor,
Ó esposa eres de Pirro?»—

El rostro inclina,
Y con turbado acento así responde:
—«¡Oh feliz entre todas Polixena,
Hija de Príamo, inocente virgen,
Á quien cupo morir cabe el sepulcro
Del pérfido enemigo, asesinada
Bajo los muros de Ilión augusta!
Que no fué sorteada entre adversarios,
Ni cual cautiva destinada al lecho
De infame vencedor.—Yo infortunada,
Tras el incendio de la infausta Troya,
Llevada fuí por los diversos mares,
Sujeta como esclava á servidumbre,

Y víctima del fausto y la soberbia
Del hijo fiero del crüel Aquiles,
Que infiel prendado de la bella Hermione,
Con la griega celebra su himeneo,
Y á Heleno esclavo le cedió la esclava.
—Mas en amor Orestes encendido
Por su esposa robada, y arrastrado
Por las insanas furias, le sorprende,
Y ante el altar de Apolo le asesina:
Y, muerto yá, de sus dominios parte
Da á Heleno, que en memoria de su hermano
El troyano Caón, le dió por nombre
«Campos caonios, y región caonia:»
Y de ese monte en la empinada cumbre
Alzó, cual ves, de Pérgamo el alcázar.

»¿Y á tí qué vientos ó hados te rigieron?
¿Ó qué dios por ventura te condujo
Á estas playas de tí desconocidas?
¿Goza el aura vital tu hijo Ascanio,
Que en el sitio de Troya te naciera?
¿Recuerda y siente á su perdida madre?
¿Arde en sus venas el valor antiguo,
Y de su padre Eneas y mi Héctor

Los robustos alientos varoniles?» —

Así dijo llorando, y exhalaba

Inútiles suspiros de su pecho.

En esto del alcázar descendía,
De muchedumbre inmensa acompañado,
De Príamo infeliz el hijo Heleno;
Reconoce á los suyos, y gozoso,
Mezclando sus palabras con el llanto,
Fiel nos conduce á su mansión excelsa.
Marcho, y admiro la pequeña Troya,
Y Pérgamo en cien cosas imitada,
Y un riachuelo, que Janto denominan,
Y abrazo, en mi ilusión, la puerta Escéa;
Y conmigo los teucros se complacen
En aquella ciudad, de Troya hermana.
Recíbelos el rey en anchos atrios,
Y en medio del alcázar aderezan
Ricos manjares en bajillas de oro,
Libando alegres las preciadas copas.

Así pasaban rápidos los días,
Y las auras la lona acariciaban,
Y el austro henchía las tendidas velas:

Entonce al vate Heleno me dirijo,
Y así le ruego.—«Tú, troyano ilustre,
De los dioses intérprete sagrado:
Tú, que de Febo inspiración recibes,
Que el trípode, el laurel y las estrellas,
Y el canto de las aves y su vuelo,
Sabio penetras por bondad divina,
Mis cuitas calma.—Mis caminos todos
Los vaticinios prósperos trazaron;
Buscar á Italia y las ansiadas tierras
Me aconsejaron prósperos los dioses:
Sola Celeno, la funesta harpía,
Un horrendo prodigio me anunciara;
Tristes venganzas, y funestas hambres:
Dí; ¿qué peligro salvaré primero,
Ó cómo venceré tales trabajos?»—

Heleno entonces con sagrado rito,
Un robusto becerro sacrifica,
Y de los dioses el favor implora;
Las ínfulas descíñe de la frente;
De la mano me lleva ante tus aras
Temblando á tu poder ¡oh sacro Apolo!
Y con divino labio así prorrumpe:

—«Sé bien, hijo de Venus, que los dioses
Tu rumbo por los mares decretaron:
Así los hados Júpiter dirige,
Y revuelve y sortea las fortunas,
Orden marcando á los sucesos todos.
Yo en breve te diré cómo los mares
Has de surcar con éxito seguro,
Y cómo al puerto arribarás de Ausonia;
Me impiden saber más las tristes Parcas,
Y me prohíbe Juno revelarlo.
—Esa Italia que tú cercana juzgas,
Y cuyos puertos ocupar ansías,
Lejos de tí se encuentra, separada
Por largas tierras y camino incierto.
Y antes el remo doblarán las ondas
Del mar trinacrio, y la llanura inmensa
Del mar de Ausonia surcarán tus naves;
Y cruzarás los infernales lagos
Y la isla de Circe, antes que puedas
La ciudad erigir en tierra amiga.

»Señales te daré: tú cuidadoso
En el fondo del alma las conserva.
Cuando te hallares pensativo al margen

De oculto río entre copudos robles,
É ingente y blanca cerda apareciere,
Que, en el suelo tendida, con sus ubres
Á treinta hijuelos blancos amamanta,
Allí el lugar de la ciudad futura,
Allí de tus fatigas el descanso.
—Ni del hambre el augurio te horrorice,
Que á devorar las mesas te obligara;
Mostraránte los hados el camino,
Y Apolo ayudará cuando lo invoques.
Huye de esa región y de esas costas
Fronteras de la Italia, á do se extiende
De nuestro mar el férvido oleage.
Sus ciudades de pérfidos helenos
Habitadas están. Allí los Locrios
Los muros de Naricio levantaron,
Y el Lictio Idomenéo con sus huestes
Los Salentinos campos ocupara.
Allí Petilia humilde, que el caudillo
Y rey de Melibea Filoctetes
Con robustas murallas defendiera.
—Así al través de dilatados mares
Arribará tu flota, y en el puerto
Sobre las aras cumplirás tus votos,

Tu frente y cabellera en circuito
Con un velo de púrpura ceñidas,
Porque faz enemiga no perturbe
El santo sacrificio de los dioses,
Y los auspicios prósperos destruya.
Tal rito en las sagradas ceremonias
Observen los troyanos, y tú mismo,
Y piadosos consérvenlo tus nietos.

»Mas cuando yá los vientos te llevaren
De Sicilia al confin, y de Peloro
Ensancharse mirares el estrecho,
En largo derrotero tuerce el rumbo
Al mar y tierra del siniestro lado,
Y huye las ondas y la diestra orilla.
Es fama que por grandes convulsiones,
Fué esta región inmensa destrozada:
¡Tal poder destructor tienen los siglos!
—En otro tiempo un solo continente
Eran las dos; mas el violento ponto
En medio penetró con fieras ondas,
De la Hesperia arrancando la Sicilia;
Y dividiendo campos y ciudades,
Nuevos límites dióles y riberas,

Corriendo hirviente por estrecho paso.
—Escila ocupa la derecha costa,
Y la siniestra la feroz Caribdis,
Que absorbe en remolino por tres veces
Del vasto mar las ondas turbulentas,
Lanzándolas al báratro profundo,
Y de nuevo á los aires las devuelve,
Azotando los astros con la espuma.
En tanto Escila en su hórrida caverna,
Entre ciegas tinieblas encerrada,
Abre sus fauces, y las naves sorbe,
Y en los duros peñascos las estrella.
Su rostro humano y de doncella el seno,
Cuerpo inmenso de pez, vientre de lobos,
Y de horrendo delfin la enorme cola.
Doblar más vale de Paquino el cabo,
Torciendo el rumbo en dilatada vuelta,
Que una vez sola contemplar á Escila
En su antro informe, y el estruendo horrible
Escuchar de sus canes y sus rocas.

»Si hay ciencia alguna en mí; si al adivino
Ha de prestarse fé; si el dios Apolo
Inspira la verdad en nuestras almas,

Una sola enseñanza sobre todas,
Que una y mil veces en tu mente inculco,
De mis labios escucha, hijo de Venus.
Rinde culto con preces y con votos
Al sacro numen de la excelsa Juno;
Y con ofrendas, súplicas y dones
Vence el rencor de la potente diosa:
Y así dejando la trinacria orilla,
Á Italia al fin arribarás triunfante.

»Al acercarte á la ciudad de Cumas,
Y á los lagos divinos, y al Averno
Cercado en torno de sonantes selvas,
Allí verás bajo profunda roca,
Abriendo y revelando lo futuro,
Á la Sibila, que los nombres graba
Y sabias predicciones en las hojas;
Y aquellos vaticinios por la virgen
En las hojas impresos, ella misma
Por orden los coloca, y á su antro
De nuevo retirada, allí los deja:
Ellos en sus lugares inmutables
Sin variación alguna permanecen;
Mas si al girar las puertas en sus gonces

Penetra el viento, y con su leve soplo
Altera el orden de las tiernas hojas,
Jamás de recoger ella se cuida
Las que volaron por la extensa gruta,
Ni á su lugar las vuelve, ni dispone
De nuevo los pasados vaticinios;
Y el que de allí se ausenta sin consejo,
De la diosa aborrece la morada.

»Mas tú detente, sin temor de daño,
Y aunque te increpen los troyanos mismos,
Y el mar exija navegar al punto,
Y puedas alcanzar prósperos vientos,
No omitas visitar á la Sibila,
Y pedir sus oráculos con preces,
Y que sus labios abra, y vaticine.
Ella de Italia te expondrá los pueblos,
Y las guerras futuras, y los modos
De evitar ó vencer los infortunios,
Y á tus ruegos dará rumbo felice.
Ésto mis labios revelarte deben;
Marcha, pues, y con hechos inmortales
Encumbra á Troya á los excelsos astros.»—

Tal con amigra frase el adivino
Dice, y manda llevar preciados dones
De oro luciente y de marfil labrado
Á los bajeles, y copiosa plata,
Y palanganas ricas de Dodona,
Y las armas de Pirro; su loriga
De malla densa con anillos de oro,
Y de triple tejido reforzada,
Su yelmo y su cimera penachuda;
Y dones especiales á mi padre,
Y caballos, y guías y remeros,
Y de armas pertrecha á mis troyanos.
—Mi padre Anquises entre tanto ordena
Las velas preparar, y sin demora
Aprovechar los vientos favorables:
Y con grandes honores la palabra
De Febo, el sacerdote le dirige.
—«¡Oh Anquises, á quien Venus halló digno
De su tálamo augustol ¡Oh de los dioses
Varón querido, y de la gran ruina
De Pérgamo dos veces libertado!
Allí la Italia para tí se eleva;
Dirige el rumbo á sus ansiadas costas;
Mas vagarás primero por el ponto;

Que la ausonia región que Apolo anuncia
Lejos se halla de aquí. Parte, le dice,
Padre feliz, por la piedad del hijo.
¿Para qué te detengo, y mis palabras
Retardan el impulso de los austros?»—

Y Andrómaca no menos generosa,
Y en la suprema despedida triste,
Preciosas vestes de colores varios
Labradas de oro, y clámide de Frigia
Regala á Ascanio con honor debido,
É innúmeros tejidos admirables,
Y así le dice:—«Acepta, caro joven,
Este dón cual recuerdo de mis manos,
Y cual testigo del amor constante
De Andrómaca de Héctor; y recibe
Los últimos presentes de los tuyos;
¡Oh tú, la imagen que me resta sola
De mi hijo Astianacta! Así su rostro,
Así sus ojos y sus manos eran,
Y hora en tu misma edad joven brillara.»—

Y yo entre acerbos lágrimas les digo.
—«Sois dichosos, gozad vuestra fortuna;

Mientras nosotros arrastrar nos vemos
De peligro en peligro por los hados;
En dulce paz vivís; que ni los mares
Tenéis que atravesar, ni las regiones
Buscar de Ausonia, que se alejan siempre;
Del Janto veis la imagen, y de Troya
Por vuestras manos mismas fabricada,
Con mejores auspicios, y á los griegos
Menos expuesta. Si por suerte un día
Llego á ocupar el Tíber y sus campos,
Y á ver alzados los excelsos muros
Á mi claro linaje concedidos,
Y de mi estirpe los antiguos pueblos;
Del Epiro y la Hesperia, como hermanas,
Que el mismo fundador Dárdano tienen,
Y la misma fortuna, al fin haremos,
Por voluntad y amor, sólo una Troya.
¡Que á nuestros nietos nuestro amor se extienda!»

Partimos luego por el mar undoso,
Á las vecinas costas de Ceráunia,
De donde arranca en dirección á Hesperia
Por las ondas brevísimo camino.
Se oculta el sol en tanto; densas sombras

Las montañas envuelven; y á la orilla
Del mar, en la ribera deseada,
Sorteados los remeros, descansamos;
Y por la seca arena desparcidos
Los cuerpos fatigados, dulce sueño
De los rendidos miembros se apodera.

Aun no la noche recorrido había
La mitad de su curso, y diligente
Álzase Palinuro de su lecho,
Y los vientos escucha y examina;
Las estrellas estudia deslizadas
Por el callado cielo; observa á Arcturo,
Las pluviosas Hyádas, las dos Osas,
Y de oro armado el Orión brillante.
Y al ver que todo en el tranquilo cielo
Próspera calma augura, de la popa
Da la señal, las tiendas se levantan,
El camino emprendemos, y las velas
Á los plácidos vientos desplegamus.
Yá fulguraba la dorada Aurora,
Ocultas las estrellas, y á lo lejos
Nebulosos collados se divisan,
Y sobre el mar á la tendida Italia:

—«Italia»—exclama Acates el primero;
Y con gozo y clamores de alegría
Saludan á la Italia los troyanos.
Mi padre entonces de guirnalda ciñe
La copa llena de sagrado vino,
Invocando á los dioses, levantado
En la alta popa.—«Oh dioses poderosos,
De los mares y tierras y borráscas;
Dadnos próspero viento en nuestra ruta,
Y ayudadnos propicios.»—Con frecuencia
Las auras deseadas se repiten,
Y más cercano el puerto se divisa,
Y aparece en el alto promontorio
El templo de Minerva: los troyanos
Amainan el velamen, y á la playa
Tuercen las proras.

En el mar de Oriente
Oculto en honda curva yace el puerto,
Y espumas lanzan las opuestas rocas
Por las hirvientes olas azotadas;
Y á manera de torres dos escollos
Tienden sus brazos cual muralla doble,
Y lejos de la orilla se alza el templo.

Observo allí como primer augurio
Cuatro caballos blancos cual la nieve,
Despuntando la hierba por el campo.
—«Oh tierra amiga, exclama el padre Anquises,
La guerra llevas en tu fértil seno:
Ármanse por la guerra los caballos,
Y siempre ese animal la guerra anuncia;
Mas uncidos también al carro fueron,
Y el freno soportaron bajo el yugo,
Y signo son de paz y de esperanza.»—

Los númenes supremos imploramos
De Palas, la de armas resonantes,
Que recibió primero á los dichosos;
Y ante el altar, cubierta la cabeza
Con velo frigio, y observando fieles
El precepto mayor que diera Heleno,
Á Juno Argiva con sagrado rito,
Rendimos los honores ordenados;
Y una vez terminado sin demora,
Ni interrupción alguna el sacrificio,
Volvemos las velíferas antenas,
Y la región y campos sospechosos
De los griegos salvamos.—La ancha boca

Preséntase del golfo de Tarento,
Ciudad hercúlea, si la fama es cierta;
Álzase enfrente el templo de Lacinia,
La ciudad de Caulonia y Scilacéo,
Do naufragan las naves. Y en Trinacria
Lejos del mar el Etna se divisa;
Y el rugido del piélago espantoso
Rompiéndose en las peñas escuchamos,
Y su ronco fragor llena la playa;
Y álzanse en remolinos las espumas,
Y removidas hierven las arenas.

—«Esta es Caribdis, en verdad, exclama
El padre Anquises, estos los escollos
Y horrendas rocas, que anunciaba Heleno;
Libertaos, oh troyanos, del peligro,
Y remad vigorosos.»—Habló apenas,
Y obedecidos fueron sus mandatos:
Tuerce el primero la crujiente prora
Hacia el mar de la izquierda Palinuro,
Y á poder de los remos y los vientos
La escuadra toda hacia la izquierda avanza.
—Al cielo en ondulante torbellino
Nos alza el mar, y roto el oleage,

En el profundo abismo nos sumerge;
Tres veces los escollos repitieron
Rudo clamor entre las huecas rocas,
Tres veces vimos la revuelta espuma
Subir al cielo, y descender deshecha.
Luego el viento y el sol nos abandonan,
Faltos de fuerzas, é ignorando el rumbo
Las costas de los cíclopes tocamos.

Ancho puerto del Noto defendido;
Mas cerca ruge con estrago horrible
El Etna atronador, que á veces lanza
Torbellinos de pez y lava ardiente
Por los aires en negros nubarrones,
Y globos encendidos flameantes
Que tocan las estrellas; y otras veces
Piedras arroja, y las entrañas mismas
Arrancadas del monte, y con estruendo
Innúmeros peñascos derretidos,
Hirviendo sin cesar la sima horrenda.

Es fama que debajo de esa mole
Yace el cuerpo de Encélado abrasado
Por el rayo de Júpiter, y encima

Asentado se encuentra el Etna inmenso,
Llamas lanzando de la hoguera rota;
Y cuando mueve el cuerpo fatigado,
Trinacria toda con fragor retiembla,
Y con humo los cielos obscurece.
La noche entera tan terribles monstruos
Ocultos en la selva soportamos,
Del estrépito aquel sin ver la causa:
Ni los astros su lumbré difundían,
Ni el éter el fulgor de las estrellas;
Mas densa bruma encapotaba el cielo,
Y la avanzada noche tenebrosa
La luna entre las nubes ocultaba.

Álzase á poco precursor del día
El astro matinal, y yá la Aurora
Ahuyentaba las húmedas tinieblas,
Cuando de pronto de la selva sale
Figura extraña de varón ignoto,
En suma languidez extenuado,
Y miserable aspecto, y á la orilla
Extendiendo las manos suplicante.
Fijo la vista: suciedad horrible,
Desgreñada la barba, y los vestidos

En girones sujetos con espinas,
Y en todo lo demás soldado griego
Del ejército armado contra Troya.

Él cuando vió las iliacas vestes,
Y las troyanas armas desde lejos,
Párase á nuestra vista sorprendido,
Y la marcha detiene; mas á poco
Rápido hacia la orilla se adelanta,
Y con llantos y ruegos:—«Oh troyanos,
Yo os pido por los astros y los dioses,
Por esta luz del cielo que me alienta,
Que de aquí me saquéis; esto me basta;
Y á cualesquiera tierras conducidme.
Yo de la armada aquíva fuí soldado,
Lo sé y confieso, y que invadí en la guerra
Los lares de Ilión: y si tan grande
Juzgaiz la injuria de tan alto crimen,
Arrojadme á las olas, exclamaba,
Y sumergidme en el inmenso ponto.
Si á manos de los hombres pereciere,
Grato será morir.»—Dijo, y en tierra
Cayó de hinojos, y quedó clavado,
Abrazando á la par nuestras rodillas.

Á declarar su nombre y su linaje,
Y á confesar la historia le exhortamos
De su aciaga fortuna. Al punto Anquises
Al joven tiende cariñosa diestra;
Tal prenda de amistad valor le infunde,
Y depuesto el temor, así nos habla.

—«Es Ítaca mi patria; soy de Ulises,
Del infeliz Ulises compañero;
Mi nombre es Aqueménides, mi padre
Era Adamasto, que en fortuna pobre
Á Troya me envió. ¡Quisiera el cielo
Que aquella suerte mísera durara!
Aquí mis compañeros, por olvido,
Me abandonaron, al partir huyendo
De estas playas crüeles, en la vasta
Caverna del ciclope. Tenebrosa
É ingente es su morada, y de manjares
Ensangrentados é inmundicias llena,
Y él por su altura las estrellas toca.
¡Librad la tierra, oh dioses, de tal plagal
Ni trato fácil, ni agradable aspecto;
De entrañas de infelices se alimenta
Y sangre corrompida. Ví yo mismo

Su inmensa mano atazar dos cuerpos
De mis socios, tendido en su caverna,
Y allí junto al peñón despedazarlos,
Anegando el umbral la sangre impura:
Yo le ví devorar trozos de carne,
Que repugnante corrupción manaban,
Y miembros ví, calientes todavía,
En sus dientes temblar. Pero no impune:
Que Ulises no sufrió tales crueldades,
Ni descuidó su vida en tal peligro.

»Luego que el monstruo de manjares harto,
Y sepultado en vino dobló el cuello,
Y cubrió con su cuerpo la caverna,
Arrojando dormido por la boca
Pútrida carne con sangriento vino,
Nosotros, las deidades invocadas,
Y á cada cual su oficio designado,
En redor le cercamos cautelosos;
Y el ojo enorme y solo que ocultaba
Bajo su torva frente, y parecía
Escudo argolio ó luminar febéo,
Con un agudo dardo traspasamos,
Vengando así los manes de los socios.

»Huid, infortunados, de estas tierras,
Arrancad de este puerto las amarras:
Tan enormes como este Polifemo,
Que hora ordeña en el antro sus ovejas,
Habitan á lo largo de estas costas
Cien horrendos ciclopes, que vagando
Andan errantes por las altas cumbres.
Llenar tres veces á la luna he visto,
Desde que arrastro miserable vida
En las cavernas, y desiertos bosques,
Y en la morada inculta de las fieras;
Observo á los gigantes monstruosos
Desde lejana roca, y me extremece
El escuchar sus voces y sus pasos.
—Aquí me brindan mísero alimento
Los árboles con bayas, con su fruto
El cornejo durísimo, y las hierbas
Con sus toscas raíces arrancadas.
Y de continuo en derredor mirando,
He visto lo primero vuestra flota
Venir hacia esta playa, y decidíme,
Cualquier que fuese, á someterme á ella.
Me basta huir de la región nefanda;
Mejor vosotros con cualquiera muerte

Esta vida extinguid.»—Apenas dijo,
Y en la cumbre del monte divisamos
Con su ganado al mismo Polifemo,
Que mole inmensa con su paso mueve,
Marchando hacia la costa conocida.

Monstruo feroz, descomunal, informe,
Que falto de la vista, en tosco pino
La mano apoya y la pisada afirma;
Sus lanudas ovejas le acompañan,
Su placer, y consuelo de sus males;
Rústica flauta de su cuello pende.
Luego que siente las primeras olas,
Entra en el mar, y la fuente sangre
Del ojo herido con las ondas lava,
Por el dolor los dientes rechinando;
Y al interior del mar camina luego,
Que sus altos costados baña apenas.

Lejos de allí nosotros temerosos
La fuga apresuramos; recibimos
Cual era justo al triste suplicante,
Y en silencio cortamos las maromas;
Y las aguas surcamos vigorosos,

Batiendo el mar los remos á porfía.
Nos oye Polifemo, y al rüido
Y murmullo de voces vuelve el paso;
Mas cuando siente que poder le falta
Para apresarnos con su enorme diestra,
Ó superar el rápido oleage
Del Jonio mar con su gigante marcha,
Lanza un grito espantoso, que estremece
El vasto ponto y las inmensas ondas,
Y aterra en torno la región de Italia,
Y hace rugir al Etna cavernoso.
Y de las selvas y los altos montes
Se arrojan los ciclopes convocados,
Y al puerto corren, y la playa cubren.
—Allí de pié con la mirada torva,
Alzando la cabeza hasta los cielos,
Á los étneos hermanos contemplamos
En horrendo concilio. Cual levantan
Sus copas las encinas por los aires,
Ó el gigante ciprés, en la alta selva
De Jove, ó en el bosque de Diana.

El acerbo temor nos compelia
Los cables á soltar, y dar las velas

Á donde el viento próspero soplase.
Mas prohíbe de Heleno el vaticinio
Entre Escila y Caribdis dar el rumbo
Con peligro de muerte tan cercano,
Y así volver las velas decidimos.
—Álzase en esto el Bóreas favorable
Partiendo del estrecho de Peloro,
Y las fauces vencemos del Pantago,
Que allí entre piedra viva desemboca,
Y salvamos el golfo de Megara,
Y la humilde península de Tapso,
Señalando Aqueménides las costas
Recorridas por él en rumbo inverso
Con el mísero Ulises.—Del undoso
Plemirio en frente elévase una isla
En las sicanias ondas enclavada,
Que Ortigia los antiguos nominaron.
Es fama que hasta aquí llegara Alféo,
De la Elídea región potente río,
Abriendo bajo el mar oculto paso;
Y hora brotando por tu misma boca,
Dulce Aretusa, á confundirse corre
Con las aguas del golfo de Sicilia.

Allí obedientes, á los altos númenes
De la isla adoramos, y partimos;
Y atrás dejando las feraces tierras
Que Heloro desbordado fertiliza,
Doblamos el gigante promontorio
Y las salientes rocas de Paquino;
Y aparece á lo lejos Camarina,
El lago que secar vedara Apolo,]
La gran ciudad de Gela y su campaña,
Llamada así del nombre de su río;
Alta después Acraga se presenta,
La de nobles corceles productora,
Sus dilatados muros ostentando;
Y á tí, Selino, con tus ricas palmas
Te dejamos también, del viento al soplo.
Corto luego las ondas Lilibéas
Por latentes escollos peligrosas,
Y de Drépano al fin al puerto arribo;
Á aquella triste y luctuosa playa.

Allí después de recorrer el ponto
Por tan fieras borrascas perseguido,
¡Desgraciado de mí! perdí á mi padre;
Al padre Anquises, mi consuelo solo.

En mis rudos trabajos é infortunios.
—¡Que á mí de tantos males yá rendido,
Tú, el mejor de los padres, me abandonas,
En vano de mil riesgos libertado?—
Ni Heleno, que sucesos tan terribles
Vaticinó, ni la crüel Celeno,
Desventura tan grande me anunciaron.
Esta fué mi desgracia postrimera;
Este el mísero fin de mis viajes;
Y al partir de las playas sicilianas,
Un dios á vuestras costas me condujo.

Así, todos atentos, refería
El padre Eneas su funesta suerte
Por fatales decretos de los dioses,
Y por los mares sus inciertos rumbos.
Calló por fin: y término poniendo
Á su discurso, se entregó al descanso.



LIBRO CUARTO.



LIBRO CUARTO

MAS yá la Reina del mortal cuidado
Há tiempo herida, la profunda llaga
Del amor en sus venas alimenta,
Y en su secreta llama se consume.
Las virtudes revuelve en su memoria
Del insigne varón, la gloria excelsa
De su linaje; y en su pecho guarda
Grabados sus palabras y su rostro,
Y el afán intranquilo no concede
Á sus miembros el plácido descanso.

Yá la cercana aurora difundía
La luz del sol por la extendida tierra,

Las húmedas tinieblas ahuyentadas,
Cuando loca de amor busca á su amante
Hermana, y su durísimo tormento
Nárrale así:—«¡Qué insomnio tan terrible
Me agita sin cesar, hermana mía!
¡Qué extraño huésped favorece ahora
Nuestra región! ¡Qué bello su semblante!
¡Qué valor en su pecho generoso!
¡Cuán ilustre en las armas! No me engaño:
Corre sin duda por sus nobles venas
La sangre de los dioses; torpe miedo
Á los mezquinos pechos los delata.
¡Cuál fuera por los hados combatido!
¡Qué rudo batallar! Ah! si no fuese
Resolución en mí firme, inmutable
El rechazar el vínculo sagrado,
De mi primer amor víctima triste
Burlada por la muerte.... si no odiase
Con el alma la antorcha de Himeneo
Y el tálamo nupcial, quizás podría
Por solo Eneas cometer tal crimen.

»Desde la infausta muerte de mi esposo
Siquéo, profanados los Penates

Por fraticida mano... te lo juro:
Tan sólo este varón, hermana mía,
Interesar mi alma consiguiera,
Haciendo vacilar mi firme pecho.
Siento la llama del amor antiguo;
Mas ábranse primero las entrañas
Para mí de la tierra; ó poderoso
Jove me lance con su ardiente rayo
Del hondo Averno á las obscuras sombras
Y á la noche sin fin, antes que pueda
Ofenderte, oh Pudor, y tus derechos
Y leyes quebrantar. Aquel que en lazos
Se unió primero del amor conmigo
Se llevó mis amores: que él los guarde,
Y conserve consigo en el sepulcro.»—

Dice, y su seno en lágrimas inunda:
Y—«¡Oh hermana, le responde, más querida,
Para mí que la luz de la existencia!
¿Y en triste soledad ha de agostarse
Tu juventud? ¿Ni gozarás los dones
De Venus, y el placer de dulces hijos?
¿Piensas que á las cenizas y los manes
Les inquieta tu afán? Bien. Ni en la Libia,

Ni antes en Tiro domeñar tu pecho
Alcanzara jamás varón alguno:
Á Yarbas despreciaste, y los ilustres
Caudillos, que alimenta en sus regiones,
Rica en victorias la africana tierra.
¿Y con el grato amor también acaso
Osarás combatir?—¿Quizás ignoras
En cuál comarca el reino estableciste?
De un lado las getúlicas legiones,
En la guerra invencibles, nos rodean;
Los númeras allí, gente indomable,
Y la Sirte crüel. Del otro lado
La región abrasada del desierto,
Y los Bárceos furiosos. ¿Y qué guerras
No se alzarán de la ciudad de Tiro
Por la venganza del Hermano? El cielo
Con los auspicios de los altos dioses,
Y la sagrada protección de Juno,
Hizo arribar á impulso de los vientos
Las naves de Ilión á nuestras costas.

»¡Cuál verás florecer, hermana mía,
Esta ciudad, y cómo engrandecerse
Con tales bodas tu naciente reino!

¡Cuántas hazañas alzarán la gloria
De los fenicios por las armas teucras!
Pide á los dioses su favor; ofrece
Sacrificio agradable; estrecha el lazo
De amistad con el huésped, y mil causas
Inventa, que demoren su partida.
Ora la tempestad que agita el ponto;
Ya el pluvioso Orión, ó ya las naves
Maltrechas por borrascas soportadas,
Ó el enemigo cielo tormentoso.»—

Á estas palabras el amor yá ardiente
La abrasa más y más; brota en su pecho,
Antes lleno de dudas, la esperanza,
Y se extingue el pudor; y presurosas
Al templo marchan, y el favor del cielo
En las aras imploran. Sacrifican
Escogidas ovejas, según rito,
Á Ceres, que dió leyes á los campos,
Y al padre Baco y al hermoso Febo,
Y á Juno, sobre todo, protectora
Del lazo conyugal. La misma Dido
Radiante de hermosura alza en su diestra
La copa, y la derrama entre las astas

De cándida novilla; ó ya delante
De los pingües altares suntuosos,
É imágenes sagradas de los dioses
Preséntase, y renueva cada día
Sus dones, y los pechos destrozados
Observa de las víctimas, y atenta
Consulta las entrañas palpitantes.

¡Oh qué mentida del augur la ciencia!
¿Qué aprovechan los templos, qué los votos
Al alma enamorada? El dulce fuego
Las entrañas en tanto le consume,
Y abierta vive la secreta llaga
Dentro del corazón. La triste Dido
Abrazada de amor vaga furiosa
Por toda la ciudad: como la incauta
Cierva, que herida en los cretenses bosques
Por el pastor, que la veloz saeta
Le clava sin saberlo, presurosa
Salva huyendo las selvas y los montes,
Y la flecha mortal en el costado
Lleva clavada.—Acompañando á Eneas
Ora por las murallas le conduce,
Y le presenta las riquezas tirias

Y la nueva ciudad; comienza á hablarle,
Y, cortada la voz, calla de nuevo.
Ora, al morir el día, los banquetes
Repite, y otra vez en su locura
Quiere escuchar las míseras desgracias
De la triste Ilión; y de los labios
Del narrador feliz queda pendiente.
—Y luego al retirarse, cuando apaga,
Poco á poco su luz la opaca luna,
Y las estrellas pálidas muriendo
Invitan al descanso, triste y sola
En su mansión desierta se reclina
En el estrado que ocupara Eneas,
Y aun ausente de allí le vé y le escucha.
Ó bien á Ascanio, imagen de su padre,
En su regazo estrecha, por si puede
Engañar al amor.—

Mas entre tanto

Ni se elevan las torres comenzadas,
Ni en las armas se emplea y ejercita
La juventud, ni puerto y fortaleza
Á la guerra preparan, las gigantes
Obras en construcción interrumpidas,

Y los ingentes muros, y las altas
Máquinas levantadas hasta el cielo.

Cuando de Jove la querida esposa,
La augusta Juno, conoció de Dido
La funesta pasión, que ni aun la fama
Cortar podía su furor insano,
Así á Venus increpa:—«Gloria insigne
Has alcanzado con tu dulce hijo,
Y gran despojo y memorable nombre.
¡Que á una sola mujer vencer lograra
La astucia de dos dioses? Bien conozco
Que tú nuestras murallas has temido
De la excelsa Cartago recelosa.
¿Y á qué tanto rigor? ¿Á qué conduce
Tanto y tanto luchar? ¿Mejor no fuera
Establecer la paz inquebrantable
Con dulces himeneos? Cuanto ansiabas
Has logrado en verdad: consume á Dido
La llama del amor, y hasta los huesos
Penetra y la devora. Hagamos pacto,
Y á este pueblo rijamos de consuno
Con el mismo poder. Dido obedezca
Al frigio esposo, y déñse á mi dominio

Los tirios como dote.»—Entonces Venus
La intención simulada penetrando
De establecer en la africana costa
El latino poder, así responde.
—«¿Y quién tan necio rechazar podría
Tal proyecto, ó acaso prefiriera
En dura guerra pelear contigo,
Si propicia mirase la fortuna
Tu razonado intento? Mas dudoso
El hado es para mí; ni sé si Jove
Querrá para los tirios y troyanos
Una sola ciudad, ó que se unan
Y asocien ambos pueblos por las bodas.
Á tí su esposa, con tu ruego amante,
Su alto designio investigar te es dado:
Hazlo, oh diosa, y acordes marcharemos.»—
—«Tal mi empeño será, contesta Juno;
Mas oye la razón, escucha cómo
Obrar exige la ocasión presente.

»Soberbia caería proyectada
Tienen Dido y Eneas, cuando inunde
El sol mañana con su luz el mundo.
Yo, mientras ellos sus corceles bravos

Aguijan sin cesar, y en torno cercan
La selva con las redes, desde el cielo
Desataré las nubes tenebrosas
En granizos deshechas, y los aires
Con moveré con truenos. Negra noche
Envolverá la gente dispersada,
Y Dido y el caudillo de los teucros
En una gruta buscarán abrigo.

Allí estaré presente; y si me consta
Tu voluntad propicia, en firme lazo
Los uniré de matrimonio estable,
Dándole á Eneas por esposa á Dido:
Tal será su himenéo.» —

Accede al punto,
Ante el ardid de Juno sonriendo,
La hermosa Citeréa.—Y entre tanto
Del seno de los mares se levanta
La nueva aurora, y al rayar el día
La noble juventud llega brillante,
Y los lazos aprestan y las redes,
Y los recios venablos de anchos filos;
Y con jaurías de exquisito olfato,
Y galopando en rápidos corceles

Los ginetes masilios se presentan.

Aguardan en las puertas del palacio
Á la Reina los próceres fenicios,
Que goza de su lecho perezosa,
Y enjaezado de púrpura y de oro
Un soberbio bridón, el espumante
Freno tascando.—Espléndida aparece,
Circundada de innúmero cortejo,
Al fin la hermosa Dido, revestida
De clámide sidonia franjeada,
Aljaba de oro, y en dorados nudos
Prendidos los cabellos, y la veste
De refulgente púrpura ceñida
Con áureo broche.—Con el tierno Ascanio
Llegan los frigios, y entre todos luce
Por su apuesto ademán el noble Eneas,
Que une á la comitiva sus ginetes.

Tal como Febo cuando el Janto undoso
Y la Licia invernal abandonando,
Á la materna Delos se traslada,
Y los coros renueva; y los driópes,
Los de Creta y pintados agatirsos

Cantan con regocijo ante las aras,
Él de Cinto recorre los collados,
Los flotantes cabellos recogidos
En lazo de oro, y con guirnalda bella
Ceñidos á su frente, y resonando
Las saetas pendientes de los hombros;
No menos arrogante marcha Eneas:
¡Tanta hermosura en su semblante egregio!

Luego que ascienden á los altos montes
Y á las guaridas y espesuras, saltan
De las peñas trepando por las cimas
Las montaraces cabras. De otra parte
Escuadrones de ciervos se desprenden
De las árduas colinas, y atraviesan,
Entre nubes de polvo fugitivos,
Por los campos abiertos. Por el valle
Goza el joven Ascanio, galopando
En brioso alazán: y en la carrera
Ya adelanta á los unos ya á los otros,
Ansiando ver entre las mansas greyes
Algún terrible javalí espumante,
Ó algún rojo león bajar furioso.

—Empieza en tanto el cielo á conmoverse
Con grandes truenos; ruge la tormenta
Arrojando granizos; y los tirios,
Los troyanos y el nieto de la diosa,
Acá y allá dispersos por el miedo,
Buscan techo y abrigo por los campos,
Y ruedan por los montes los torrentes.

Llegan Dido y el Jefe de los teucros
Á la misma espelunca. Allí la tierra
Hace señal primero; y luego Juno
De las sagradas nupcias protectora;
Enciende sus antorchas fulgurantes
El éter sabedor del Himenéo,
Y ulularon las ninfas en las cumbres.
¡De muerte y destrucción primero día,
Causa primera de funestos males!
Ni la fealdad del crimen, ni la fama
Á Dido turban; ni el amor furtivo
Hora le inquieta yá: que con el nombre
De nupcias cubre su tremenda culpa.

Vuela al punto la Fama por las grandes
Ciudades libias: la ligera Fama,

El más rápido mal que hay bajo el cielo:
Le da vigor el movimiento mismo
Y en fuerzas crece cuanto más camina;
Tímida cuando empieza, mas á poco
Levántase soberbia por los aires;
Se arrastra humilde por la tierra, y presto
Esconde su cabeza entre las nubes.
La madre tierra la enjendró indignada
Del furor de los dioses; la postrera
Hermana fué de Encélado y de Ceo.

Monstruo descomunal, horrendo monstruo,
De pies ligeros, y veloces alas;
Bajo las plumas, que su cuerpo cubren,
Otros tantos oculta abiertos ojos,
Locuaces lenguas y parleras bocas,
Y orejas aguzadas: Con rüido
Vuela de noche por el ancho cielo,
Y la tierra sombría, y nunca cierra
El dulce sueño sus despiertos ojos.
Asiéntase de día vigilante
Sobre altos techos ó encumbradas torres,
Y las grandes ciudades amedrenta,
Nuncio igual de verdades y mentiras.

—Noticias mil divulga por los pueblos
Gozosa entonces, y los hechos falsos
De igual manera que los ciertos narra.
Que arribara á la Libia el claro Eneas,
De la troyana estirpe descendiente,
Y que la hermosa Dido se dignaba
Unirse á tal varón; y que encendidos
En torpe llama, y olvidado el reino,
Entrambos el invierno dilatado
En vergonzosos goces consumían.

Esto doquiera la maligna diosa
Difunde sin cesar de labio en labio;
Y al rey Yarbas el vuelo dirigiendo,
Con sus palabras en furor le enciende,
Y acrecienta sus iras.—Él nacido
De Júpiter Ammón y la robada
Garamántida ninfa, en sus estados
Cien magníficos templos erigiera,
Y cien altares al excelso Jove;
Y el fuego santo velador eterno
De los dioses custodio consagrara,
Regando con la sangre de las reses
El pingüe suelo, y las sagradas puertas

Con guirnaldas de flores adornando.

Diz que fuera de sí, y en rabia ardiendo
Por el duro rumor, ante las aras
Y las sacras estátuas de los dioses
Las suplicantes palmas elevando
Así rogaba:—«Oh Jove Omnipotente,
En cuyo honor la raza mauritana
Liba en festín en lechos tapizados
El néctar de Lenéo: ¿Acaso el crimen
Á tus ojos se oculta? Acaso en balde
Temblamos todos cuando el rayo vibras,
Y son vanos los truenos y centellas
Con que aterras el alma? ¡Oh padre Jove!
Esa mujer que á nuestras costas vino
Errante un día, y en comprado suelo
Su pequeña ciudad edificara,
Á quien cedimos campos y riberas
Estableciendo pactos, nuestras bodas
Ingrata rechazó; y hora en su reino
Cual esposo recibe al teucro Eneas.
Y ese Páris, de grey afeminada
Doquiera cortejado, y que orna y ciñe
Su barba y perfumada cabellera

Con mitra lidia, de su bien robado
Goza procaz. Y yó que sacrificios
En tus aras ofrezco, alcanzo sólo
El nombre vamo que la fama otorga.»—

Oye el augusto Jove las plegarias,
Que asido á los altares le dirige:
Y á las regias murallas de Cartago
La vista torna, y á los dos amantes,
Que su propio decoro despreciaban,
Y así á Mercurio sus designios dicta.
—«Llama, hijo, á los céfiros, le dice;
En sus alas desciende, y al caudillo
Dárdano increpa, que en Cartago mora,
Y olvida las ciudades que piadosos
Los hados le conceden. Lleva presto
Por las rápidas auras mis mandatos.
No tal lo prometió su hermosa madre,
Ni para esto de las armas griegas
Dos veces le salvó; mas ofrecióme
Que jefe digno de la teucra estirpe,
Á la guerrera Italia regiría,
Madre futura de potentes reinos,
Sometiendo á su ley el orbe todo:

Si ni la gloria de venturas tantas
Su pecho enciende, ni labrar procura
Él mismo su grandeza, ¿á su hijo Ascanio
Ha de privar de la ciudad de Roma?
¿Qué proyecta, insensato? ¿Qué esperanza
Entre gente enemiga le detiene?
¿La descendencia ausonia no contempla
Y los campos lavinos? Parte, y dile
Que se haga al mar: sé tú mi mensajero.» —

Dijo, y Mercurio á obedecer se apresta
Las órdenes del Padre Omnipotente:
Calza primero los talares de oro,
Que con sus alas igualando al viento
Sobre la tierra y mares le conducen.
La vara empuña con la cual del Orco
Saca las almas pálidas, ó al triste
Tártaro las arroja; dá los sueños,
Ó los quita á placer; y abre piadoso
Los yertos ojos, que cerró la muerte.
Corta en ella apoyado el raudo viento,
Y las revueltas nubes procelosas:
Y yá volando, la eminente cumbre
Divisa, y las laderas escarpadas

Del poderoso Atlante, que sostiene
Con su vértice el cielo: del Atlante;
Ceñida su pinífera cabeza
Siempre de negras brumas, y azotada
Del viento y tempestad. Su espalda cubre
Manto de nieve, y ríos caudalosos
Se precipitan de su vieja barba,
Rígida siempre por glaciales frios.

Aquí Mercurio descansó, batiendo
Las alas por igual; luego lanzóse
Desplomando su cuerpo hacia las aguas.
Cual el ave que en torno á las riberas,
Y á las rocas en peces abundantes,
Vuela rasando las marinas ondas,
Entre el cielo y la tierra así volaba,
Del abuelo materno desprendido,
El dios Cilenio, que los aires surca
Y la arenosa playa de la Libia;
Mas cuando toca con los piés alados
Las rústicas cabañas, mira á Eneas
Que alcázares levanta y reedifica
Los techos por doquier: espada ciñe
De pórfidos brillantes esmaltada

Á su costado, y de sus hombros pende
Clámide tiria de encendida púrpura;
Precioso dón, que la opulenta Dido
Labrara en tela recamada de oro.
Llega veloz al príncipe, y le dice:
—«¿Conque asientas ahora los cimientos
De Cartago, cual siervo de una esposa,
Y soberbia ciudad aquí edificas,
De tu reino y deberes olvidado?
El mismo Rey de los eternos dioses,
Que cielo y tierra en su poder dirige,
Del luminoso Olimpo á tí me envía:
Él traerte me ordena sus mandatos
Por las auras veloces. ¿Que proyectas?
¿Con qué esperanza tan precioso tiempo
Pierdes hora en la Libia? Si la gloria
De futuras grandezas no te mueven,
Si no trabajas tú por tu honra misma,
Mira á Ascanio crecer; mira el destino
De tu heredero Julo, á quien se debe
La romana región, de Italia el reino.»—

Habla Cilenio así; mientras decía,
La apariencia mortal abandonando,

Á los humanos ojos desaparece,
Desvanecido entre las ténues auras.

—Á tal visión estupefacto Eneas
Enmudece: se erizan sus cabellos,
Y se anuda la voz en su garganta;
En ansias arde de emprender la fuga,
Y abandonar tan deliciosas tierras,
Por los altos decretos aterrado.

—¿Qué hará infeliz? ¿Con qué valor ahora,
Con qué rodeos á la reina amante
Sus cuitas expondrá? ¿Con qué palabras
Dará comienzo?—Y en contrarios rumbos
Su espíritu se agita arrebatado,
Mil planes indeciso revolviendo,
Y así en sus dudas proceder resuelve.

Llama entonces al férvido Cloanto,
Á Mnesteo y Sergesto, y que la flota
En secreto aparejen les ordena;
En la playa reunir los compañeros,
Las armas preparar, y sigilosos
De aquella novedad callar la causa.

—Él á su vez cuando la noble Dido,
Ignorándolo todo, ni aun recela
El fin de tanto amor, con hábil modo

Para esta empresa buscará los medios,
Y para hablarle la ocasión propicia.
Y obedecen alegres el mandato,
Y sus órdenes cumplen diligentes.

Mas presente la reina los ardides:
¿Y quién puede engañar á un pecho amante?
Conoce la primera las futuras
Desgracias, y las teme como ciertas:
La misma Fama le refiere impía,
Su delirio aumentando, que las naves
Armando están, y que á marchar se aprestan:
Fuera entonces de sí corre furiosa
Por toda la ciudad, cual la Bacante
Que en la trienal orgía se arrebató,
Al moverse del Dios el simulacro,
Y al invocar á Baco se enfurece
Del Citerón en el clamor nocturno.
Halla á Eneas al fin, y así le increpa.
—«¿Y ocultar esperabas tanto crimen,
Oh pérfido, dejando mis estados
Por vil sorpresa? ¿Ni mi amor eterno,
Ni la fé prometida, ni la horrible
Muerte crüel, que acabará con Dido,

Te pueden contener? ¿Y armar la flota
En el invierno tu crueldad intenta,
Y acelerar la fuga por los mares
En medio de los fieros aquilones?
Y si existiera aún la antigua Troya,
Á lo menos á Troya marcharías,
Por el undoso piélago en tus naves,
Y no á extrañas regiones ignoradas,
Y á ciudades de tí desconocidas.

»¿Huyes tal vez de mí? Por este llanto,
Por la fé que tu diestra me jurara,
Yá que nada de mí triste me resta,
Por nuestra unión y comenzadas bodas,
Si algo de tí merezco, si algo mío
Dulce fué para tí, ¡oh! yo te ruego
Que tengas compasión de la rüina
De este mi reino. Si lugar aun queda
Á las ardientes súplicas, que dejes
Tu funesto propósito te pido.
—Por tí los pueblos todos de la Libia,
Y los tiranos númidas me odian;
Los tirios se levantan. Por tí solo
Perdí el pudor y mi primera fama,

Que hasta los cielos remontó mi gloria.
¿Á quién me entregas á morir, oh huesped,
Que este nombre me queda de un esposo?
¿Qué espero yá? ¿que Pigmalión mi hermano
Destruya mi ciudad? ¿Ó que cautiva
El rey gétulo Yarbas me conduzca?
Si al partir á lo menos me quedara
Alguna descendencia... si tuviese
Á mi lado jugando en mi palacio
Algún pequeño Eneas, que en su rostro
Te recordara á tí... no abandonada,
Ni cautiva del todo me creyera.» —

Dijo: y Eneas con la vista inmóvil
Por la orden de Júpiter, reprime
Dentro del pecho su mortal cuidado,
Y así responde al fin.—«Jamás, oh Reina,
Las mercedes innúmeras, que narras,
Podré negar... ni me será molesto
Acordarme de Elisa, mientras pueda
Acordarme de mí; mientras que rija
Mi espíritu estos miembros; mas ahora
Poco habré de decir. Nunca esta marcha
Ocultarte pensé con dolo impío:

No te engañes; ni nunca como esposo
Pretendí el himenéo, ni á tus costas
Vine para pactar nupciales lazos.
Si los dioses vivir me permitiesen
Por mi propio querer, y mis destinos
Según mi arbitrio dirigir, entonces
Antes de todo á la ciudad de Troya,
Y á las dulces reliquias de los míos
Culto prestara, y el palacio augusto
De Príamo existiera, y con mis manos
Hiciera renacer de sus rüinas
Á Pérgamo en favor de los vencidos.
Mas á la grande Italia el gríneo Apolo
Dirigir nuestro rumbo nos ordena;
Á Italia los oráculos de Licia:
Es este nuestro amor, esta la patria.
—Si á tí que eres fenicia te retienen
Los muros de Cartago, y la hermosura
De líbica ciudad, ¿á que envidiarles
Á los troyanos que en la tierra ausonia
Se establezcan? Tambien para nosotros
Es lícito buscar reinos extraños.

»Cuando la noche con sus negras sombras

La tierra cubre, y en el alto cielo
Las ardientes estrellas se levantan,
Del padre Anquises la irritada imagen
Me reprende entre sueños y me aterra.
Y me atormenta Ascanio, y la injusticia
Contra mi tierno y adorado hijo,
Á quien le robo de la Hesperia el reino,
La región que los hados le conceden.
También ahora el nuncio de los dioses
Enviado por Júpiter me trajo
En las rápidas auras sus preceptos.
Por la vida de entrambos te lo juro:
Yo ví al Dios entre lumbre esplendorosa,
Yo le ví penetrar por las murallas,
Y su voz escucharon mis oídos.
Ni á tí ni á mí tus quejas atormenten;
No por mi voluntad busco la Italia.»—

Con ánimo mirábale contrario,
Mientras hablaba, Dido, revolviendo
Acá y allá los intranquilos ojos;
Con la vista devórale indignada.
Y así prorrumpe desbordada en ira.
—«Ni fué tu madre, pérfido, una diosa,

Ni Dárdano el autor de tu linaje.
En las duras entrañas de sus peñas
Cáucaso te engendró; tigres de Hircania
Á su feroces pechos te criaron.
¿Á qué disimular? ¿Mayores males
Puedo acaso temer? ¿Gimió siquiera
Ante mi llanto? ¿Me miró tan sólo?
¿Vertió lágrima alguna enternecido?
¿Compadecióse de la triste amante?
¿Qué mayor prueba de crueldad espero?
Yá ni Juno ni el Padre de los dioses
Miran con justos ojos mis desgracias;
No hay yá fé ni en la tierra ni el cielo.

»Del mar á nuestras costas arrojado
Yo pobre le hospedé; con él ¡oh necia!
Partí mi reino; sus deshechas naves
Salvé, y sus compañeros de la muerte.
¡Ay de mí, que las furias me atormentan!
¿Y ahora los oráculos de Licia,
Y el divo Apolo por mi daño auguran?
¿Y el nuncio de los cielos enviado
Por Jove mismo, en las veloces auras
Duros mandatos contra mi conduce?

¿Tal de los altos dioses el empleo?

¿Es este el interés que los inquieta?

»Ni te detengo yá, ni te respondo.

Vete; busca esa Italia por los mares:

Busca esos reinos á favor del aura:

¡Ah! si algo pueden los piadosos númenes,

Yo espero que entre bárbaros escollos

Hallarás el castigo de tu culpa,

Y muchas veces llamarás á Dido.

Yo por doquier con teas enemigas

Te seguiré en la ausencia; y cuando el alma

La helada muerte de mi cuerpo arranque,

Á tus ojos mi sombra vengadora

En todas partes estará presente,

Y expiarás ¡oh malvado! tanto crimen:

Lo oiré á la Fama en el profundo Averno.»—

Calla de pronto, y de dolor transida

Huye de las miradas y se oculta,

Dejando á Eneas, que al temor vencido

Preparaba entre dudas la respuesta.

Recíbenla sus siervas en los brazos

Desfallecida; á su marmórea estancia

Llévanla, reclinándola en su lecho.
Ansiaba Eneas consolar á Dido,
Su pena mitigar, y su quebranto
Arrancar, si pudiese, con razones:
Gimiendo sin cesar, herida el alma
De inmenso amor; mas de los dioses cumple
Los preceptos, la flota visitando.

Emprenden los troyanos las faenas,
Sacan las altas naves de la playa,
Botan al mar las embreadas quillas,
Y, con el ansia de emprender la fuga,
De rústicos maderos de la selva
Preparan, y de ramas aun frondosas
Los remos y los mástiles: y al punto
Marchar se vieron, y salir de golpe
Por toda la ciudad.—Cual las hormigas
Cuando trasladan el montón de trigo,
Próvidas recordando el duro invierno,
Y en sus cubiertas trojes los encierran:
Marchan en negra fila por el campo,
Y entre las hierbas por estrecha calle
Transportan el botín. Arrastran unas
Los gruesos granos con heróico esfuerzo,

Y otras en tanto el escuadrón dirigen,
Á las más perozosas aguijando:
La senda toda del trabajo hierve.

¡Cuál era tu aflicción, oh triste Dido,
Tales escenas presenciando entónces!
¡Qué gemidos brotaban de tu pecho,
Al contemplar desde tu excelso alcázar
Hervir por todas partes la ribera,
Y ver el ancho mar ante tus ojos
Por tanto clamoreo conturbado!
¡Á cuánto sacrificio, amor infame,
Á los humanos pechos no sometes!

Ora entrégase al llanto; ya con ruegos
Probar intenta el ánimo de Eneas,
Y rendirle al amor: y nada omite
Antes de sucumbir á inútil muerte.
—«¿No ves el movimiento de la playa,
¡Oh hermana! exclama Dido, y los troyanos
Cuál se aceleran, y en tropel concurren?
Invitan yá las lonas á las auras,
Y los nautas alegres en las popas
Coronas colocaron.—Si he podido

Tal dolor esperar, hermana mía,
Sorportarlo podré; tú sin embargo
Otorga este favor á mi infortunio.

»Yá que el pérfido á tí fiaba sola
Sus íntimos secretos por cariño,
Y sola tú de su alma conociste
La entrada fácil y ocasión propicia,
Vé al soberbio enemigo, tú, mi hermana,
Y háblale suplicante.—Que yo nunca
En Áulide juré con los helenos
La destrucción de la troyana gente,
Ni á Pérgamo envié contraria flota,
Ni removí los manes y cenizas
Del padre Anquises. ¡Ah! porqué rehusa
Dar sus duros oídos á mis ruegos?
¿Ádonde en su furor se precipita?
Que condolido de la triste amante
Este favor postrero le conceda:
Próspero viento espere y fácil fuga.
—Yá no reclamo el matrimonio antiguo,
Que el pérfido violó; ni que se prive
Del Lacio hermoso, ni su reino pierda.
Espacio breve pido, tregua y calma

Á este furor, hasta poder por suerte,
Al tormento vencida, acostumbrarme.
Esta postrera gracia te suplico:
Tén de tu hermana compasión; y cuando
Yá favor tan inmenso me otorgares,
Lo olvidaré tan sólo con la muerte.»—

Tal suplicaba, y sus amargos ruegos
Lleva, y refiere su affligida hermana;
Mas no conmueve á Eneas llanto alguno,
Ni voz alguna bondadoso escucha;
Que lo impiden los hados, y el Dios mismo
Obstruye sus oídos generosos.
—Como la vieja encina poderosa
Por los alpinos vientos azotada,
Que acá y allá con ímpetu soplando
Por arrancarla luchan á porfía.
Suenan el fragor, y sacudido el tronco,
Cúbrese con las hojas la ancha tierra;
Más, asida á las rocas, cuanto al cielo
Levanta su alta copa por los aires,
Tanto al abismo su raíz extiende.
Tal el Héroe troyano combatido
Una vez y otra por constantes ruegos,

Siente en su noble pecho la amargura;
Mas su mente inmutable permanece,
Llanto inútil vertiendo.—Dido entonces
La muerte con terror pide á los hados;
Tedio le infunde hasta la luz del cielo.
Para insistir en despreciar la vida,
Ve en los altares do el incienso humea,
Al ofrecer los dones ¡caso horrible!
Ennegrecerse los licores sacros,
Y en sangre impura convertirse el vino.
Á nadie tal prodigio refiriera,
Ni aun á su misma hermana.

Y en el templo

De mármol en su alcázar erigido
Á su primer esposo, á quien rendía
Honores admirables, adornado
Con blancos velos y hojas en guirnalda,
Oír le pareció en la noche oscura,
Llamándola, las voces de su esposo.
Y muchas veces el funesto canto,
Oyó en los techos del siniestro buho,
Y su voz como llanto prolongarse.
Y la aterran también las predicciones

De los antiguos vates repitiendo
Terrible vaticinio. El mismo Eneas
La atormenta feroz en su locura
Entre sueños. Y siempre verse sola,
Y siempre recorrer largas distancias
Sin comitiva alguna se imagina,
Y en desierta región buscar sus tirios.
—Tal vé de las Euménides Pentéo
Las huestes, y dos Tebas y dos soles;
Tal Orestes agítase en la escena,
Y huye la sombra de su Madre armada
De teas y serpientes, y del templo
Que custodian las furias vengadoras.

Luego que Dido á la aflicción rendida,
Al poder de las furias se somete,
Y resuelve morir, el tiempo estudia
Consigo misma y la ocasión y el modo:
Habla á su triste hermana; en el semblante
Su propósito oculta, simulando
En la serena frente la esperanza.
—«Felícitame, pues, hermana mía;
Ya encontré, dice, el medio poderoso
De que vuelva á ser mío, ó de librarme

Para siempre de él.—En los confines
Del Oceano, donde el sol se oculta,
De los etiofes la región se extiende,
Do el gigantesco Atlante con sus hombros
Sostiene el alto cielo, de brillantes
Estrellas tachonado. De allí vino,
Presentándose á mí, potente maga
De masilia nación, que los jardines
Guardó de las Hespérides y el templo,
Y las sagradas ramas en el árbol;
Y al dragón vigilante alimentaba,
Mezclando dulce miel y adormidera.
—Ella promete libertar los pechos
Del amor, ó infundirles sus cuidados,
Al poder de conjuros; en los ríos
Hace parar las aguas, y en el cielo
Retroceder los astros en su curso,
Y levantarse á los nocturnos manes;
La tierra oirás mugir bajo sus plantas,
Y de los montes bajarán los olmos.

»Te juro, cara hermana, por los dioses,
Por tí lo juro, y por tu dulce vida,
Que á mi pesar al fin estoy dispuesta

Á las mágicas artes. Tú en secreto
Alza en el interior al aura libre
Una pira, y la espada que el impío
Dejó colgada, y los vestidos todos,
Y el tálamo nupcial, que en mi desgracia
Mi ruina fué, sobre ella los coloca.
Place extinguir el último recuerdo
Del nefando varón, y así lo ordena
La maga profetisa.»—Dijo, y baña
La palidez su rostro: y Ana en tanto
No piensa que fatal designio encubra
Su hermana con las nuevas ceremonias,
Ni tal furor sospecha en aquel alma,
Ni teme mayor daño, que en la muerte
Funesta de Siquéo: y presurosa
Lo ordenado prepara.

—Mas la Reina,

Yá erigida la pira con ramaje
De pino y roble en interior recinto
Al cielo abierto, adorna con guirnaldas
Los muros y con fúnebres coronas;
Los vestidos coloca sobre el lecho,
Y la espada y la efigie del impío,

Yá convencida de su triste suerte.
—Altars hay en torno, y desplegando
Su labio al fin la fiel sacerdotisa,
Suelto el cabello, con clamor tonante,
Trescientos dioses inspirada invoca;
Al Caos, á Erebo, y á Hécate triforme,
Diosa de triple faz, virgen Diana:
Y derrama también agua ficticia
Del lago del Averno; y tallos mezcla
Cortados antes con segur de cobre
Al rayo de la luna, y saturados
De jugo venenoso; y de la frente
Arrancado del potro el hipomanes,
De su madre delicia.—Dido entonces,
Desceñida la veste, el pié desnudo,
La harina y sal ante el altar presenta
Con sus manos piadosas, por testigos
Invocando á los dioses y los astros
De su hado fatal conocedores.
Y á aquel numen dirige su plegaria,
Si hay alguno, que pródigo y severo
Valga al amante que en su fé es burlado.

Era la noche, y por el ancho mundo

Al apacible sueño se entregaban
Los fatigados cuerpos, y las selvas
Y los soberbios mares al descanso;
Las estrellas en medio de su curso,
Y en profundo silencio el campo todo.
Las duras bestias y pintadas aves,
Los que habitan las líquidas lagunas
Y en los zarzales ásperos del monte,
En la tranquila noche silenciosa
Con dulce sueño sus pesares templan,
Del corazón las cuitas olvidadas.

Mas no descansa el ánimo agitado
De la infelice Dido; nunca el sueño
Cierra sus ojos, ni la noche calma
De su pecho el dolor; sus ansias crecen,
Y la arrebatada el fuego de la ira.
Insiste, pues, y en estos pensamientos
Revuélvese su mente.—«Conque ahora
¿Qué rumbo seguiré? ¿Tornaré acaso
De nuevo á mis antiguos amadores,
Para ser por los mismos desdeñada?
—¿Pretenderé las bodas suplicante
De los númidas, yo, que tantas veces

No me digné admitirlos por esposos?
—¿Ó seguiré las naves iliácas,
Al poder espirante de los teucros?
¡Á fé que es grato recibir socorro
De los antes por mí favorecidos,
De los que así conservan en sus almas
Las gracias recibidas!—¿Y quién de ellos
Consentirlo podrá, aunque yo quisiera,
Y despreciada en sus soberbias naves
Acogerme querrá?—

»¿Quizás ignoras
Ni sientes, desgraciada, los perjuros
De la familia infiel de Laomedonte?
—¿Qué pués? ¿Iré yo sola acompañando
Á los nautas triunfantes?—¿Ó cercada
De tirios y mi ejército potente
Contra ellos marcharé?—Mas ¿cómo al ponto
Otra vez lanzo, y navegar ordeno
Á los que apenas de su patria Tiro
Pude arrancar?—Morir más bien mereces:
Extingue tu dolor con el acero.—
—Tú, hermana, por mis lágrimas vencida,
Tú con tan duros males oprimiste

Mi amante corazón, tú la primera,
Y al crüel enemigo me entregaste.
—¿Y no debiera yo libre de bodas,
Pasar la vida al modo de las fieras,
Libre también de tan funestos daños?
—¡No he guardado la fé que á las cenizas
Prometí de Siquéo!»—Así exhalaba
De su hondo pecho tan amargas quejas.

En tanto Eneas sobre la alta popa,
Cierto yá de partir, todo aprestado,
Entrégase al reposo. Y entre sueños
La imagen otra vez se le aparece
Del dios Mercurio, con igual semblante,
La misma voz y rubia cabellera,
Y el color y los miembros juveniles,
Y así de nuevo sus mandatos dicta.
—«¿Puedes al sueño darte, hijo de Venus,
En la ocasión presente? ¿No conoces
Los próximos peligros que te cercan?
¿Ni oyes soplar los céfiros propicios?
Ella maquina miserables dolos
Y maldades injustas en su pecho
Segura de su muerte, y la devora

El fuego de la ira: parte al punto,
Aléjate veloz hora que puedes;
Pronto vieras turbados estos mares
Por naves enemigas, y brillando
Con el fulgor siniestro de las teas,
Si te alumbrase aquí la nueva aurora:
Álzate, pues, y parte sin tardanza:
¡Qué es un sér la mujer siempre mudable!»—
Dice, y desaparece confundido
Entre las negras sombras de la noche.

Por la visión entonces aterrado
Sacude Eneas el sueño, y á los nautas
Férvido increpa.—«Despertad veloces,
Varones fuertes, y ocupad los bancos,
Y desplegad ligeros el velamen.
Un Dios bajado desde el alto cielo,
De nuevo manda acelerar la fuga,
Y cortar las maromas.—¡Oh Dios Santo,
Cualquiera que tú seas! obedientes
Cumplimos y gustosos tus preceptos;
Ayúdanos benigno, y las estrellas
En el cielo dirígelas propicias.»—
—Dice, y desnuda la fulmínea espada,

Y corta las amarras con su filo.
Igual ardor abrasa á los troyanos;
Precipitados corren, y la playa
Dejan al fin; debajo de las velas
Desparece la mar; y en rudo esfuerzo
La espuma cortan, y las ondas rompen.

Yá la naciente aurora abandonando
El lecho de Tritón, por la ancha tierra
Sus nuevos resplandores esparcía;
Y la primera luz de la alborada
De su atalaya ve la triste Dido,
Y la armada zarpar con quietas velas,
Y mira yá desiertas las orillas
Y el puerto sin remeros. Y mil veces
Hiere el hermoso pecho con su mano,
Y mesa su dorada cabellera.
—«¡Oh Júpiter! exclama. ¿Ese extranjero
Ha de partir, sirviéndole de escarnio
Nuestro reino? ¿Cartago poderosa
No los perseguirá con fuertes armas,
Ni arrojará á las aguas nuestras naves?
Id, encended veloces vuestras teas,
Soltad las velas, agitad los remos.

—¿Qué digo? ¿Dó me encuentro? ¿qué locura
Turba mi mente así?—¡Dido infelice!
Hora los fieros hados te atormentan:
Tiempo fué cuando el cetro le entregabas.
—¿Tal la fidelidad y el juramento
De aquél que dicen que salvó consigo
Á los penates, y á su padre Anquises,
Rendido por la edad, sobre sus hombros?

»¿No pude yo despedazar su cuerpo,
Y esparcirlo en las ondas?—¿Y no pude
Á sus socios matar y al mismo Ascanio
Al filo de la espada, y ofrecerlo
Por manjar en la mesa de su padre?
¡Fuera tal vez el éxito dudoso!
Mas resuelta á morir ¿á quién temía?
—Hubiera yo en sus naves arrojado
Las incendiarias teas, y su flota
Abrasado entre llamas, y extinguido
Al hijo, al padre y á la raza entera,
Muriendo yo tras ellos desesperada.

»¡Oh sol, que con tus luces examinas

Las obras todas por el ancho mundo;
Y tú, Juno, sapiente consejera
De las sagradas nupcias; y tú, Hécate,
En las nocturnas fiestas aclamada;
Y vosotras, oh furias vengadoras;
Excelsos dioses de mi fin testigos!
Ved, y el castigo dad á las maldades,
Y mis preces oid.—

»Si está resuelto

Por voluntad de Jove que el impío
Á las tierras y puerto deseado
Arribe al fin con término felice,
Haced que perseguido por las armas
De un pueblo audaz en sanguinaria guerra,
De los patrios confines arrojado,
Y de los brazos de su dulce Julo,
Auxilio implore inútil, y presencie
Las muertes de los suyos vergonzosas;
Y á las inícuas leyes sometido
De ignominiosa paz... que no disfrute
Su reino, ni la luz de la existencia;
Mas perezca con muerte prematura,
Y que en la arena al fin yazga insepulto.

Esto pido, y mi súplica postrera
Exhalo, y sello con mi sangre.—

»¡Oh tirios!

Con odio eterno perseguid su estirpe,
Y su raza futura.—Tal tributo
Rendid á mis despojos. Que ese pueblo
No halle amor en vosotros ni alianza.

»Álzate, vengador de mis cenizas,
Y en tu furor á las colonias teucras
Extingue con el fuego y con la espada
Siempre y doquiera que sus fuerzas muestren.
Nuestras costas contrarias á sus costas;
Á sus mares contrarios nuestros mares;
De sus armas las nuestras enemigas;
Y luchen con sus nietos nuestros nietos.» —
Así dice, y revuélvese agitada
Por todas partes su confusa mente,
Ansiando yá perder la odiosa vida.

Habla á Bárcen, nodriza de Siquéo,

—Que la suya deshecha en negro polvo
En su patria quedó—y así le ruega.
—«Haz, amada nodriza, que mi hermana
Venga aquí; que su cuerpo purifique
Con clara linfa de corriente río;
Las víctimas segradas expiatorias
Consigo traiga; y tú ciñe entre tanto
Con las piadosas ínfulas tu frente.
Que pienso consumir el sacrificio
Al rey de la onda estigia preparado,
Y fin poner á mis desgracias todas,
Y entregar á las llamas esta pira
Con las prendas del pérfido caudillo.»—

Dijo la Reina: con senil esfuerzo
El paso aceleraba la nodriza.
Mas aterrada Dido y temblorosa
Ante el horrible comenzado intento,
Los ojos revolviendo ensangrentados,
Por el horror manchadas las mejillas,
Pálida ante la muerte yá cercana,
Al interior camina del palacio.
Sube furiosa á la elevada pira,
Y allí el acero dárdano desnuda,

No para tal destino fabricado:

Y cuando ve las iliacas vestes
Y el conocido tálamo, un momento
Pensativa detiénese y llorosa;
Y al fin sobre aquel lecho se reclina,
Y estas palabras últimas pronuncia.
—«Dulces reliquias cuando Dios y el hado
Así lo permitieron, esta vida
Recibid, y libradme de estos males.
He vivido, y el curso, que la suerte
Trazara á mi existencia, consumado;
Ahora pasará mi augusta imagen
Al hondo Averno.—Yo ciudad preclara
Edifiqué, y alzados ví sus muros;
Vengué á mi esposo y castigué á mi hermano.

»¡Ahl feliz en verdad, asaz felice,
Si jamás de los teucros los bajeles
Á nuestras costas arribado hubieran.»—
Dijo, y besando el lecho así prosigue.
—«¿Moriré no vengada? Mas muramos:
Conviene así pasar al negro abismo.
Que estas llamas devore con sus ojos

Desde alta mar el pérfido troyano,
É impresa lleve la crüel desgracia
De mi muerte fatal.»—Dijo, y al punto
Atravesada por el duro acero
La ven caer sus fieles servidores,
Bañadas viendo en espumosa sangre
Las manos y la espada.—

Los lamentos

El alto alcázar llenan; presurosa
Por la triste ciudad la fama corre;
Los hogares repiten los gemidos,
Y llanto de mujeres; y en los aires
Resuenan los clamores luctuosos.
Cual si la antigua Tiro, ó si Cartago
En rüinas deshechas sucumbiesen
Á enemigo poder; ó si las llamas
Envolviesen furiosas los palacios,
Y los sagrados templos de los dioses.

Oye el rumor exánime la hermana,
Y al tropel aterrada de las gentes,
Hiriendo el rostro y golpeando el pecho,
Rompe por la apiñada muchedumbre,

Y á la espirante por su nombre llama.

—«Todo para este fin, hermana mía?

¿Tal me engañabas? ¿Tan horrendo daño

Esa pira, ese fuego, esos altares

Guardaban para mí?—Y abandonada,

¿Por dónde ahora empezaré mis quejas?

—¿Á tu doliente hermana despreciaste

Por compañera de tu horrible muerte?

»Llamárasme á tu lado en tu infortunio,

Y el mismo hierro, y el instante mismo

Hubieran con entrambas acabado.

¿Levanté con mis manos esa pira,

Y mi voz invocó los patrios dioses,

Para encontrarme ausente en tu desgracia?

Tú con tu infausta muerte has extinguido

Á tu hermana, á tu pueblo, á los excelsos

Sidonios padres y á tu gran Cartago.

—Dadme, y con agua lavaré su herida;

Y si aún le resta el postrimer aliento,

Recójanlo mis labios.» —

Tal exclama;

Las altas gradas sube, y estrechando

Á la espirante hermana contra el seno,
Lanza amargos gemidos, y la sangre
Enjuga con su veste.—

Dido en tanto
Alzar procura los cargados ojos,
Y le faltan las fuerzas; en su pecho
Resuella sin cesar la abierta herida.
Tres veces apoyándose en el codo
Levantóse; tres veces desplomada
Sobre el lecho cayó. Buscó en lo alto
La luz del cielo con errantes ojos,
Y gimió con pesar al encontrarla.

Compadecida la potente Juno
De tanto afán, y muerte laboriosa,
Á Iris manda desde el alto Olimpo,
Que rompa el lazo que á los miembros une
El alma luchadora. No muriendo
Por decreto del hado, ni de muerte
Merecida; mas sólo arrebatada
De súbito furor, víctima triste
Con prematuro fin, ni Proserpina

El dorado cabello había cortado,
Ni condenado al Orco su cabeza.

Vuela bañada en gotas de rocío,
Y en torrentes de luz Iris radiante
Con sus alas de oro por el cielo;
Y por el sol herida, mil colores
Difunde en torno.—Plácida se posa
Sobre la regia frente; y....—«Yo enviada
Esta ofrenda á Plutón sagrada llevo,
Y del mísero cuerpo te desato.»—
Dice, y corta el cabello con su diestra;
Y se extinguió el calor; y al punto mismo
Se disipó la vida por los aires.



LIBRO QUINTO



LIBRO QUINTO

EMPRENDE Eneas con su armada en tanto
La conocida ruta, y yá cortaba
Las negras olas á favor del viento,
Mirando las murallas, do relumbra
La ardiente hoguera de la triste Elisa.
Del incendio voraz la causa ignora;
Mas el dolor por el amor violado
En la mujer amante hasta el delirio,
En los troyanos pechos inspiraba
Fatal presagio.—Luego que las naves
Llegaron á alta mar, sin ver yá tierra,
Mas sólo cielo y el extenso ponto,
Se condensan oscuros nubarrones

Sobre su frente, tras de sí llevando
La ciega noche y tempestad deshecha,
Y el tenebroso piélago horroriza.

Y Palinuro desde la alta popa,
—«¡Ay! prorrumpe; ¿por qué los cielos ciñen
Tan densas tempestades? ¿Qué previenes
Contra nosotros tú, padre Neptuno?»—
Dice, y las jarcias recoger ordena,
Y acudir vigorosos á los remos;
É inclinando los senos de la lona
Del aquilón al soplo, tal exclama.
—«¡Oh magnánimo Eneas, aunque Jove
Así lo ofrezca, con borrascas tales
Jamás esperaré llegar á Italia.
Mudados braman los contrarios vientos,
Que surgen del negrísimo Occidente,
Y en torva nube se condensa el aire.
Ni fuertes somos á luchar en contra,
Ni aun podemos marchar; que nos supera
Adversa la fortuna. Mas sigamos
El camino que trace victoriosa.

»No distantes de aquí deben hallarse,

Si no hubo error cuando observé los astros,
De Érice fiel las fraternales costas
Y puertos de Sicilia.»—Así responde
El padre Eneas.—«Y en verdad há tiempo
Que observo de los austros el constante
Batallar, y tu inútil resistencia:
Tuerce el rumbo á las proras.—¿Hay acaso
Región alguna para mí más grata
Do guarecer las trabajadas naves,
Que aquella tierra, que al dardanio Acestes
Me conserva feliz, y que en su seno
Del padre Anquises los despojos guarda?»—
Dijo, y al punto al puerto se dirigen;
Hinche la vela el céfiro propicio,
Corta el turgente piélago la armada,
Y tocan las arenas conocidas.

Desde la cumbre de elevado monte
Ve á lo lejos Acestes admirado
Llegar á tierra las amigas popas:
Él, á quien teucra madre y el Crimiso
Engendraron, veloz corre á su encuentro,
Armado con los dardos y las flechas,
Y de imponente piel de osa africana

Revestido.—Viviendo en su memoria
De los antiguos padres el recuerdo,
Se felicita al ver los que regresan
Por el mar fatigados; y gozoso
Con agreste opulencia los recibe,
Y con amigos dones los consuela.

Cuando el claro esplendor del nuevo día
Ahuyentó las estrellas, y en Oriente
Dió la primera luz, convoca Eneas
Desde todos los puntos de la playa
Á los teucros, y así desde un collado
Los exhorta.—«Troyanos generosos;
Raza de la alta sangre de los dioses:
Hoy, corriendo los meses, se completa
El año, desde aquel aciago instante,
En que á la tierra mísera entregamos
Las amadas reliquias y los huesos
De mi divino Padre, y á su nombre
Los fúnebres altares erigimos.
Hoy es, si no me engaño, el triste día,
Acerbo siempre y siempre venerando:
Que así lo habéis querido, ¡oh sacros dioses!

» Aunque me hallase desterrado ahora
En las Sirtes Getúlicas, ú opreso
En el mar de la Argolia ó en Micenas,
Este voto anual yo rendiría
Y las solemnes funerarias pompas,
Y altares con ofrendas consagrara.
Más venturosos hoy, nos encontramos,
Por consejo, sin duda, de los dioses
Y su augusto poder, ante los huesos
Y sagradas cenizas de mi Padre,
Á estos amigos puertos arrojados.
Ea, pues, ofrezcamos sacrificios
Agradables, pidiendo vientos prósperos;
Que propicio mi Padre me conceda
Todos los años los piadosos dones
Presentar en los templos erigidos
Á su memoria en la ciudad fundada.

» Acestes generoso, hijo de Troya,
Dos bueyes le regala á cada nave:
Llevad vuestros penates al banquete,
Y los que adora Acestes bondadoso.
Si la novena aurora á los mortales
Limpio y alegre día concediere,

Ciñendo el orbe todo con sus rayos,
Un certamen naval daré á los teucros.
Y los de ágiles piés en la carrera,
Los en robustas fuerzas poderosos,
Los diestros en lanzar agudos dardos
Ó voladoras flechas; los que pugnan
De duro cesto armados, lleguen todos,
Y esperen justo premio á la victoria.
—Guardad hora silencio, y vuestras frentes
Con ramos coronad.»—Dice, y de mirto
Ciñe sus sienes: Élimo le imita
Con el anciano Acestes y su Ascanio,
Y la florida juventud troyana.

Marcha luego al sepulcro entre millares
De teucros en compacta muchedumbre:
Allí dos copas de precioso vino
Libando, segun rito, las derrama
Sobre la tierra, y dos de nueva leche,
Y otras dos de la sangre de las víctimas.
Esparce en derredor purpúreas flores
Y así prorrumpe.—«¡Salve, Padre Santo:
Y vosotras, cenizas veneradas,
Hoy en vano devueltas! ¡Salve, oh sombra,

Y alma de mi Padre! El alto cielo
No permitió llegar contigo á Italia,
Ni á los campos que el hado concediera,
Ni á las orillás del ausonio Tiber.»—

Dice; y del fondo del sepulcro sale
Serpiente colosal de siete roscas,
Que dulcemente el túmulo abrazando
En redor de las aras se desliza;
Brillan cerúleas manchas en su lomo,
Y dorado fulgor en sus escamas:
Cual resplandece el arco entre las nubes
Herido por el sol con mil colores.
—Queda Eneas absorto ante el prodigio:
Ella se arrastra con su enorme cuerpo
Entre las copas y ligeros vasos,
Y prueba los manjares, y abandona
Las aras, yá probadas las ofrendas,
Y sin daño causar marcha de nuevo,
Y al fondo del sepulcro se retira.

Con tal visión renueva el sacrificio
En honor de su Padre comenzado,
Dudando si era del lugar el Genio

Ó tal vez el ministro de su Padre.
Cinco tiernas ovejas sacrifica
Y cinco cerdos, y de negros lomos
Cinco novillos; y á la par derrama
El vino de las copas, invitando
Al alma augusta del divino Anquises,
Y sus manes salvados de Aqueronte.
—Llevan también ofrendas cuantas pueden
Los teucros inundando los altares,
Y becerros inmolan. Otros ponen
En orden las calderas, y esparcidos
Sobre la blanda yerba, fuego aplican
Al asador tostando las entrañas.

Llega por fin el día suspirado,
Y en clara lumbre á la novena aurora
Conducen los caballos de Faetonte.
La fama y el poder del grande Acestes
Juntan allí los pueblos comarcanos;
Llenan la playa en plácido concurso,
Ansiando ver los unos á los teucros,
Y dispuestos los otros al certamen.
—En el centro del círculo se colocan
Á la vista los premios ofrecidos:

Verdes coronas, trípodes sagrados,
Y palmas, recompensa á la victoria;
Y las armas, y en púrpura teñidas
Preciosas vestes, y de plata y oro
Multitud de talentos.—De una altura
Pregona la trompeta clamorosa
Los juegos anunciados.

Dan comienzo

Cuatro bajeles al primer certamen
Iguales en poder y en remos fuertes,
Y entre toda la escuadra los mejores.
Con briosos remeros va regida
La veloz nave Priste por Mnesteo,
Que presto fuera habitador de Italia,
Y de la raza de los Memios padre.
La grandiosa Quimera manda Gias,
De ingente mole, que ciudad semeja,
Y que la teucra juventud impele
En tres filas de bancos y de remos.
Sergesto, de quien nace la familia
Sergia llamada, la Centáuro rige;
Y la Escila Cloanto, que da nombre,
¡Oh romano Cluento! á tu linaje.

Hay una roca en el inmenso ponto
Enfrente y lejos de la hirviente playa,
Que el hinchado oleaje azota y cubre,
Cuando el poniente del invierno helado
Oculta las estrellas. Campo extenso
Se eleva sobre el mar, quietas las ondas;
Grato refugio á las marinas aves.
Allí por meta puso el padre Eneas,
Verde y frondosa encina, desde donde
Partir supiesen y cruzar los nautas
En largos circuitos.—Los lugares
Ocupan por la suerte designados;
Brillan los jefes en las altas popas
De púrpura y de oro revestidos,
Y de coronas de álamo se ciñe
La juventud restante; los desnudos
Hombros en óleo ungidos resplandecen.
Asiéntanse en los bancos, y apoyados
Los brazos en los remos, anhelantes
Esperan la señal con impaciencia;
Los nobles pechos la inquietud agita,
Y el afán ardoroso de la gloria.

Luego que la señal dá la trompeta

Rápidos á la vez arrancan todos:
El náutico clamor el cielo hiere,
Hierven doquier las espumantes ondas
Por los robustos brazos azotadas,
Las aguas hienden á la par con surcos,
Y ábrese el vasto ponto, por los remos
Y el espolón tridente removido.

—No tan veloces el estadio invaden
Cuando se lanzan, de su cárcel libres,
Por dos bravos corceles arrastrados
Los carros al certamen. Ni se agita
Así el auriga sacudiendo sueltas
Las riendas sobre el tiro, y encorvado
El ondulante látigo blandiendo;
El valle todo y la extendida playa
Por las voces y vítores resuenan,
Y los collados el clamor repiten.

Parte el primero Gias por las ondas,
Por multitud frenética aclamado:
Sigue Cloanto con mejores remos,
Mas en nave de mole ponderosa,
Que á su pesar tardía le retiene:
Con marcha igual la Priste y la Centáuro

Tras ellas corren, y el lugar primero
Con rudo esfuerzo conseguir procuran:
Y ya avanza la Priste, ya la vence
La gigante Centáuro, ya se igualan
Juntas las proras, y el salobre ponto
En luengo espacio con las quillas surcan.

Yá al escollo se acercan, yá tocaban
La ansiada meta, cuando el noble Gias
En medio de la mar así á Menetes,
De su nave piloto, increpa á voces.
—«¿Porqué te alejas tanto á la derecha?
Cambia el rumbo hacia acá: sigue la costa;
Que los peñascos de la izquierda orilla
Roce la nave. Los demás se engolfen.
En alta mar.»—Tal dice; mas temiendo
Menetes los escollos, tuerce raudo
Hacia el undoso piélago la prora.
—«¿Adónde vas con tan diverso rumbo?
Vira otra vez, Menetes, clama Gias;
Vuelve á las rocas.»—Y entre tanto observa
Tras sí á Cloanto, que á vencerle avanza,
Casi ocupando las cercanas ondas.
Hiende á la izquierda entre la misma nave

De Gias y los férvidos peñascos;
Rápido se adelanta, y ya vencida
La meta, ocupa el piélago seguro.

Arde en los huesos del mancebo triste
El dolor y la ira; y no faltaron
Lágrimas en su rostro. Olvida entonces
Su decoro y las vidas de los suyos,
Coge á Menetes y de la alta popa
Le arroja al mar; y al gobernalle acude
Como jefe y piloto de la nave;
Arenga á los remeros, y á las rocas
Tuerce el timón. Menetes entretanto
Sube del seno de la mar devuelto,
Viejo y pesado, y arrojando á chorros
El agua sus vestidos. Á la cima
Del elevado escollo se dirige,
Y en un seco peñón al fin se sienta.
Burlaron de él los teucros cuando al fondo
Del mar cayó, cuando nadar le vieron,
Y devolver el agua por la boca.

Surgió con esto plácida esperanza
De triunfo en Sergesto y en Mnesteó,

De superar á Gias detenido.
Toma el primer lugar Sergesto entonces
Y á la roca se acerca: mas no vence
La quilla toda, que al costado mismo
El espolón la acosa de la Priste.
Recorriendo la nave entre los nautas
Así Mnesteo los exhorta.—«Oh teucros,
Por mí cual compañeros elegidos
En la rüina de Ilión infausta:
Remad, remad briosos; dad ahora
Muestra de aquel valor, de aquellas fuerzas
En las Gétulas sirtes empleadas,
Y en el mar de la Jonia, y en las ondas
Del borrascoso golfo de Maléa.
No pido para mí el lugar primero,
Ni pugno por vencer: ¡Así pudiese...!
—Triunfen aquellos, á quien tú, Neptuno,
Tal concediste.—Por vergüenza nuestra
No seamos, amigos, los postreros;
Esto lograd, varones; tal deshonra
Valientes evitad.»—Reman al punto
Con esfuerzo supremo; la ferrada
Nave con los empujes se estramece,
Y huye la mar; agítanse los miembros;

Seca la boca el anhelar constante;
Un río de sudor sus cuerpos baña,
Y el suspirado honor les da la suerte.

Pues avanzando con furor Sergesto
Hacia el escollo en peligroso espacio
Entre la Priste y el peñón, su nave
Mísera encalla en las salientes rocas.
Retiemblan los peñascos, y los remos
Al chocar en las piedras estallaron;
Queda suspensa la encallada prora.
Levántanse los nautas con clamores,
Y preparando las ferradas picas
Y las agudas astas, de las ondas
Sacan los rotos remos.

Más ardiente

Y gozoso Mnesteo ante el fracaso,
Con los veloces ordenados remos,
Y los vientos propicios, raudo hiende
El sosegado mar, y en fácil curso
Por el abierto ponto se desliza.
—Cual la paloma que aterrada sale
De su morada oculta entre las peñas,

Bate las alas al partir ruidosas
Sobre su dulce nido, y por los campos
Cruza agitada; mas á poco el aire
Rápida corta con tranquilo vuelo,
Y apenas mueve las veloces plumas.
Así Mnesteo, así corta la Priste,
Volando rauda, las postreras ondas,
Llevada sólo por su propio impulso.

Deja á Sergesto que ardoroso lucha
Contra el escollo y los estrechos vados,
Y en vano pide auxilio, pretendiendo
Surcar las aguas con los remos rotos.
Alcanza luego á Gias, y á la grande
Quimera, la de mole ponderosa,
Que por la falta de piloto cede.
Sólo Cloanto le supera entonces
Cerca yá de la meta. Hacia él arranca
Con nuevos bríos y supremo aliento;
Auméntase el clamor, aplauden todos,
Á la victoria con ardor le incitan,
Y resuena el estrépito en los aires.
Claman los unos indignados viendo
Ajado su decoro, ó en peligro

El honor que lograron, y quisieran
Cambiar la vida por la ansiada gloria.
Alienta á otros el feliz suceso:
Pueden vencer, porque vencer anhelan;
Y premio al fin hubieran conseguido,
Igualadas tal vez entrambas proras,
Si Cloanto, tendiendo hacia los mares
Sus manos suplicantes y sus voces,
No hubiera con sus votos y sus preces
El favor de los dioses invocado.
—«Dioses, que con imperio poderoso
Regís los mares, cuyas aguas surco:
Yo agradecido ofreceré en las aras,
En esta playa misma, un blanco toro
Cual por voto me obligo, y á las ondas
Lanzaré sus entrañas, derramando
Precioso vino al par en los altares.»—

Oyeron las Nereidas en el fondo
Del mar su voz, y el coro de las hijas
De Forco con la virgen Panopéa.
Y el mismo dios Portumno con su mano
La nave impele con potente impulso,
Que más veloz que el Noto y la saeta

Rápida hacia la tierra se dirige,
Y al fin penetra en el profundo puerto.
Entonce Eneas, convocados todos
Por solemne pregón, según costumbre,
Declara vencedor al gran Cloanto,
Y en verde lauro coronó su frente.

Dale á escoger, por premios á las naves,
Tres becerros, y vinos, y de plata
Abundantes talentos. Á los Jefes
También regala singulares dones:
Al vencedor, de púrpura escogida
De Melibéa, clámide preciosa,
Con doble fimbria, y recamada en oro.
Resalta en su labor el joven regio
En el Ida frondoso fatigando,
Ardiente y anhelante, con las flechas
En la carrera á los veloces ciervos;
Que de Jove el ministro con sus garras
Del Ida arranca y á los cielos sube:
En vano con asombro suplicantes
Tienden á las estrellas ambas manos
Los ancianos custodios, y el ladrido
El aire atruena de furiosos perros.

Al que en su esfuerzo vigoroso obtuvo
El segundo lugar, por premio otorga
Expléndida loriga reforzada
De triple anillo de oro, que en los muros
De la excelsa Ilión, y junto al margen
Del Símois caudaloso, el mismo Eneas
Arrancó vencedor á Demoléo;
Honra y defensa al par en los combates.
Llevarla apenas en los hombros pueden
Segaris y Tegéo los esclavos
Por su recia labor doble y pesada,
Y antes con ella armado Demoléo
Acosaba á los teucros en la fuga.
—Dos palanganas de preciado bronce
Son el premio tercero, y ricos vasos
De plata con figuras cinceladas.

Premiados y orgullosos con los dones,
La sien ceñida de purpúreas vendas,
Marchaban todos yá, mientras Sergesto
Con gran trabajo del escollo libre,
Privado de los remos de una banda,
Prueba á mover la deshonorada nave.
—Cual la serpiente, á quien ferrada rueda

Coge y aplasta en medio de la via,
Ó con pesada piedra el caminante
La hiere, y medio muerta la abandona:
Da con su cuerpo repetidas vueltas,
Huyendo en vano. Yá, feroz en parte,
Arden sus ojos, y silbidos lanza,
Levantando soberbia el alto cuello;
Mas á la vez doliente por la herida,
Ni en sus anillos anudarse puede,
Ni yá en su grave cuerpo replegarse.

Con tales remos se movía apenas
La tarda nave, mas al fin acuden
Á las velas, que henchidas por los vientos,
Al puerto la conducen victoriosa.
Gozoso Eneas por la nave y socios
Del naufragio salvados, da á Sergesto
Una esclava por premio prometido;
Folée su nombre, natural de Creta,
Que dos gemelos á sus pechos cría,
Y diestra de Minerva en las labores.

Tras el certamen se dirige Eneas
Á un verde campo, que la grama alfombra,

Por selvas y collados circuído.
Del valle en medio en forma de teatro
Se extiende un circo, do el troyano jefe
Entre socios innúmeros penetra,
Y ante el noble concurso toma asiento.
Invita allí con recompensa digna
Los generosos ánimos, que anhelan
Contender en la rápida carrera,
Y los premios propone. Los troyanos
Concurren todos, y á la vez con ellos
Los valientes varones de Sicilia.

Niso el primero, y el robusto joven
Euríalo, radiante de hermosura,
De Niso amado con honesta llama;
Tras ellos Diores, de la egregia stirpe
De Príamo inmortal vástago regio;
Y Salio con Patrón; aquel nacido
En Acarnania, y éste de Tegea.
Siguen después los jóvenes trinacrios
Élimos y Panopes, cazadores,
Frecuentes habitantes de las selvas,
Y del anciano Acestes compañeros;
Y muchos otros que la fama olvida.

Álzase entonces el piadoso Eneas,
Y así les habla:—«Dóciles oidme,
Y alegres atended á mis razones:
Ninguno de vosotros, oh mancebos,
Saldrá sin ser por mí recompensado.
Dos dardos os daré, labor de Creta,
De bien bruñido acero, relucientes,
Y preciada segur de doble filo,
De plata cincelada guarnecida:
Honor que ofrezco, por igual á todos.
—Otros dones tendrán los tres primeros,
Y verde oliva ceñirá sus frentes.
El primer vencedor por premio obtenga
Un bridón arrogante enjaezado;
Una aljaba el segundo de Amazona,
De saetas provista de la Tracia,
Y de ancho tahalí de oro pendiente,
Que cierra un broche con preciosa piedra;
El tercer vencedor contento marche
Con este yelmo griego.»—

Apenas dijo,
Y ocupan los lugares designados:
Y de repente, la señal oída,

Cual tempestad deshecha, raudos parten
Del señalado límite, y avanzan
En rápida carrera por el circo,
Fija la vista en la distante meta.
—Corre el primero Niso, y á lo lejos,
Delante de los otros, más veloce
Que el huracán y el rayo, se distingue:
Trás él va Salio, mas á gran distancia;
Euríalo el tercero, aunque mediando
Espacio extenso, y Élimo le sigue;
Y cerca de éste, é igualados casi
Los hombros y los piés, vuela Diores;
Y si campo restara suficiente,
Le venciera tal vez ó le alcanzara.

Fatigados al fin de la carrera,
Yá el término tocaban, cuando Niso
Resbálase en la hierba humedecida
Con sangre de becerros inmolados;
Y al vacilar el joven generoso,
Yá vencedor en ovación alegre,
La incierta planta asegurar no pudo,
Cayendo al cabo en el inmundo lodo,
Y en la sangre sagrada. Mas no olvida

Á Euríalo, ni olvida sus amores:
Levántase en la tierra peligrosa,
Y opónese ante Salio, quien al punto
Cayó tendido en la abundante arena.
Salta Euríalo entonces vigoroso,
Y triunfador por gracia del amigo,
Llega el primero, entre ruidosas voces
Y vítores frenéticos volando:
Llega el segundo Elimo; y la tercera
Palma recaba Diores.—Arde en ira
El triste Salio, y el extenso circo
Con sus clamores llena ante el concurso,
Y á la faz de los próceres y jueces,
Pidiendo á voces el honor debido,
Con astucia y con dolo arrebatado.
Mas el favor y el llanto decoroso
Á Euríalo protegen, y sus bríos
Más agradables en su hermoso cuerpo;
Que en vano el premio conseguido hubiera
En el postrer lugar, si los honores
Se otorgaran á Salio del primero.

Á tal demanda les responde Eneas:
—«Mancebos, vuestro premio está seguro,

Y nadie alterará del triunfo el orden;
Lamentar permitidme la desgracia
Del inocente amigo.»—Y tal diciendo,
De africano león la piel ingente,
De crin pesada y con las garras de oro,
Regala á Salio; mas protesta Niso:
—«Si á los vencidos dás tan grande premio,
Y así los compadeces, padre Eneas,
¿Qué recompensa para Niso guardas?
Yo mereciera la primer corona
Por unánime aplauso, si la suerte
No hubiera sido, cual á Salio, adversa.»—
Y mostraba á la vez de lodo inmundo
Afeados sus miembros y su rostro.
—El padre Eneas sonriente mira
Al joven Niso, y entregarle ordena
Rico pavés que Didimón labrara,
Y del templo arrancado de Neptuno
Por los aquivos: tan preciada joya
Fué del ilustre joven recompensa.

Terminado el certamen, y los premios
Yá con solemne fiesta repartidos,
Dijo Eneas:—«Si alguno de vosotros

Tiene valor y alientos en su pecho,
Salga, y levante las ferradas manos.»—
Dice y dos premios por la lucha ofrece:
Lucio novillo al vencedor, con cintas
Y oro adornado; y esplendente yelmo
Y una espada, consuelo del vencido.

Erguido al punto y con vigor mostrando
En la expresión sus colosales fuerzas,
Álzase Dares entre gran murmullo;
Quien solo combatir osó con Páris,
Y á Butes vencedor, de enorme cuerpo,
Que de bebricia estirpe, y de la sangre
Engendrado de Amico se decía,
Cabe el sepulcro del ilustre Héctor,
Hirió de muerte, y moribundo al cabo
Dejó tendido en la rojiza arena.
Tal la cabeza irguiendo ostenta Dares
Sus anchos hombros, y alternando extiende
En recios golpes los robustos brazos,
Azotando los aires. Otro anhelan
Para luchar con él; mas ni uno solo
De la agitada turba numerosa,
Con tal varón á contender se atreve,

Ni las manos ceñir con férreo guante.

Lleno de gozo, pues, y confiado
En superar en el combate á todos,
De pié ante Eneas, sin demora alguna,
Prende del asta con la mano izquierda
Á un toro, y así dice:—«Si ninguno
Osa luchar, oh hijo de la Diosa,
¿Á qué estamos aquí? ¿Por cuánto tiempo
Esperando estaré? Dispón que lleve
Los dones que ofreciste.»—Y los troyanos
Acordes murmuraban, y pedían
Que á tal varón los premios se otorgasen.

En esto el grave Acestes, que sentado
Hallábase en la hierba junto á Entelo
Le increpa con ardor.—«¿Y tantos dones
Consentirás paciente que se obtengan
Sin lucha alguna? ¿Tú, que en vano fuiste
Entre los héroes todos el más fuerte?
¿Dónde el dios Erix, á quien tú llamabas
En balde ante nosotros tu maestro?
¿Dónde tu fama por Trinacria toda,
Y los trofeos que en tu casa ostentas?»—

Dice, y responde Entelo:—«Ni me falta
El amor del aplauso, ni la gloria
Huye arrojada por cobarde miedo.
La torpe senectud la sangre hiela,
Y en el cuerpo las fuerzas debilita.
Si, cual en otro tiempo, yo gozara
De la robusta juventud los bríos,
Que el necio Dares con placer ostenta,
Combatiera en verdad; mas no impulsado
Por recompensa, ni el gentil becerro;
Que no me mueven los preciados dones.»—
Dice, y en medio con furor arroja
Los dos férreos cestones de gran peso,
Que Érice valeroso en los combates
Usar solía con potente mano,
Y á los brazos ceñir su duro cuero.

Pasmados todos con horror admiran
Las siete pieles de gigantes toros
Con el hierro y el plomo reforzadas;
Más que todos se asombra el mismo Dares,
Y el combate rehusa. El noble Eneas
Revuelve acá y allá con mano fuerte
El ferrado volumen ponderoso;

Y así el anciano Entelo exclama al punto:
—«¡Si de Hércules los cestos y las armas
Hubiéseis visto, y el fatal combate
En estas mismas playas acabado...!
Estas armas entonces esgrimía
Érice hermano tuyo; mira en ellas
La sangre, y destrozado su cerebro;
Con ellas peleó contra el robusto
Y valeroso Alcides, y yo mismo
Con ellas combatí cuando la sangre
Más ardiente las fuerzas aumentaba,
Y la envidiosa ancianidad mis sienes
Con el blanco cabello no cubría.
Mas si el troiano Dares nuestras armas
Rechaza así, las luchas igualemos,
Si place á Eneas, y lo aprueba Acestes.
—» Yo las terribles de Érice renuncio;
Depón, Dares, el miedo, y deja en cambio
Los troyanos cestones.» —

Tal diciendo,
Quita el doble ropage de sus hombros,
Y los robustos y fornidos brazos
Desnuda, y gigantéo se presenta

De la arena en mitad, de pie y erguido.
Saca entonces el noble hijo de Anquises
Cestos iguales, y con ellos liga
Las manos de los dos, y ambos extienden,
Sobre las puntas de los pies alzados,
Á lo alto los brazos arrogantes;
Atrás retiran las enhiestas frentes,
Salvando del ataque las cabezas;
Y enlazando las manos con las manos,
El combate provocan valerosos.
—Dares de ágiles pies favorecido,
Y en juventud robusta confiado;
Membrudo y por su mole poderoso
El viejo Entelo, mas su aliento agita
Con débil fuerza sus ingentes miembros,
Y tiemblan sus rodillas vacilantes.
Cien golpes sin herir lanzan briosos,
Hieren cien golpes los costados huecos,
Y el hondo pecho resollar se siente;
Y en las orejas y en las sienes mismas
Hieren cien veces las veloces manos
Y al duro hierro las mejillas crujen.

De pie é inmóvil ponderoso Entelo

En el mismo lugar, los golpes burla
Con ágil cuerpo y vigilantes ojos;
Dares, cual quien opugna muro excelso
Ó gigante castillo con las armas,
Ya á la siniestra embiste, ya á la diestra,
Con arte el campo explora, y con asaltos
Incesantes y vanos acomete.

Yérguese Entelo y á los cielos alza
La diestra amenazando; pero Dares
Ve de lo alto descender el golpe,
Y ágil lo esquiva y rápido se salva.
Desfoga al aire sus ardientes bríos
El anciano, y al suelo se desploma
Su vasto cuerpo y ponderosa mole.
Como suele caer el hueco pino
De raíz arrancado, en la alta cumbre
Del Erimanto ó del soberbio Ida.

Álzanse los troyanos ardorosos
Y la trinacria juventud: al cielo
Sube el clamor, y generoso Acestes
Corre y levanta al desgraciado amigo;
Mas no acobarda la desgracia al héroe,
Y torna más ardiente á la pelea

Aumentando sus fuerzas el coraje;
Su ardor enciende la vergüenza misma
Y el notorio valor; y sin demora
Persigue á Dares por el circo todo
Con golpear continuo de ambas manos,
Sin descanso ni tregua: como saltan
Los granizos innúmeros que arroja
Deshecha tempestad, así los golpes
Lanza sobre él el héroe de Sicilia,
Y le acosa y le hiere sin reposo.

Mas no consiente compasivo Eneas
Con tanto encono prolongar las iras,
Ni que se cebe con crueldad Entelo;
Y fin pone á la lucha; y consolando
Al fatigado Dares, tal prorrumpe:
—«¿Qué locura, infeliz, así te embarga?
¿Las fuerzas enemigas no conoces,
Y los dioses adversos? Cede al hado.»—
Dijo, y la lucha con su voz dirime.
—Los fieles compañeros á las naves
Al desdichado con amor conducen;
Débiles sus rodillas temblorosas,
Acá y allá caída la cabeza,

Por la boca arrojando espesa sangre,
Y de sangre cubiertos boca y dientes.
—Reciben, por Eneas convocados,
La espada y yelmo; y para Entelo dejan
El becerro y la palma.

Y orgulloso
El vencedor y con la gloria ufano,
—«¡Oh hijo, exclama, de la diosa! ¡Oh teucros!
Los hechos conoced, y cuáles fuerzas
Gozó mi cuerpo en años juveniles,
Y de qué triste muerte habéis librado
Al infelice Dares.»—Así dijo;
Y enfrente del becerro se coloca,
Dón y anhelado premio del certamen,
De pie, y alzada la potente diestra
De los duros cestones guarnecida;
Y á plomo hiere con pesado golpe
En medio de las astas al becerro,
Que, roto el cráneo, vacilante cáe,
Y muerto cubre la tendida arena.
Entonces clama fervoroso Entelo:
—«¡Oh Érice inmortal! por la de Dares
Esta vida mejor á tí consagro,

Y el arte y armas vencedor te ofrezco.» —

Al punto invita Eneas al certamen,
Si algunos quieren, de las ráudas flechas,
Y los premios propone. Con su mano
Arbola de la nave de Seresto,
El alto mástil, y del tope atada
Suspende una paloma como blanco
De los dardos veloces. Llegan todos;
Y en un yelmo de bronce echadas suertes,
Con vítores y aplausos el primero
El nombre sale de Hipocón de Hirtaco;
Sigue Mnestéo, que la oliva ciñe
Cual triunfador en el naval certamen;
El tercero Euritió, tu hermano ilustre,
Oh Pándaro divino, que al mandato
De Minerva rompiste la alianza,
Lanzando el primer dardo á los aquivos;
Sale el último al fin del hondo yelmo
El noble Acestes, que en destreza y arte,
Con la florida juventud compite.

Arman y doblan los varones todos
Con grandes fuerzas los flexibles arcos,

Y sacan las saetas de la aljaba:
Y vuela por el cielo la primera,
Del estridente nervio despedida,
La del joven de Hirtaco; el aire corta
Y poderosa clávase en el mástil.
Tiembla el árbol, sacude horrorizada
Sus alas la paloma, y los aplausos
Por do quier y los vítores resuenan;
Diestro y hábil Mnestéo, el arco tiende,
Con la flecha y la vista asesta al blanco,
Mas no pudo infeliz herir al ave,
Sólo el lazo cortar de que pendía
Atada por un pié, y ella volando
Se elevó por los aires á los cielos.
Rápido observa á la fugaz paloma,
Que las veloces alas bate alegre,
Con arco y flecha Euritió'n armado;
Férvido invoca á Pándaro, y dispara
Y al ave hiere entre las negras nubes;
Cae al punto, clavada la saeta,
Y en los astros dejó la dulce vida.
Perdida la victoria, sólo Acestes
Restaba ya, que al aire disparando,
Á un tiempo demostró su ágil destreza,

Y de su arco el resonar vibrante.

De súbito preséntase á los ojos
Fatal prodigio, anunciador terrible
De futuras desgracias, por los hechos
Confirmadas después, y por los vates
En predicción tardía declaradas.
Que al volar por los aires la saeta
Inflámase trazando ardiente vía,
Y por las tenues auras se consume;
Cual los astros que giran por el cielo
Arrastrando encendida cabellera.

Atónitos los ánimos, levantan
Súplicas á los dioses de consuno
Sicilianos y teucros asombrados;
Ni el presagio rechaza el grande Eneas,
Mas abrazando á Acestes generoso
Ofrécele amplios dones, y así dice:
—«Acepta, oh padre augusto: el rey potente
Del alto Olimpo con prodigios tales
De honor excelso te declara digno:
Del mismo Anquises como dón acepta
Esta preciada copa cincelada,

Gran presente que el ínclito Ciséo,
Rey de Tracia, donara como prenda
Y sello de amistad al padre Anquises.»—
—Dice, y verde laurel ciñe á su frente,
Y sobre todos vencedor le aclama;
Y el bondadoso Euriti6n no envidia
El honor otorgado, aunque 6l tan solo
Hizo caer al ave desde el cielo;
Tiene en los premios el lugar segundo,
Pues la cuerda cort6 con firme dardo;
Y el 6ltimo lugar aquel obtiene
Que en el m6stil clav6 la aguda flecha.

Y terminado apenas el certamen,
Llama Eneas á Epítide, custodio
Y compa6ero del imberbe Julo,
Y así le dice, como á fiel amigo:
—«Vé sin demora á Ascanio, corre y dile,
Que si aprestado el escuadr6n brillante
Está de los mancebos, 6 instruídos
En la carrera los corceles bravos,
Al punto venga con su hueste ilustre
En honra de su abuelo, y que se ostente
Diestro y ágil en armas.»—Tal ordena,

Y manda despejar el ancho circo
Al pueblo que esparcido lo ocupaba,
Y queda por doquier patente el campo.

Y los jóvenes llegan esplendentes
En enfrenados rápidos bridones
Ante los ojos de sus mismos padres,
Y en vítores frenéticos prorrumpe
La juventud de Troya y de Sicilia:
Todos, según costumbre, los cabellos
Ceñidos con el yelmo coronado,
Y de agreste cerezo doble lanza
Con aceradas relucientes puntas;
El ligero carcaj al hombro algunos,
Y del cuello pendiente y ondulando
Suelta cadena de oro sobre el pecho.

Tres eran las escuadras, tres los jefes,
Y doce los ginetes generosos
En cada escuadra, al capitán iguales:
Una de tiernos jóvenes la manda,
Gozoso con el nombre de su abuelo,
El noble nieto del insigne Príamo,
Hijo tuyo, Polites, que del Lacio

Vino á aumentar á poco las ciudades;
Monta alazán brioso de la Tracia,
De albos pies, bicolor, que erguido ostenta
Blanco lucero en la gallarda frente;
Es Atis el segundo, ilustre joven,
De quien la raza de los Acios nace,
Del dulce Julo predilecto amigo;
Y es el postrero Ascanio, por su forma
Sobre todos sin par, gentil y bello,
En sidonio caballo generoso,
Don y recuerdo del amor de Dido;
Y la restante juventud montaba
Trinacrios potros del anciano Acestes.

Con vítores reciben los troyanos
Á los mancebos, ávidos de gloria,
Y en ellos con agrado reconocen
Los rostros de sus padres. Cuando alegres
Yá en sus corceles bravos recorrieron,
Y examinaron el concurso todo,
Con una voz y el látigo tronando,
Da la señal Epítide á lo lejos.
Ellos de tres en tres marchan iguales;
Los jefes luego el escuadrón dividen

En grupos separados, y al chasquido
De segunda señal, de nuevo parten:
Cruzan el campo en dirección contraria,
Y en combate las flechas dispararon.
Y nueva marcha emprenden, nuevos giros,
Y evoluciones nuevas circulares
Corriendo en torno, y con ardor celebran
De batalla campal gran simulacro.
Ya con ardid la retirada imitan,
Ya blandiendo las lanzas acometen,
Ya, pactada la paz, siguen acordes:
—Como aquel laberinto en la alta Creta
Tegido de mil calles tortuosas
Entre obscuras paredes, que formaban
Camino incierto y engañosa vía,
Con error al salir inexplicable;
Así en sus giros complicados marchan
Los troyanos mancebos, imitando
Ora la retirada ó el ataque;
Cual cortan los delfines la llanura
Del líquido Carpato con sus juegos,
Ó del Líbico mar las ondas hienden.

Tal uso de carreras y batallas

Estableció el primero el noble Ascanio
Cuando á Albalonga circundó con muros,
Y enseñó su ejercicio á los latinos;
Y así también como el ilustre joven,
Y cual la egregia juventud troyana,
Enseñaron sus hijos los albanos;
Y tal lo recibió la excelsa Roma
Por patrio honor, llamando todavía
Troya, y troyana hueste á los mancebos;
Y aún hoy celebra tan solemnes fiestas
En honra de su padre consagradas.

Mas cambia de repente la fortuna
Y con ella la fe. Mientras rendían
Ante el sepulcro con sagrados juegos
Los debidos honores, Juno infausta,
Aun no saciado su rencor antiguo,
Del cielo á Iris á la armada envía;
Los vientos mueve en su favor, su encono
Malévola en su pecho revolviendo.
—Rauda volando la celeste virgen
Por el arco brillante en mil colores
Invisible desciende.—Ve el concurso
De teucros y trinacrios numeroso,

La ribera examina, y ve desiertas
Las playas, y la flota abandonada.
En lejano paraje solitario
Lamentaban la pérdida de Anquises
Las troyanas matronas, y tendiendo
La vista hacia los mares, y llorando
Así clamaban con acento acorde:
—«¡Cuántas ondas ¡ay miseras! y cuántos
Inmensos mares que surcar nos restan!»—
Al cielo piden la ciudad ansiada,
Tedio les causa el navegar penoso.

Diestra en dañar entre ellas se desliza
Iris falace; el hábito divino
Y la faz deponiendo, astuta finge
El rostro y continente de Beróe,
Del ismario Doriclo anciana esposa,
De noble sangre, y nombre y descendencia:
Y á las matronas de Ilión unida,
—«¡Oh infelices, exclama, las que al hierro
De las aquivas huestes no lograron
Morir bajo los muros de su patria!
¡Oh mísera nación! ¿á qué ruína
Te guarda la fortuna? Siete estíos

Corridos van desde el troyano incendio,
Y por diversos mares y confines,
Por varios climas y ásperas regiones,
Á merced de los astros y las aguas,
Por el extenso piélago vagamos,
Tras esa Italia, que huye de nosotras.

»De Érice aquí las costas fraternales
Y el generoso Acestes. ¿Quién impide
Los muros cimentar en estas playas,
Y dar ciudad al fin á los errantes?
¡Oh patria y oh penates, libertados
Vanamente del pérfido enemigo!
¿No ha de haber ya murallas en el orbe
Con el nombre de Troya? ¿En parte alguna
Verán mis ojos los hectóreos ríos
Símois y Janto?—¡Ah! Venid veloces,
Quemad conmigo las infaustas naves.
Yo ví en sueños la imagen de Casandra;
Ella me dió las encendidas teas,
Y—«Aquí buscad á Troya, aquí, me dijo,
Tenéis vuestra ciudad.»—Urge el momento,
Propicia es la ocasión, no más queramos
Esperar los augurios. Cuatro altares

Ved á Neptuno alzados: el dios mismo
Nos dá valor y abrasadoras teas.»—
—Tal diciendo, de súbito arrebatada
El fuego destructor; álzalo ardiente
En su elevada diestra, y á las naves
Con ímpetu lo arroja.—Asombro y pasmo
Invade el corazón de las troyanas.

La anciana Pirgo entonces, de los hijos
Numerosos de Príamo nodriza,
—«¡Oh matronas, les dice, no es Beróe,
No es de Doriclo la retéa esposa;
Ved de esplendor divino las señales
En sus ojos ardientes y en su rostro,
Notad su voz, sus pasos y su aliento.
Yo misma al separarme dejé enferma
Á Beróe, llorosa lamentando
Verse privada del sagrado rito,
Sin ofrecer á Anquises los honores.»—
—Dice: y á los bajeles las matronas,
Atónitas, dudosas y confusas,
Tienden la vista con malignos ojos,
Entre el amor de la región presente
Y del futuro reino vacilando.

La diosa entonces hacia el almo cielo
Las alas bate, y en las altas nubes
Traza en su vuelo el arco esplendoroso.
Turbadas con asombro ante el prodigio,
Y de furor rabiando las matronas,
En clamores prorrumpen, y arrebatan
El venerando fuego; los altares
Otras despojan con dolor y encono,
Las frondas y las hachas arrojando;
Y dando rienda á las voraces llamas
Vulcano destructor, quema furioso
Los remos y los bancos, y destruye
De duro abeto las pintadas popas.

Al sepulcro de Anquises y al teatro
Lleva Eumelo veloz la triste nueva
Del pavoroso incendio de las naves;
Y todos ven alzarse hacia las nubes
Negra columna de humo y de pavesas.
Corre Ascanio el primero, que gozoso
Las ecuestres carreras dirigía,
Y en su bridón soberbio galopando,
Sin que puedan los jefes contenerle,
Á las confusas gentes se encamina;

Y—«¿Qué furor es este, ciudadanas?
¿Qué pretendéis, oh míseras, prorrumpe?
No al griego destruís; no el enemigo
Campamento, quemais vuestra esperanza;
Yo vuestro Ascanio soy.»—Dice y arroja
Ante sus pies el yelmo que cubría
En los bélicos juegos su cabeza;
Corre á la vez Eneas presuroso,
Y en multitud inmensa los troyanos.

Ellas por el temor despavoridas
Dispersas huyen por la extensa costa,
Selvas buscando ó cóncavas montañas,
Donde ocultarse, con terror profundo;
Sus hechos y sus vidas aborrecen,
Conocen á los suyos, y del pecho
Á Juno arrojan.—Pero no deponen
Sus indómitos ímpetus las llamas
Ni el incendio voraz; y despidiendo
Humo denso la estopa, á arder comienza
Entre la dura tablazón mojada,
Y levántase el fuego poderoso,
Y por todo el bajel fiero discurre;
Los heróicos esfuerzos nada valen,

Ni las aguas lanzadas á torrentes.

Quita Eneas la veste de los hombros,
Tiende al cielo las palmas, y el auxilio
De los benignos dioses implorando,
—«¡Oh Júpiter, exclama, omnipotente!
Si no aborreces á los teucros todos,
Si tu antigua piedad clemente mira
Las humanas desgracias, danos, padre,
Salvar la flota del terrible incendio,
Y á estos pocos troyanos de la muerte.
Si lo merezco yo (que esto me resta)
Arrójeme á morir tu ardiente rayo,
Y esta mi vida con tu diestra extingue.»—
—Apenas dijo, y de repente ruge
Insólita tormenta, en densa lluvia;
Los montes y los campos extremece
De ruda tempestad el ronco trueno,
Y las aguas los cielos á raudales
Y los austros negrísimos arrojan
Las popas inundando, y humedecen
La dura tablazón medio abrasada,
Hasta extinguir el devorante fuego,
Y salvar del estrago los bajeles,

Perdidas cuatro de las tristes naves.

Turbado el padre Eneas y confuso
Ante el fatal suceso, revolvía
En su indeciso pecho sus cuidados,
Y dudaba en su mente vacilante
Si morar en los campos de Sicilia,
Olvidando del hado los decretos,
Ó de Italia buscar las nobles costas.
—Álzase entonces el anciano Nautes,
Por la tritonia Palas protegido
Y en sus artes divinas enseñado,
Sobre todos insigne prediciendo
Ya de los dioses la funesta ira,
Ó de los hados el designio y orden.
Ansiando consolar al padre Eneas,
Así le dice:—«¡Oh hijo de la diosa!
Sigamos del destino los decretos;
Cualquier que sea nuestra aciaga suerte,
Hay que vencer con ánimo tranquilo:
Aquí el troyano Acestes engendrado
De sangre de los dioses; sus consejos
Pide y abraza á su querer propicio:
Entrega á su cuidado los varones

Que sobran yá de las perdidas naves,
Á los que causan tus empresas tedio
Y tus rudos trabajos é infortunios,
Los débiles ancianos, las matronas
Del mar cansadas, cuanto inútil llevas
Y del rudo peligro temeroso.
Ellos en estas costas edifiquen,
Si quiere Acestes, la ciudad ansiada,
Y le llamen Acesta de su nombre.»—
Á estas palabras del anciano amigo
Ánimo cobra Eneas, revolviendo
Tantos cuidados en su mente inquieta.

Yá en su negra carroza el cielo ocupa
La triste noche; y súbito aparece
Descendiendo la faz del padre Anquises,
Y—«¡Oh hijo, le decía, más amado
Para mí que la luz de la existencia,
Cuando gozaba yo la dulce vida,
Y á quien los hados de Ilión persiguen!
Por mandato de Júpiter potente,
Que tu flota salvó de los incendios,
Vengo hora á tí. Desde su excelso trono
De tus males al fin compadecióse:

Del venerable Nautes obedece
Los prudentes consejos. Lleva á Italia
Fuerteres varones, juventud selecta;
Que habrás de combatir allá en el Lacio
Con raza tosca de costumbres rudas.

»Mas de Plutón descenderás primero
Al palacio infernal. Por los profundos
Avernos busca, oh hijo, mis mansiones,
Que yo en el ímpio Tártaro no habito,
Ni me ocultan allí las tristes sombras;
Mas moro alegre en los Elíseos Campos
En amable consorcio con los buenos.
Allí te llevará la alma Sibila,
Si cien víctimas negras inmolares,
Y aprenderás tu larga descendencia,
Y las ciudades de tu nuevo reino.
Adios, que yá la noche ha recorrido
La mitad de su curso, y del Oriente
Me acosan los caballos anhelantes.»—
Dice, y cual humo entre las auras huye.
—«¿Adónde, oh padre, vas, adónde marchas?
¿De quién huyes, oh padre, clama Eneas,
Ó quién te roba á mis amantes brazos?»—

Tal dice, y removiendo las cenizas,
El fuego adormecido aviva al punto;
Á los penates de Ilión venera
Y de Vesta el oculto santuario,
Y sacrificio fervoroso rinde
Con pan sagrado y con piadoso incienso;
Convoca á todos, y el primero á Acestes,
De Jove los mandatos les declara,
Y de su padre Anquises los preceptos,
Y cuál resolución su mente abriga;
Nadie su firme voluntad rehusa,
Y acepta el claro Acestes los mandatos.
Á la ciudad destinan las matronas,
La plebe voluntaria y los varones
Á quien de gloria la ambición no enciende;
Las tablas y los bancos de las naves
Destrozados del fuego se renuevan,
Y los remos aprestan y las jarcias:
Pocos son los varones escogidos,
Mas ardientes y bravos en la guerra.

Traza el troyano rey con el arado
La futura ciudad, reparte en suertes
Para nuevas moradas los solares,

Y—«Aquí Ilión, les dice, aquí está Troya.»—
Gozoso Acestes con el nuevo reino,
El foro crea, y convocando entonces
Á los ancianos, les ordena leyes:
Y en la cumbre del Erix gigantéo,
Que á las estrellas con su cima toca,
Á Venus Cipria con piedad erige
Augusto templo, y sacerdote asigna
Al sepulcro de Anquises, y consagra
Bosque sagrado á su memoria y culto.

El pueblo todo espléndidos banquetes
Por nueve días celebró, y piadoso
Solemnes sacrificios; y los vientos
Con blando soplo la llanura inmensa
Calman del mar, y el Austro susurrante
Á navegar al punto nos invita.
Álzase en tanto por la corva playa
Luctuoso clamor, y los abrazos
De amarga despedida se repiten:
Y las mismas matronas y varones,
Á quienes antes la aspereza ruda
Del indomable ponto horrorizaba,
Marchar quisieran y sufrir gustosos

De la obligada fuga los trabajos:
Con sus palabras el piadoso Eneas
Consuela su aflicción, y al teucro Acestes
Encomienda con lágrimas los socios.

Manda inmolar á Érice en las aras
Tres becerros, y negra corderilla
Á las fieras tormentas; y los cables
Por orden desatar; y coronada
Su noble frente de cortada oliva,
De pié y erguido en la lejana prora,
Y en su diestra la copa levantando,
Lanza al mar las entrañas de las víctimas,
Derramando á la vez el claro vino.
Álzase viento próspero de popa
Que impulsa fácil á los tristes nautas,
Baten el vasto piélago á porfía,
Y su llanura inmensa raudos hienden.

Por tales cuitas trabajada Venus
Habla á Neptuno, y las amargas quejas
Exhala así de su agitado pecho.
—«De Juno vengativa el ciego encono
É insaciable rencor, oh gran Neptuno,

Oblíganme á pedirte suplicante.
Ni el largo tiempo, ni piedad alguna
Mitigan su furor, ni la quebrantan
El imperio de Jove ni los hados;
No sacia su fiereza haber deshecho
Con odio impío la ciudad potente,
Que en medio de la Frigia dominaba,
Y aun arrastrar sus míseras reliquias
Por toda clase de crüel tormento.
Persigue aún de la extinguida Troya
Los huesos y cenizas. Ella sólo,
Ella sabrá de su rencor la causa.

Testigo tú de la borrasca horrible,
Que de súbito há poco, en ira ardiendo,
En las líbicas ondas levantara;
Juntó cielos y mares, confiando
Inútilmente en los furiosos vientos
Del dios Eólo, y aun tu reino mismo
Osada perturbó.—¡Maldad nefanda!
Ella agitando á las matronas teucas
Las naves incendió con torpe dolo,
Y yá perdida de la escuadra parte,
Á quedar obligóles, inclemente,

En extraña región abandonadas.
Este favor te pido: que sus velas
Vuelen seguras por las quietas ondas;
Y si en justicia ruego, si las Parcas
La ciudad ofrecida les conceden,
Haz que arriben al Tíber laurentino.»—

Habla entonces el hijo de Saturno,
Dominator de los profundos mares,
Y así responde:—«Hermosa Citeréa,
Todo esperarlo debes en mis reinos,
De donde tienes tu encantado origen:
Y así yo lo merezco. Muchas veces
Reprimí los furores y la rabia
Del cielo y de las olas, y en la tierra
Testigos son el Símois y el Janto.
Constante velo por tu amado Eneas:
Cuando acosaba el furibundo Aquiles
Hasta los muros las troyanas huestes,
Á millares los hombres sucumbiendo,
Y llenos de cadáveres los ríos
Su tardo curso al superar gemían,
Ni al mar lograba su corriente undosa
El Janto dirigir... yo de la furia

Del hijo de Peléo en hueca nube
Salvé á tu Eneas, que ni el hado mismo,
Ni inferiores sus fuerzas protegían;
Aunque arrancar mi corazón quisiera
De su hondo asiento los excelsos muros
De Troya la perjura, que en mal hora
Yo con mis propias manos fabricara.
—Depón yá tu temor; vive en mi pecho
La misma voluntad á tí propicia:
Seguro arribará, cual lo deseas,
Al puerto del Averno. Uno tan sólo
Perecerá en el Ponto sumergido:
Uno por muchos perderá la vida.»—

Luego que el padre mitigó las penas
Y alegró el corazón de la alma Venus,
Á su carroza los caballos unce
Sujetos con los frenos espumosos,
Y los deja partir, sueltas las riendas:
Por la llanura inmensa de los mares
Rápido vuela en su cerúleo carro;
Humíllanse al pasar las fieras ondas,
Y tiende el ponto sus revueltas aguas
Debajo de las ruedas resonantes,

Y huye la tempestad por todo el éter.
—Surgen acompañando al dios Neptuno
Grandes cetáceos, y el antiguo coro
De Gláuco, y Palemón y los Tritones
Rápidos y el ejército de Forco.
Van á su izquierda Tetis y Melite,
La virgen Panopéa, Nesce, Espío,
Y la bella Talía y Cimodoce.

En la mente de Eneas indecisa
Bullen goces y plácida esperanza;
Manda arbolar los mástiles al punto,
Y desdoblar ligeros el velamen;
Todos á un tiempo la labor emprenden,
Á un lado y otro con igual esfuerzo
Los senos de las velas desplegando;
Y todos atan, retorciendo á una,
Los cabos en redor de las entenas.
Impulsa el viento próspero la armada,
Marcha delante el rumbo dirigiendo
De la flota el ilustre Palinuro,
Y obedientes tras él siguen los jefes.
—Del cielo casi la mitad tocaba
La negra noche en su húmeda carrera,

Y al pié del remo, al plácido reposo,
Sobre los duros bancos desparcidos,
Sus miembros dan los fatigados nautas.

Rápido entonces se desliza el Sueño
De los etéreos astros, y remueve
El aire tenebroso, y las espesas
Sombras cortando, oh triste Palinuro,
Llega, inocente, á tí con mil visiones.
Siéntase el dios en la elevada popa,
Y á Forbas simulando, así le dice:
—«Hijo de Jasio, Palinuro ilustre,
Mira cuál llevan las tranquilas aguas
La flota por el mar; el aura espira
Con blando soplo; es hora de descanso;
Reclina la cabeza sin temores,
Y hurta al trabajo los cansados ojos;
Yo mientras velaré por algún tiempo,
Y cumpliré gustoso tus oficios.»—
Abre apenas los ojos Palinuro,
Y así responde:—«¿Por ventura piensas
Que ignoro yo del ponto sosegado
La faz y quietas ondas, ó pretendes
Que confíe en el monstruo formidable?

¿Cómo habré de entregar al pío Eneas
Á los austros falaces, tantas veces
Por los tranquilos cielos engañado?»—

Tal decía, y asido al gobernalle
No lo abandona un punto, en las estrellas
Fija su vista: Mas el dios sus sienes
Con una rama de beleño toca
En las aguas letéas empapada,
Con virtud soporosa de la Estigia,
Y cierra al fin sus vacilantes ojos;
Y apenas, al reposo inesperado,
Sus adormidos miembros languidecen,
Con ímpetu veloz sobre él se lanza,
Y con timón y parte de la popa
Le arroja al mar, llamando con clamores
Á los socios el mísero en su angustia;
Y vuela el dios entre las tenues auras.

Sigue la flota próspero su curso
Por el rey de los mares protegida;
Y yá tocaba las infames rocas
De las Sirenas, bárbaros escollos,
De náufragos sepulcro en otro tiempo

Por innúmeros huesos albeantes,
Y entre las roncadas peñas resonaba
El incesante flujo de las ondas.
Y observa entonces el piadoso Eneas
Que marchaba la nave sin piloto;
Y en las sombras nocturnas la dirige
En medio de las aguas tenebrosas;
Por la acerba desgracia del amigo
Herida el alma, y sin cesar gimiendo.
—«¡Oh infeliz Palinuro, que, fiando
Del limpio cielo y de la mar tranquila,
Yacerás insepulto en playa ignota.»—



LIBRO SEXTO



LIBRO SEXTO

A sí entre acerbos lágrimas decía:

Y riendas da á la escuadra, y navegando

Arriba al fin, en la región Eubéa,

De Cumas á las costas; al mar tuercen

Las proras, que las anclas afianzan

Con su diente tenaz; las anchas popas

Cubren la extensa orilla, y salta al cabo

La ardiente juventud en tierra hesperia:

El duro pedernal hieren los unos,

Que del fuego los gérmenes entraña,

Cortan los otros las trabadas selvas,

De las fieras guarida, y á los socios

Muestran los claros ríos descubiertos.

Entonce el pío Eneas se dirige
Al alto alcázar do preside Apolo,
Y á la vasta caverna tenebrosa
Reservada mansión de la Sibila,
Á quien el dios espíritu potente
Y mente excelsa bondadoso otorga,
Y revela á su arbitrio lo futuro;
De Diana penetran en los bosques
Y en los dorados techos.—Cual es fama,
Dédalo huyendo el reino sanguinario
Y la furia de Minos, á los aires
Con temerario vuelo confiése,
Cruzando por insólito camino
Á la región helada de las Osas,
Y al fin parando en el Cuméo alcázar;

Allí te consagró, divino Apolo,
Sus alas voladoras y amplio templo,
Y en sus puertas grabó la triste muerte
De Andrógeo infortunado, y el terrible
Castigo á los Cecrópidas impuesto
De dar en expiación ¡desdicha horrenda!
Siete inocentes hijos cada un año,
Y allí la urna de la suerte infame.

—Hállase enfrente la región de Creta
En medio de los mares elevada;
Allí el crüel amor al fiero toro
De la infiel Pasifáe, y el biforme
Engendro horrible, el torpe Minotauro,
De liviandad nefanda monumento;
Y el error y trabajo inexplicable
Del árduo é intricado laberinto;
Mas del amor inmenso de la reina
Compadecido Dédalo, sus pasos
Dirige fiel con hilo misterioso,
Los ocultos secretos descubriendo.
—Y tú tambien en obra tan preciada,
Oh Ícaro infeliz, tuvieras parte,
Si el intenso dolor lo permitiera:
Dos veces procuró grabar en oro
El acerbo infortunio, mas dos veces
Desfallecieron las paternas manos.

Yá atentos con la vista examinaban
Las obras todas, cuando llega Acates,
Enviado primero á la Sibila,
Con la bella Deifóbe, hija de Gláuco,
Sacerdotisa de Diana y Febo,

Que al rey tales palabras le dirige:
—«De contemplar artísticas escenas
No es ocasión; de tu rebaño intacto
Siete becerros inmolar importa,
Y otras tantas ovejas escogidas.»—
Tal dice; y sin demora los troyanos,
Para cumplir las órdenes sagradas,
Marchan al alto templo presurosos,
Guiados por la fiel sacerdotisa.

Hay en la roca Eubéa un antro hendido
Con cien anchas entradas y cien puertas,
Por donde salen resonantes voces,
Respuestas cien que dicta la Sibila.
Apenas el umbral sagrado tocan
Cuando la virgen—«De invocar los hados
Es este, dice, el singular momento:
Aquí está el dios, el dios está presente.»—
Tal diciendo del atrio ante las puertas,
De súbito inmutóse su semblante,
Cambió el color su rostro, y desgrefñada
Apareció su hermosa cabellera;
Su corazón agítase anheloso,
Y el divino furor hinche su pecho,

Y mayor á los ojos se presenta;
Ni humana es yá su voz, desde el instante
En que del dios el numen más cercano
La llena con su espíritu, y la inspira.
—«¿Tardas, troyano Eneas, en tus ruegos?
¿Tardas, le dice, en ofrecer tus votos?
Antes no se abrirán que tú lo implores
De la mansión terrífica las puertas.»—

Dijo, y silencio guarda: miedo helado
Corrió en los socios por los duros huesos,
Y de sus labios tan sentidas preces
El rey exhala:—«¡Oh Febo poderoso!
¡Tú que de Troya los trabajos miras
Con ojos de piedad; tú que las flechas
Dárdanas y las manos dirigiste
De París contra Aquiles inhumano!
Yo con tu auxilio los inmensos mares
Crucé ceñidos por extensas tierras,
Y la región masilia separada,
Y los campos vecinos de las Sirtes,
Y hemos tocado al fin las fugitivas
Costas de Italia. El infortunio aciago
De Troya deje yá de perseguirnos.

Y vosotros también, dioses y diosas
Contrarios á Ilión y á su grandeza,
Dejad de atormentar al pueblo teucro.

»¡Y tú, Sibila santa, profetisa
Que sabes y revelas lo futuro!
No pido un reino que indebido sea;
Haz que los teucros, los errantes dioses,
Los númenes de Troya perseguidos,
Haz que en el Lacio al fin hallen asiento.
Yo dos templos de mármoles preciosos
Dedicaré á Apolo y á Diana,
Y de Febo en honor solemnes días;
Y á tí también secreto santuario
En mi reino alzaré, do se conserven
Las suertes y las altas predicciones
Por tí para mi raza reveladas,
Escogidos varones consagrandos.
Te ruego sólo que á las leves hojas
No entregues tus oráculos divinos,
No arrebatados por los aires vuelen,
Ludibrio de los vientos; más tú sola,
Tú con tus labios mismos profetiza.» —
Tal dice, y enmudece; y furibunda

Tocada apenas del poder de Apolo,
Agítase y revuélvese gigante
Por la inmensa caverna la Sibila,
Por si puede arrojar al dios del pecho.
Mas el numen acósala potente,
Y su voz y su alma domeñando,
Al oráculo excelso la dispone.
Y ábrense de repente las cien puertas
Del grande templo sin esfuerzo alguno,
Y lanzan de la augusta profetisa
Al aire los sagrados vaticinios.

—«¡Oh varón que del piélago espantoso
Los pérfidos peligros soportaste;
Espérante mayores en la tierra.
De Lavino á los reinos los troyanos
Al fin arribarán: tamaña cuita
De tu pecho depón; querrán en breve
No haber tocado las lavinas costas.
Guerras, hórridas guerras estoy viendo,
Y el raudo Tíber espumoso en sangre.
Ni te habrán de faltar Símois y Janto,
Ni campamento dorio; el Lacio mismo
Nuevo Aquiles feroz ya te prepara,

Cual el otro también hijo de diosa;
Ni faltará otra Juno vengativa
Á los míseros teucros. En tu angustia,
¿Á quién no invocarás tú suplicante?
¿Á qué ciudad de Italia, á qué regiones
No pedirás auxilio en tu desgracia?
Será otra vez de tan inmensos males
Nueva causa la esposa que te hospede,
Y las funestas nupcias extranjeras.
Que jamás te quebrante el infortunio;
Mas arróstralo audaz con más arrojo
Que tu adversa fortuna te permite.
De una aquiva ciudad, que tú no sueñas,
De salvación te se abrirá el camino.»—

Así sus vaticinios anunciaba
Con ambiguas palabras misteriosas,
En su templo, de Cumas la Sibila,
Y de miedo y horror llena los pechos;
Brama en el antro, y la verdad futura
Vela entre sombras. El divino Apolo
En su furia la rige y la refrena,
Ó yá de nuevo su interior agita.
Luego que cesa en su furor y callan

Sus inspirados labios, habla Eneas,
Y así prorrumpe:—«¡Oh virgen profetisa!
No surgen para mí nuevos trabajos,
Ni nueva faz de inopinada angustia;
Todo lo presentí, todo anhelante
Lo concibiera ya mi propia mente.
Una gracia te pido: pues que existe
La puerta aquí del rey del hondo averno,
Y el lago tenebroso que alimentan
Las rebasadas aguas de Aqueronte,
Ante la faz concédeme que vaya
Y á la presencia de mi augusto Padre:
Enséñame el camino, y á mis pasos
Abre benigna las sagradas puertas.

»Yo entre las llamas y entre dardos miles
Sobre estos hombros le salvé, y piadoso
De en medio le arranqué del enemigo.
Él fué de mis caminos compañero;
Connigo soportó del fiero ponto
Y del cielo las rudas tempestades
Enfermo y débil, mas con nobles bríos
Á su edad y á sus fuerzas superiores:
Él mismo me ordenó que suplicante

Á tí llegara, y tu favor pidiese.

Ten compasión, oh virgen, te lo ruego,

Del hijo y padre, pues lo puedes todo;

Que no te diera Proserpina en vano

Presidir en los bosques infernales.

—Si pudo Orfeo recobrar su esposa,

De la traciana cítara fiado

En las sonoras cuerdas; si muriendo

Salvó á su hermano con su vida Polux,

Y este camino sin cesar recorre...

¿Y á qué he de recordar al gran Teséo?

¿Y á qué al divino Alcides? Mi linaje

Del altísimo Júpiter desciende.»—

Tal suplicaba del altar asido,

Y así comienza á hablar la Profetisa.

—«Troyano ilustre, ilustre hijo de Anquises,

De sangre de los dioses engendrado:

Fácil es descender al hondo averno;

Días y noches de Plutón la puerta

Abierta está; más el regreso es árduo;

Árdua labor y empresa peligrosa

Salir triunfante á las vitales auras;

Pocos, aun hijos de los altos dioses,

Tal privilegio disfrutar lograron,
Ó por amor de Jove poderoso,
Ó al cielo alzados por virtud ardiente.
Cubren el centro tenebrosas selvas,
Y con sus negras aguas el Cocito
Le cerca en derredor. Mas si es tan grande
Tu férvido querer y vivo anhelo
De ver el negro Tártaro dos veces,
Y dos veces pasar el lago Estigio,
Y te place arrostrar tan loca empresa,
Oye cuál debes proceder primero.

»Oculto existe en la frondosa copa
De un árbol colosal un ramo de oro
De suaves hojas y flexible tallo,
Consagrado á la Juno del infierno.
Todo el bosque lo encubre, y las oscuras
Selvas lo esconden en su seno umbroso;
Y nadie al Orco descender alcanza,
Si antes del árbol arrancar no logra
El bello ramo de las hojas de oro:
Llevar tal prenda, cual presente suyo,
Ordenara la hermosa Proserpina;
El primero cortado, al punto brota

Un tallo nuevo del metal precioso;
Marcha, pues, y con ojos vigilantes
Busca y arranca la preciada joya.
Ella á tu afán se ofrecerá propicia,
Si es que te llaman los piadosos hados.
Si así no fuere, ni con fuerza alguna
Vencer, ni con los golpes del acero
Podrás cortarlo de su firme tronco.

»Mientras consejos en mi templo pides,
¡Ah! tú lo ignoras; insepulto yace
El exánime cuerpo de un amigo,
Y la escuadra el cadáver inficiona:
Condúcele ante todo á su morada,
Y dále generosa sepultura;
Y dos negras ovejas le dedica
Por primer sacrificio expiatorio.
Así visitarás el bosque Estigio,
Y al fin los reinos al mortal vedados.»—

Dijo, y selló sus labios la Sibila.
Entonce Eneas con semblante triste,
Y clavados los ojos en la tierra,
Marcha dejando el antro formidable,

Y revuelve consigo allá en su mente
Los futuros sucesos ignorados.
Con él va Acates, su leal amigo,
Y sigue sus pisadas, con las mismas
Cuitas llenando el agitado pecho,
Y en pláticas diversas conversando
Quién fuera el socio, cuyo cuerpo inerte
Inhumar ordenara la Sibila.

Mas al llegar, observan en la playa
Del gran Miseno el mísero cadáver,
Víctima triste de nefanda muerte;
Misenos, hijo de Eolo, el más insigne
En llamar á la guerra á los varones,
Con su clarín el ánimo encendiendo:
De Héctor divino compañero ilustre,
Á su lado el primero en los combates
Por su trompa y su lanza. Cuando á Héctor
Aquiles arrancó la dulce vida
Quedando vencedor, al teucro Eneas
Unióse fiel el héroe valeroso,
Y no á inferior oficio destinado.
Mas cuando altivo resonar hacía
Con su hueco clarín los roncós mares,

Y á certamen retaba en su locura
Con su trompeta á los marinos dioses,
Envidioso Tritón, si ha de creerse,
Le ahogó indignado con las fieras ondas,
Al varón en las peñas estrellando.

Todos en torno con furor clamaban,
Y más que todos el piadoso Eneas:
Y con acerbo llanto, presurosos
De la Sibila los mandatos cumplen,
En derredor el ara del sepulcro
Con frondoso ramage circundando,
Para elevar el túmulo hasta el cielo.
Á una vetusta selva se dirigen,
Intrincada guarida de las fieras;
Cortan los pinos, y del hacha al golpe
Gime la añosa encina; el roble duro
Con cuñas hienden y el robusto fresno;
Los grandes olmos por los montes ruedan.
—Eneas el primero en tales obras
Á los socios anima, y con anhelo
Igual á todos al trabajo acude.
Mil ideas revuelve allá en su mente
Triste mirando la profunda selva,

Y tal exclama en tono suplicante.
—«¡Oh si aquel ramo de oro se mostrara
En el árbol en medio de este bosque,
Puesto que todo al fin asaz fué cierto
Cuanto de tí, Miseno, habló la diosa!»—

Apenas dijo Eneas, y veloces
Descienden dos palomas de la altura
Ante sus ojos, y en el verde suelo
Posan sus plantas. Reconoce el héroe
En las palomas las maternas aves,
Y así gozoso ruega.—«Sedme guías,
Y si hay algún camino que conduzca
Á donde el ramo de oro con su sombra
Cubre la fértil tierra, allá mis pasos
Por este bosque dirigid propicias;
Y tú, Madre sagrada, en tales dudas
No me abandones.»—Dice y se detiene;
Y observa los augurios de su vuelo,
Y hacia donde en su rumbo se dirigen,
Y ellas, picando á veces en la hierba,
Hasta el extremo en su volar avanzan,
Á do llega siguiéndolas la vista;
Mas al tocar del pavoroso Averno

Las fétidas gargantas, raudas parten,
Y por el aire tenue se deslizan,
Y en el árbol ansiado al fin se posan;
Y del oro el fulgor sobre los ramos
De color desigual, brilla luciente.
—Cual suele en el invierno en la alta selva,
Los árboles vestir el tierno visco,
Cuando con nueva fronda reverdece,
Resplandeciendo sus dorados tallos,
Que abrazan en redor troncos agenos,
Tal era el brillo y esplendor del oro
Sobre la opaca encina, y tal las hojas
Sonaban por los vientos agitadas.
—Con avidez y poderoso impulso
Arrancando la rama presuroso,
Llévala Eneas de la diosa al templo.

Entretanto los teucros en la playa
Lloraban á Miseno, consagrandó
Á sus restos las últimas exequias:
Alzan de teas y cortado roble
Ingente pira; con obscura fronda
Cubren los lados; en redor la ciñen
Con fúnebres cipreses, y en la cima

Sus refulgentes armas por corona.
—Allegan unos con el agua hirviente
De bronce las calderas humeantes,
Y lavan y ungen el helado cuerpo.
Llóranle todos; en el lecho alzado
El llorado cadáver se coloca,
Y sobre él de púrpura preciada
Las conocidas y preciosas vestes;
Llevan otros el féretro en los hombros,
Dolorosa misión; y según rito
Por vetusta costumbre de los padres,
Vuelos los rostros, á la ingente pira
El fuego aplican de encendidas teas;
Y arden á un tiempo los preciados dones,
El incienso y manjares, y el aceite
De las sagradas copas derramado.

Cuando todo en cenizas convertido
Cesó el incendio, las reliquias lavan
Con vino y las pavesas consumidas,
Y los huesos recoge Corinéo,
Y en la urna de bronce los encierra;
Tres veces roció con agua pura,
Mojando un ramo de frondosa oliva,

Á los socios, y así purificados,
Dijo llorando las finales preces.
Grandiosa sepultura el noble Eneas
Manda erigir, y colocar sus armas,
El remo y la trompeta, en la alta cumbre
De un gigantesco monte, que Miseno
De su nombre se llama, y por los siglos
Eternamente llevará este nombre.
—De la casta Sibila el rey troyano
Vuela á cumplir al punto los preceptos.

Hay en aquel confin honda caverna,
Sima espantable con inmensa boca,
De negro lago en torno circuída
Y tenebrosa selva: no las aves
Sobre ella pueden revolar impunes:
Tal fétido vapor de su hondo seno
Exhala, y sube hasta los cielos mismos;
Averno por los griegos nominada.
—Cuatro negros novillos lleva Eneas,
Y con solemne rito la Sibila
Vino derrama en sus gallardas frentes;
Y las más largas crines arrancando
De entre las astas, al sagrado fuego

Como primer ofrenda las arroja,
Á Hécate invocando, diosa excelsa
En el cielo y el Tártaro potente.

Unos con los cuchillos sacrifican
Las reses, mientras otros en las copas
Avidos cogen la caliente sangre;
Y de negro vellón una cordera
El mismo Eneas con su espada inmola
En honra de la madre de las furias
Y de su grande hermana, al par que ofrece
Á tí una vaca estéril, Proserpina.
Erige luego las nocturnas aras
Al rey del lago Estigio, y en el fuego
Las entrañas coloca de los toros,
Óleo pingüe sobre ellas derramando.

Y he aquí que al rayar en el Oriente
Del nuevo sol el esplendor primero,
Debajo de sus pies ruge la tierra,
Conmuévense las selvas y collados,
É imponentes resuenan los ladridos
De los furiosos canes en las sombras,
De la diosa anunciando la venida.

—«Lejos, profanos, lejos, clama á voces
La inspirada Sibila: huid al punto,
Y desierto dejad el bosque sacro.
Y tú con pecho denodado, Eneas,
Ocupa yá la suspirada vía,
Que ahora del valor es el instante,
Y el firme acero impávido desnuda».—
Dijo la diosa, y por el antro abierto
Se precipita con furor divino;
Intrépido los pasos de su guía
Sigue con marcha igual el noble Eneas.

¡Oh dioses, que en imperio soberano
Domináis en las almas inmortales!
¡Calladas sombras, Caos y Flegeton,
Lugares de silencio pavoroso
Entre las nieblas de la eterna noche!
Referir lo que oyera permitidme,
Revelar permitidme los secretos
En las entrañas de la tierra ocultos,
Entre espantosas brumas eternas.

Iban envueltos en las densas sombras
De solitaria noche por los reinos

Y alcázar de Plutón deshabitados;
Cual á la escasa luz de opaca luna
Por ignorada selva se camina,
Luego que Jove de tinieblas cubre
El vasto cielo, y á los seres roba
La noche tenebrosa los colores.
—Ante el mismo vestíbulo del Orco,
Y en su primera entrada, el triste llanto
Y las acerbas vengadoras cuitas
Pusieron su mansión, las macilentas
Enfermedades, la vejez adusta,
El hambre de maldades consejera,
Y la pobreza vil, de horribles formas;
La muerte y el trabajo, el sueño triste,
Hermano de la muerte, y los que dañan
Al alma humana miserables goces.
Mora enfrente la guerra matadora,
Los tálamos de hierro de las furias,
Y la Discordia, con sangrientas cintas
Atados sus cabellos de serpientes.

En medio un olmo de gigante altura
Sombrío tiende sus añosos brazos;
En él se asientan los inanes sueños

Á sus hojas asidos, según fama;
Y muchos monstruos de diversas formas
En las puertas habitan; los Centauros,
Las biformes Escilas, y el Briaréo
De brazos cien, la Hidra sibilante
Con horrendo estridor, bestia terrible,
Y de llamas armada la Quimera;
Las hermanas Gorgonias, las Harpías,
Y el gigante Gerión de triple cuerpo.
—De miedo y de temor pasmado Eneas
Desnuda al punto la brillante espada
Á los monstruos con ella amenazando.
Y si la sabia profetisa entonces
No le enseñara que tan sólo eran
En vana imagen vaporosas vidas
Sin cuerpo, por doquier volando errantes,
En balde con la espada acometiendo
Sombras inanes perseguido hubiera.

Parte de aquí el camino que conduce
Del Aqueronte á las tartáreas ondas,
Que turbio sin cesar furioso hierva.
En cenagoso y vasto remolino,
Y en el Cocito arroja sus arenas.

Es de este río el sórdido Caronte
Barquero horrible y guardador celoso;
Escuálida su faz, y desgredada
Su blanca barba, y de ojos chispeantes;
Inmunda capa de sus hombros pende.
La barca rige con varal él mismo,
Y dispone las velas, y los muertos
Así traslada en la mohosa nave;
Viejo en verdad, mas con vejez robusta,
Y, cual propia de un dios, verde y lozana.

Aquí desparramada muchedumbre
Por la costa en tropel se precipita,
Matronas y varones, y las almas
De héroes ilustres, niños y doncellas,
Mancebos en la pira colocados
Ante los ojos de sus tristes padres:
Como caen á millares en las selvas
Las hojas, á los frios del Otoño;
Ó cual vuelan las aves en bandadas
Al través de los mares, cuando el crudo
Helado invierno las ahuyenta impío,
Y á más templados climas las impele.
Pasar pedian todos los primeros,

Tendiendo suplicantes ambas manos,
Por el anhelo de la opuesta orilla;
Mas el rudo barquero, ya á los unos
Recibe, ó ya con torvo ceño
Á los otros repele de la costa.

Eneas conmovido y admirado
Ante el grande tumulto,—«Dime, exclama:
¿Á la margen del río tal concurso,
Qué significa, oh Virgen? ¿Qué pretenden
Estas almas aquí? ¿Porqué en la playa
Quedan las unas tristes, y las otras
Cortan las turbias olas con los remos?» —
—Responde así la anciana profetisa:
—«Hijo de Anquises, de los dioses hijo:
El profundo Cocito estás mirando
Y la Estigia laguna: por tal numen
Temen jurar los dioses inmortales,
Y si juran, faltar al juramento.
La multitud que ves ante tus ojos
Es toda gente pobre y no enterrada;
Caronte aquel barquero; los que surcan
La onda Estigia son los sepultados.
Nadie las negras aguas, ni la ronca

Corriente pasar puede, sin que logre
Á sus míseros huesos sepultura.
Andan cien años por la orilla errantes
Volando en derredor de la ribera,
Y admitidos después, cruzan al cabo
Las deseadas olas estancadas.»—

Párase al punto el noble hijo de Anquises,
Y sus pasos detiene, revolviendo
Ideas mil en su agitada mente,
Y su inicua fortuna lamentando.
Allí ve á Oronte, capitan un día
Del bajel de los Licios, ve á Leucaspis
Tristes por no gozar de sepultura;
Con él partieron de la infausta Troya,
Y el proceloso mar y el austro impío
Sus cuerpos en las aguas sepultaron,
Las naves envolviendo y los varones.

Preséntase el piloto Palinuro,
Que al observar el curso de los astros
En el líbico mar, de la alta popa
Cayera ha poco, y pereció infelice
Entre las crespas ondas sumergido.

Luego que Eneas conoció en las sombras
Al amigo.—«¿Quién, dice, de los dioses
Te robó, Palinuro, á nuestros brazos,
Sumergiéndote en medio de las aguas?
Dilo en verdad, porque el divino Febo,
Á quien nunca falaz hallé en mi vida,
Engañóme tal vez en esto sólo.
Él me anunció que salvo de los mares,
De Ausonia arribarías á los puertos.
¿Tan fieles sus promesas?»—«No de Apolo
Te engañara el oráculo divino,
Ilustre hijo de Anquises, le contesta;
Ni un dios me sumergió en las negras ondas;
Que asido al gobernalte cual piloto
Rigiendo el curso, despeñado ¡ay triste!
Al mar caí, conmigo arrebatando
El deshecho timón en la caída.

»Por los ásperos mares te lo juro:
Que no tanto por mí sentí la muerte,
Cuanto temiendo que la pobre nave,
De timón y piloto despojada,
Víctima fuese de las ondas fieras.
Tres largas noches por el vasto ponto

Los vientos me arrastraron y las aguas,
Y en las gigantes olas levantado,
A la primera luz del cuarto día
La Italia ví; nadando poco á poco
En tierra firme al fin senté la planta;
Mas al trepar ansioso por el monte
Los ásperos ramajes apresando,
Por el peso agoviado de las ropas
Empapadas del mar, horda salvaje
Feroz me embiste con crueles armas,
Creyéndome, ignorante, rica presa.
Hora en poder me encuentro de las olas,
Juguete por las costas de los vientos.

»Así te pido por la luz alegre
Del cielo, y por las auras; por tu Padre,
Por la esperanza de tu tierno Julo,
Sálvame de estos males, Jefe invicto,
Ó entiérrame, buscando mi cadáver,
En los velinos puertos, tú que puedes.
Ó si hay algún camino por la diosa
Tú excelsa madre á tí manifestado,
—Que no es creíble que tan grandes ríos
Oses pasar, y la laguna Estigia

Sin el poder y auxilio de los dioses—
Tiende tu diestra al mísero afligido,
Y llévame contigo por las ondas,
Y que descanse, al menos en la muerte,
En plácidas mansiones.»

Así dijo,

Y tal le contestó la alma Sibila:
—«¿De dónde, oh Palinuro, tal deseo,
Anhelo tan cruel? ¿Cómo insepulto
Las aguas has de ver del lago estigio,
Y las fieras corrientes de las furias,
Y has de pisar la contrapuesta orilla
Sin el mandato de los dioses? Deja
De esperar doblegarlos con tus ruegos.
Escucha y mis palabras nunca olvides,
Para consuelo de tu acerba suerte.
—Los pueblos comarcanos, las ciudades
En ancha zona en derredor, movidas
Del cielo por prodigios misteriosos,
Tus huesos honrarán con sacrificios,
Y erigirán suntuosa sepultura,
Solemnes funerales celebrando;
Y toda la región eternamente

El nombre llevará de Palinuro.»—

Tales palabras el dolor ahuyentan
Del triste corazón, y la honda cuita,
Pensando que una tierra generosa
Se honrará con su nombre. Y el camino
Prosiguen hacia el río comenzado.
Apenas desde el agua los divisa
Caminar por el bosque silencioso,
Y á la ribera dirigir sus pasos,
Incrépalos así rudo Caronte.

—«Quienquiera que tú seas, que á mi río
Armado te diriges, dí al momento
Á qué vienes, y aquí deten tu marcha.
Éste el lugar de las eternas sombras,
Del sueño y de la noche; no á los vivos
Puede admitir la barca de la Estigia.
Ni me agradó pasar por este lago
Á Alcides, y á Teséo y Piritóo,
Aunque ilustres varones invencibles,
Y aunque engendrados de los altos dioses:
Al custodio del Tártaro el primero
Ató en cadenas con su propia mano,

Y temblando arrancólo con violencia
Del sólio de Plutón; mientras los otros
Sacar en su soberbia pretendieron
Del tálamo del rey á nuestra Diosa.»—

Y así en breves palabras le responde
De Anfriso la sagrada profetisa.
—«Ni tales asechanzas aquí existen,
Ni aquí se blande el enemigo acero.
No lo temas, y deja de inquietarte:
Que aterre el Cancerbero por el antro
Las almas separadas de sus cuerpos
Con su eterno ladrar, como es debido;
Justo es que la casta Proserpina
De Plutón los umbrales no abandone.
—El teucro Eneas, en piedad insigne
Y en las guerreras armas, hoy desciende
Á las sombras del Tártaro profundo,
Para ver á su Padre: y si este ejemplo
De piedad señalada no te mueve,
Esta preciosa rama reconoce.»—
Y muestra al par el ramo que ocultaba
Bajo su veste; y del airado pecho
Templóse al punto el malhadado encono.

No dijo más: y admírase Caronte
De la rama fatal, dón venerable
Por él no visto en dilatado tiempo,
Y tuerce luego la cerúlea popa
Y acércase á la orilla; arroja fuera
Las almas que á lo largo se asentaban
En el tendido banco del remero;
La entrada de la nave facilita,
Y en su seno recibe al grande Eneas;
La débil barca bajo el peso gime,
Por las grietas el agua penetrando.
Incólumes la túrbida corriente
Pasan el Jefe teucro y la Sibila,
Y en las ovas y el limo desembarcan;
Y el ingente Cerbero de tres bocas
Enorme recostado en su antro obscuro
El reino de Plutón ladrando atruena.

Viendo la diosa que del Can los cuellos
En ásperas serpientes se erizaban,
De mieles y de plantas soporosas
Preparado manjar le arroja al punto;
Abre el furioso Can su triple fauce,
Y con hambre rabiosa lo devora,

Y, desplomada su gigante mole,
En la tierra tendido el antro cubre.
Entra Eneas, dormido el Cancerbero,
Dejando yá la orilla de aquel río,
Que á nadie es dado atravesar dos veces.

Óyense luego en la primera entrada
Las voces, y gemidos, y los lloros
De las almas de niños inocentes,
Que negro día arrebató inhumano
Del pecho de sus madres sin fortuna,
Y al fin, privados de la dulce vida,
Á la parca cruel los entregara.

—Van después los á muerte condenados
Por falso crimen; mas en este reino
No sin juício ni sin juez penetran.
Minos, inquiridor, la urna agita,
El concilio convoca de las almas,
Y las vidas escruta y los delitos.

—Siguen luego los tristes que la muerte
Con propia mano sin razón se dieron
Cansados de vivir, y despreciaron
Así sus almas. ¡Ah! ¡cómo quisieran
Subir ahora á la región del éter

La pobreza á sufrir y los trabajos!
Los hados lo prohíben, y los cercan
Las negras ondas, y con nueve giros
Enciérralos el lago de la Estigia.

No distantes de aquí por todas partes
Vense tendidos los *llorosos campos*,
Que tal nombre les dan, donde se ocultan
En escondidas sendas los que el fiero
Amor en sus crueldades consumiera,
Y una selva de mirto los circunda:
No los deja el amor ni aun en la muerte.
Allí ve á Fedra y Procris, ve á Erifile
Mostrando con dolor la acerba herida
Por el puñal del hijo sanguinario,
Y á Evadne y Pasifáe; ve á Laodamia
Acompañada de la hermosa Cenis,
Antes gallardo joven, y hoy devuelta
Á su sexo primero por los hados.

Vagaba entre ellas la fenicia Dido,
Reciente aún la herida, por umbrosa
Extensa selva. Cuando el teucro Jefe
Conocióla, al pararse, entre las densas

Obscuras sombras, cual se ve la luna
Envuelta en nieblas, ó parece verse,
Al comenzar el mes, así prorrumpe
Con dulce amor y doloroso llanto:
—«¡Ay mi Dido infeliz! ¿Conque fué cierto
Que, por el duro hierro atravesada,
Extinguióse tu mísera existencia?
Yo fuí la causa de tu infausta muerte;
Por los astros lo juro y por los dioses,
Por la fe, si hay alguna, del Averno
Te juro, oh Reina, que forzado un día
Partí de tus dominios. Los mandatos
De los supremos dioses que hoy me impelen
Á caminar entre las negras sombras
Por hórridos y sucios lodazales,
Y en el profundo seno de la noche,
Me obligaron entonces con su imperio.
Jamás pude creer que mi partida
Tan inmenso dolor te produjese.
Detente un poco, y no de mi presencia
Tan rápida te apartes. ¿De quién huyes?
Son estas ¡ay! las últimas palabras,
Que hablar contigo me permite el hado.»—
—Con tales dichos procuraba Eneas

Las penas mitigar de la infelice
Encendida en furor y en vivo encono,
Y en sus ojos las lágrimas brotaban.
—Ella, vuelta la faz, con torvo ceño,
Siempre en la tierra la mirada fija,
Ni el rostro vuelve con razones tales,
Cual de mármol de Paros dura estatua;
Hasta que al fin veloz se precipita,
Y huye indignada por la umbrosa selva,
Á do Siquéo su primer esposo
Con un amor igual sus cuitas calma.

Y herido Eneas del fatal suceso
Marcha llorando la funesta suerte
Y la partida de la triste amante,
Y el camino prosigue comenzado.
Yá los postreros campos ocupaba
Frecuentados por ínclitos guerreros:
Ve allí á Tidéo que al encuentro sale,
Y en las armas insigne á Partenope,
Y del lívido Adrasto ve la sombra.
Aquí los teucros que en la dura guerra
Murieron, y que son asaz llorados,
Y sollozó al mirar tan larga fila.

Vió á Glauco y á Medón y Tersiloco,
Y á los tres hijos célebres de Antenor,
De Céres sacerdote á Polibetes,
Y á Ideo que abrazaba todavía
Sus armas y su carro, y miles otros
Que de izquierda y derecha se acercaban,
Y de verlo una vez aun no contentos
En su marcha les place detenerle,
Y la causa inquirir de su venida.

Mas cuando ven al Jefe de los teucros,
Y sus armas brillar entre las sombras
Los griegos campeones, las falanges
Del grande Agamenón, de miedo tiemblan:
Vuelven unos la espalda, cual lo hicieron
Cuando en Troya acogiéronse á las naves,
Otros en baja voz hablan medrosos,
Muerto en sus labios el clamor primero.
—Ve también á Deifobo, hijo de Príamo;
Su cuerpo crudamente lacerado,
Cortada la nariz de horrenda herida,
Y de heridas horribles lleno el rostro,
Las sienes, los oídos y ambas manos.
Apenas conociólo el teucro Jefe

Cubriendo sus heridas tembloroso,

Así le dice con amantes voces.

—«Oh Deifobo, guerrero armipotente,
Vástago insigne de la sangre teucra,
¿Quién tan cruel en tí cebó su saña?
¿Cómo osó con tal furia destrozarte?
La Fama dijo en la suprema noche
Que fatigado en la matanza horrible
Hecha á los griegos, sucumbiste al cabo
Sobre un montón de míseros despojos;
Yo mismo entonce en la retéa playa
Te alcé soberbio túmulo, y tres veces
Á grandes voces invoqué tus manes;
Pero no pude verte, oh dulce amigo,
Ni enterrarte al partir en patrio suelo.»—

Tal el hijo de Príamo responde:

—«Nada, oh amigo, de cumplir dejaste;
Con Deifobo y sus manes tus deberes
Llenaste fiel; mas inclemente el hado,
Y el crimen de la pérfida espartana
Me sumergieron en tan densos males.
Ella dejó de su maldad inícu

Tan triste monumento. Tú lo viste,
Y aun conviene por cierto recordarlo:
Cuando pasamos la suprema noche
Entre gozos falaces, cuando en Troya,
Por sus altas murallas penetrando,
Entró el fatal caballo, que en su seno
Ejércitos armados ocultaba,
Ella celebra, simulando coros,
Fiestas á Baco en borrascosa orgía
Con las troyanas en redor clamando;
Y en medio de ellas desde el alto alcázar,
Traidora alzando la encendida tea,
Así llamaba al pérfido enemigo.

Yo soñoliento é intranquilo entonces
Por los cuidados en el lecho estaba,
Y plácida quietud y sueño dulce
Semejante á la muerte allí embargóme.
Saca de mis moradas entre tanto
Las armas todas mi escogida esposa,
Y de mi lado hasta mi fiel espada,
Y con dolo y traición las puertas abre,
Y llama, é introduce á Menelao.
Creyó sin duda con tan gran presente

Á su amante obsequiar, así la infamia
Borrar queriendo de su antiguo crimen.
¿Mas á qué te detengo? sobre el tálamo
Arrójase, y con él Ulises fiero,
Aquel Elóida, autor de mil maldades.

»¡Oh dioses! si con súplicas piadosas
Justo castigo alcanzo, haced que sufran
Tormento igual los pérfidos helenos.
¿Y á tí qué causas, aun estando vivo,
Al lugar de los muertos te conducen?
Dilo, no tardes... ¿por las fieras ondas
Del mar y sus borrascas arrojado,
Ó por mandato de los altos dioses?
¿Ó qué suerte cruel así te obliga
Á visitar las hórridas moradas
Sin sol, y el reino del eterno espanto?»—

Mientras hablaban, la rosada aurora
Con sus caballos recorrió veloce
La mitad de su curso por la esfera,
Y el tiempo concedido consumieron;
Mas su fiel compañera la Sibila
Así en breves palabras le amonesta.

—«La noche, Eneas, rápida amenaza,
Y las horas pasamos en lamentos.
Divídese aquí en dos este camino;
Parte el de la derecha hacia el alcázar
Del gran Plutón y á los Elíseos campos;
Y conduce al lugar el de la izquierda
Do sufren los malvados su castigo
Y al Tártaro profundo.»—Tal hablaba,
Y así Deifobo.—«¡Oh gran Sacerdotisa!
No te enojés; que yo torno de nuevo
Al reino de las sombras espantoso
Hasta cumplir el tiempo señalado.
—Y tú marcha feliz, oh gloria nuestra,
Con hados más propicios.»—Así dice,
Y parte retirándose al momento.

Mira Eneas de súbito, y observa
Á la izquierda y al pie de una alta roca
Extensa fortaleza circundada
De triple muro, á la que cerca en torno
Con sus voraces llamas encendidas
El tartáreo Flegeton estrellando
Su corriente en las rocas resonantes.
Grandiosa puerta enfrente con columnas

De sólido diamante, que ni humanas,
Ni aun las divinas fuerzas, con el hierro
Pueden romper. Á los etéreos astros
Férrea torre se eleva por los aires;
Allí sentada y vigilante siempre
La feroz Tisifone noche y día,
Cubierta con su manto ensangrentado,
Guarda celosa la primera entrada.
—Óyense allí gemidos espantosos,
Y el cruel resonar de los azotes,
Y el ruido estridente de los hierros
Y arrastradas cadenas. Aterrado
Del estrépito aquel párase Eneas,
Y—«Dime, exclama, oh diosa, qué tormentos
Y á qué clase de crímenes se imponen?
¿Qué lloro es éste que á las auras sube?»—
Y así la profetisa le contesta.
—«¡Oh caudillo preclaro de los teucros!
En la horrenda mansión de los precitos
No es dado penetrar á ningún justo.
Mas cuando á mí los bosques del Averno
Presidir me ordenara Proserpina,
Ella las penas me mostró del Orco,
Por todos los tormentos me condujo.

»Radamanto de Creta el cetro rige
De estos reinos durísimos, y escucha
Los delitos y recto los castiga,
Y á confesar obliga á los malvados
Las culpas en el mundo perpetradas,
Y que ocultaron con maligna astucia,
Y que expiar ¡oh necios! dilataron
Hasta el momento de tardía muerte.
Empuña luego el sanguinario azote
La cruel Tisifone vengadora,
Y con él los verbera, y los insulta;
Y á la vez los acosa con las fieras
Serpientes formidables en su mano,
Y de las furias la legión convoca.

»Ábrense entonces las sagradas puertas
Con horrísono estruendo rechinando:
Vieras qué guarda en el umbral primero,
Cuál la faz que el vestíbulo custodia.
Dentro su asiento tiene la deforme
Hidra feroz con sus cincuenta fauces.
Allí el Tártaro se abre hacia el abismo
Dos veces lo que dista el elevado
Celeste Olimpo de la vista humana.

Aquí la raza antigua de Titanes,
Primeros hijos de la madre tierra,
Por el rayo de Júpiter lanzados,
En el profundo abismo se retuercen.
—Aquí de los Alóidas los gigantes
Enormes cuerpos ví, que al cielo mismo
Acometer osaron, con sus manos
Queriendo abrirlo, y al potente Jove
Derrocar de sus reinos celestiales.

»Ví sufriendo el castigo á Salmonéo,
Que de Jove los rayos imitara,
Y los horribles truenos del Olimpo:
Él por la Grecia y la ciudad de Elis
Llevado en ovación iba exigiendo
Para sí los honores de los dioses,
Las fulgentes antorchas agitando,
En su triunfal carroza, que arrastraban
Cuatro corceles bravos espumosos.
El rugido fingió de la tormenta,
Y del rayo el fulgor inimitable,
Hiriendo sus caballos duras planchas
De limpio acero con el córneo casco.
Mas envuelto entre nubes tenebrosas

El Padre Omnipotente, el dardo lanza
Sin luces y sin hachas humeantes,
Y lo despeña en torbellino horrendo.

»Era de ver á Ticio, de la tierra
Madre comun alumno, que cubría
Nueve yugadas con su cuerpo enorme.
Horrendo buitre con el corvo pico
Su hígado inmortal devora fiero,
Y las entrañas, que á la par renacen
Para eterno sufrir inextinguible;
En lo profundo de su pecho mora
Sin dar descanso á las nacientes fibras,
Royendo siempre su manjar perpétuo.

»¿Y qué si á los Lapitas te narrara,
De Ixión el tormento y Piritóo?
Sobre ellos de continuo amenazando
Enorme peña descolgada pende,
Yá, yá para caer, y tras de ella
Otra igual desprendida la amenaza.
En mesa de oro y deliciosos lechos
Y con régio esplendor ricos manjares
Ante su vista preparados tienen;

Mas de las furias la mayor hermana
Junto se asienta, y furibunda impide
Tocar á los manjares con las manos;
Y álzase con la tea abrasadora,
Y con su voz de trueno los increpa.

»Aquí los que en la vida aborrecieron
Á sus propios hermanos, ó á sus padres
Con pérfidas entrañas maltrataron;
Los que en fraude envolvieron al cliente,
Los que encerraron, duros egoistas,
Como en oculto nido sus tesoros,
Sin dar avaros á los suyos parte:
De gente tal innúmera caterva.
Los á muerte damnados por adúlteros,
Los que guerras injustas emprendieron,
Los que la fe jurada quebrantando
Cometieron traición á sus señores:
Todos esperan el fatal castigo.

»No el género de penas me preguntes,
Ni cuál la causa de su acerba suerte.
Vuelcan los unos gigantesco risco,
Colgados otros en movibles ruedas

Giran veloces en atroz tormento;
El infeliz Teséo está sentado,
Y allí estará sentado eternamente.
El misérrimo Flégias por las sombras
Á todos amonesta á grandes voces:
—«Aprended enseñados la justicia,
Y á no menospreciar á las deidades.»—
Este vendió á su patria por el oro,
Á un tirano entregándola potente,
Y derogar las leyes puso á precio
Y otras nuevas dictar; esotro impío
El tálamo invadiera de su hija,
Y celebró vedados himeneos.
Todos horrendo crimen perpetraron,
De su osadía por gozar el fruto.

»Si cien bocas tuviese, si cien lenguas
Y voz de hierro, ni aun narrar podría
Las clases todas de maldad y crimen,
Y de las penas infinitos nombres.»—
Tal dijo, y añadió la profetisa:
—«Marcha pues, y prosigue tu camino,
Y tu sagrado compromiso cumple;
El paso aceleremos. Las murallas

Viendo estoy, que en sus fraguas encendidas
Labraron los ciclopes, y las puertas
En el arco de enfrente, donde el ramo
Segun las leyes presentar debemos.»—
Dijo, y caminan por sombrías calles,
El espacio que media atravesando,
Y llegan á las puertas deseadas,
Y el pórtico ocupando el padre Eneas
Su cuerpo roció con agua pura,
Y el ramo fija en el umbral frontero.

Todo acabado, y á la augusta diosa
Ofrecido yá el dón, á los alegres
Lugares y jardines deleitosos,
Y á las selvas y bosques fortunados,
Y felices moradas se dirigen.
Allí más puro el éter con su lumbré
Viste de luz y púrpura los campos
Con otro vivo sol y otras estrellas:
En la palestra, que la grama alfombra,
Los unos en los juegos se ejercitan,
Ó ya luchando en la rojiza arena;
Otros en coros danzan, ó repiten
Cánticos dulces; con su lengua veste

El tracio Orfeo, sacerdote y vate,
Canta, y al par acorde con los dedos,
Ó con el plectro de marfil sonoro,
Las siete cuerdas de su lira pulsa.

Aquí de Teucro el ínclito linaje,
Su prole antigua, descendencia hermosa,
Los magnánimos héroes, en mejores
Tiempos nacidos, el ilustre Asáraco,
Ilo inmortal, y Dárdano, de Troya
Egregio fundador. Admirá lejos
Armas y carros de varones fuertes
Abandonados yá; y están clavadas
Las lanzas en la tierra, y por los campos
Paciendo acá y allá sueltos corceles.
Los que en la vida de carrozas y armas
Amantes fueron, ó en criar gozaron
Regalados bridones, hoy sumidos
De la tierra en el seno, se recrean
Con los mismos amores y delicias.

Por la hierba dispersos en festines
Ve á derecha é izquierda alegres coros,
En oloroso bosque de laureles,

Cantando himnos en honor de Febo;
De donde arranca en presuroso curso
El caudaloso Erídano potente,
Y arrebatado corre por la selva.
Allí el noble escuadrón de los que heridas
Luchando por la patria recibieron;
Allí los sacerdotes que guardaron
Perpétua castidad; allí los vates
Dignos de Apolo, intérpretes divinos;
Allí los que en las artes y las ciencias
Cultivaron inventos portentosos,
Y los que haciendo el bien lograron justos
Arrancar al olvido su memoria;
Erguidas llevan sus benditas frentes
Y con ínfulas cándidas ceñidas.

Reunidos habla la Sibila á todos
Y en especial al ínclito Museo,
Que de innúmera turba rodeado,
Sobre los hombros de los más descuella.
—«Decid, almas felices, y tú, augusto
Insigne vate, ¿en qué regiones mora,
Ó en qué lugar habita el padre Anquises?
Por él aquí venimos, y por verlo

Los ríos del Erebo atravesamos»—
Y el héroe tal respuesta le dirige.
—«Para nadie hay aquí morada fija,
Pues habitamos los umbrosos bosques,
Y son los frescos prados y riberas
Al pié de las corrientes nuestros lechos;
Mas si tal voluntad el pecho abriga,
Salvad este collado, y en las sendas
De marcha fácil os pondré yo mismo.»—
Dice, y delante avanza, y de la cima
Campos floridos y lucientes muestra,
Y descenden, la cumbre abandonando.

Un valle extenso de verdor perenne
El padre Anquises con amor recorre,
Y las almas visita que en su tiempo
Á la suprema luz irán un día;
El número contaba de los suyos,
Y su cara é ilustre descendencia,
Los hados, las costumbres, las fortunas,
Y gloriosas hazañas de sus héroes.
Luego que vió por la tendida grama
Dirigirse hacia él al noble Eneas,
Alza alegre sus palmas á los cielos,

Y en lágrimas bañadas las mejillas,
Así prorrumpe en cariñosas voces.

—«Llegaste al fin, y tu piedad probada
En favor de tu padre, oh hijo amado,
Venció el duro camino á estas regiones.
¿Conque me es concedido ver tu rostro,
Y oírte, y responder á tus palabras?
Tal lo esperé con ánimo anhelante,
Contando ansioso sin cesar los días,
Y no quedó burlado mi deseo.
Yo te recibo, pero ¡cuántas tierras
Has cruzado, hijo mío, y cuántos mares,
Y cuán rudos peligros soportado!
¡Cómo temí por tu futura suerte!
¡Cómo temí que daños encontraras
En los líbicos reinos!»—Y él contesta:

—«Tu imagen fiel, tu imagen, padre mío,
Que tantas veces se ofreció á mi vista,
Obligóme á venir á estas moradas;
Están mis naves en el mar tirreno;
Concédeme estrechar, padre, tu diestra,
Y no te niegues á mis dulces brazos.»—
—Dice, y el rostro con su llanto inunda:

Tres veces se esforzó por abrazarle;
Tres veces se escapó su imagen vana,
Como sueño fugaz, cual aura leve.
—Ve Eneas entre tanto en valle oculto
Un bosque retirado y silencioso
De alegre selva y susurrantes ramas,
Y baña allí con límpida corriente
El Leteo las plácidas mansiones,
Y vuelan en redor gentes y pueblos;
Cual en los prados en sereno estío
Se posan las abejas en las flores,
Y por los blancos lirios se desparcen,
Y resuena en los campos el murmullo.

Horrorízase Eneas de repente,
Y las causas pregunta en su ignorancia;
Cuáles fuesen los ríos; qué varones
En tan inmensa multitud cubrian
Las riberas dichosas.—«Son las almas,
Responde el padre Anquises, que aquí esperan
Otros cuerpos por orden de los hados,
Y en las corrientes liban del Leteo
Licor de dichas y perpétuo olvido;
Tiempo há que anhelaba ante tus ojos

Mostrarlas en verdad, y referirte
De los míos la prole numerosa,
Para que más aún conmigo goces
Cuando poseas la encontrada Italia.
—«¿Y es creíble, contesta, padre mío,
Que algunas almas á los cielos suban
En vuelo raudo, y que descendan luego
De los pesados cuerpos á la cárcel?
¿Qué anhelo tan cruel las atormenta
Por la mísera vida?»—«Todo, oh hijo,
Declararte sabré, calmar tus ansias.»—
Y sigue hablando Anquises, y por orden
Así le explica los misterios todos.

—«Desde el principio al cielo y á la tierra
Y líquidas llanuras de los mares,
Al globo de la luna esplendoroso,
Y á los gigantes astros da la vida
Espíritu eternal que dentro alienta,
Alma del mundo, que la inmensa mole
Y el cuerpo colosal del universo
Agita, por sus miembros derramada.
De aquí el humano ser tiene su origen,
Los brutos de los campos y las aves,

Y los monstruos que encierra en sus marmóreas
Corrientes limpias el inmenso ponto.
De aquí reciben el vigor ardiente
Y el germen celestial de nuevas vidas,
Si los miembros terrenos y mortales
Y los dañados cuerpos no lo impiden.
De aquí nace el temor, de aquí el deseo,
De aquí el placer y los dolores nacen;
Y ni se fijan en la luz celeste
Las almas en su cárcel tenebrosa,
Y aunque abandonen el supremo día
La vida miserable, no del todo
Los males dejan de los torpes cuerpos,
Que mil miserias arraigadas crecen,
Y en ellas viven por extraños modos
Por su unión con aquellos dilatada.

»Así las penas sufren, así expian
Con los castigos sus antiguas culpas:
Suspensas unas en el aire leve,
Borran otras las manchas del pecado
Con aguas á torrentes ó con fuego;
Todos sufrimos merecidas penas,
Y enviados después al amplio Elíseo,

Gozamos pocos los alegres campos;
Hasta que yá corrido el largo tiempo,
Y el término llegado de la cuenta,
La mancha extinta, á su pureza torna
El alma celestial purificada,
Cual limpio fuego, como el aura simple;
Y al espirar mil años en su curso,
En escuadrón innúmero apiñado
Las lleva un dios al plácido Leteo,
Para que olviden del pasado mundo
Las míseras desgracias soportadas,
Y el anhelo vehemente nazca en ellas
De volver á la carcel de los cuerpos.»—

Dijo Anquises, y al hijo y la Sibila
En medio del concurso los conduce
De la ruidosa turba de las almas,
Y asciende á una colina, desde donde
En larga hilera distinguir pudiese
Y conocer los rostros que se acercan.
—»Atiende, oh hijo, que la gloria insigne
Que ha de seguir á la dardania prole
Con mis palabras declararte quiero;
La ilustre descendencia generosa

De la itálica gente, las excelsas
Almas que honra darán al nombre nuestro,
Y tu nueva fortuna revelarte.

»¿Ves aquel joven que por suerte ocupa,
Apoyado en el asta, el más cercano
Lugar junto á la vida? será Silvio,
Saldrá el primero á las etéreas auras;
De Ítala sangre nacerá engendrado,
Póstuma prole tuya, albano nombre,
Á quien Lavinia, tu futura esposa,
Daráte á luz en escondida selva,
Al espirar tus postrimeros años.
Rey de los bosques y de reyes padre,
Por quien la raza ilustre de los teucros
En Albalonga reinará potente.

—Mira cerca de él al noble Procas
Gloria y honor de la troyana stirpe,
Á Capis, Numitor, y á Silvio Eneas,
Tu nombre mismo, como tú en las armas
Y como tú por la piedad egregio,
Si alguna vez en Albalonga impera.

—Mira cuántos mancebos ostentando
Fuerzas viriles, y las altas frentes

Con la cívica encina coronadas:
Ellos á Gabia fundarán un día
Y á Nomento y Fidená, y en los montes
Levantarán los muros Colatinos,
Por el casto pudor asaz gloriosos,
Y á Pomecia y á Castro y Bole y Cora
Nombre darán, parajes hoy sin nombre.

»Contempla allí también al grande Rómulo,
Hijo de Ilia y del potente Marte,
De la sangre de Asáraco nacido,
Compañero en el trono de su abuelo:
¿No ves sobre su yelmo refulgente,
Cual noble signo de inmortal grandeza,
Doble penacho, con que Jove augusto,
El padre de los dioses, lo distingue?
Mira á la excelsa Roma prepotente,
Cuyo imperio, merced á sus auspicios,
Ha de igualar á la extensión del orbe,
Y al Olimpo sus almas en alteza,
Y feliz por sus hijos ella sola
Con muros cercará siete collados;
Cual la madre fecunda Berecintia,
Por el parto gozosa de los dioses,

Recorre de la Frigia las ciudades
En su carro, de torres coronada,
Cien nietos abrazando, dioses todos
Y moradores todos del Olimpo.

»Vuelve tus ojos hora hacia esta parte,
Y á tu nación, á tus romanos mira.
Este es César, y aquí la ilustre stirpe
De Julo que debajo de los ejes,
Ha de nacer, de la extendida esfera.
Es este aquel varón, varón excelso
Á tí por tantas veces prometido,
Hijo de un dios, el grande Augusto César:
Él los dorados siglos en el Lacio
Restaurará donde reinó Saturno,
Y á las tierras del Indo y Garamanta
Dilatará su imperio poderoso.

»Una región existe que se extiende
Fuera del curso de los bellos astros
Y del giro del sol, donde el Atlante
Con sus hombros sustenta el alto cielo
Tachonado de fúlgidas estrellas.
Al anunciar los dioses su venida

Llénanse de terror los caspios reinos
Y la región Meocia, y se conturban
Las siete bocas del gigante Nilo.
Ni tierras tantas recorriera Alcides,
Aunque matara á la terrible cierva
De pies de bronce, y de pavor librara
Los temerosos bosques de Erimanto,
Y con su arco estremecer hiciera
De la Lérnea laguna los confines;
Ni Baco triunfador cuando descende
Del collado de Nisa gigantesco
En su carroza, que los tigres llevan
Por las riendas de pámpanos regidos.
¿Y con heróicos hechos nuestra gloria
Extender dudaremos por el orbe?
¿Y temerás aún con torpe miedo
Fundar tu reino en la región Ausonia?

»¿Quién es aquel de oliva coronado
Que ofrendas sacras con piedad conduce?
En sus blancos cabellos y en su barba
Al rey romano insigne reconozco,
El primero que á Roma dará leyes;
De pobre patria, de la humilde Cures

Alzado un día á dilatado imperio.
Tras él va Tulo, que la paz ociosa
Romperá de la patria, y á la guerra
Moverá los pacíficos varones,
Ejércitos armando poderosos
Del triunfo ya olvidados y la gloria.
Síguelo cerca el arrogante Auco,
Del aura y los aplausos populares
Aun aquí codicioso hasta el exceso.

»¿Quiéres ver hora á los Tarquinios reyes,
De Bruto vengador el alma fiera
Y los haces al fin recuperados?
Él el primero gozará de consul
Alto el poder y la segur terrible,
Y á sus hijos, que mueven nuevas guerras,
Él, de la hermosa libertad amante,
Padre infeliz condenará á la muerte.
Sus hechos juzguen como estimen justo
Los siglos venideros; de la patria
El generoso amor domina siempre
Y de la gloria la ambición inmensa.
—Mira á los Decios y á los nobles Drusos,
Cruel con la segur mira á Torcuato,

Y al gran Camilo, vencedor excelso,
Que salvará de Roma las banderas.

» Aquellas dos que ves almas concordés
Brillar aquí con sus iguales armas,
Mientras en sombras de la noche moran,
¡Qué guerras ¡ay! levantarán un día,
Si llegan á tocar la luz ansiada!
¡Cuán fieras entre sí contrarias huestes!
¡Cuánto estrago cruel, cuánta ruina!
De las cumbres descende de los Alpes
El suegro, y del alcázar de Monaco,
Y con fuerzas de Oriente armado el yerno.
¡Oh hijos! no entregueis las nobles almas
Á tan funestas guerras, no sañudos,
No de la madre patria contra el pecho
Revolvais vuestras armas poderosas;
Tú el primero desiste, tú que tienes
Del sacro Olimpo tu linaje augusto;
Arroja de tus manos, hijo mío,
El arma parricida.—Aquél insigne
Vencedor de Corinto y los Aqueos
Al alto Capitolio coronado
Subirá en su carroza victorioso.

—Aquel de Argos triunfará y Micenas,
Reino de Agamenón, del mismo Pirro
Hijo feroz del inhumano Aquiles,
Así vengando á los troyanos padres
Y de Minerva el profanado templo.

»¿Y quién no hará de tí mención honrosa,
Oh gran Catón, ni de tu gloria, oh Coso,
Ni del linaje del ilustre Graco,
Y los dos Escipiones, de la Libia
Terror y estrago, y rayos de la guerra?
¿Quién no honrará á Fabricio poderoso
En su pobreza misma, y á Serrano,
Que el grano siembra en los labrados surcos?
—¿Y adónde arrebatáis, Fabios, mi mente?
Aun ya cansado, mi entusiasmo os rindo.
Tú eres, Máximo, aquel que solo sabe
Por la prudencia conservar la patria.
Otros harán que aliente el mismo bronce,
Y rostros vivos sacarán del mármol;
Oradores serán más elocuentes
Otros también, y el giro de los orbes
Y de los astros marcarán el curso;
Mas tú, Romano, regirás los pueblos

Con inmenso poder; serán tus artes
Establecer la paz, á los vencidos
Perdonar, y rendir á los soberbios.»—

—Tal dice Anquises, y prosigue al punto,
Admirados el hijo y la Sibila.

—«Mira á Marcelo insigne y señalado
Por el rico botín de la victoria,
Cuál sobre todos vencedor descuella.
Con sus corceles calmará el tumulto
Que turbe un día la nación romana;
Al Peno postrará y al Galo fiero,
Y las terceras armas yá rendidas
En honor colgará del gran Quirino.»—

Y esto diciendo le interrumpe Eneas,
Al ver marchar con arrogante forma,
Mancebo augusto y con brillantes armas,
Mas nada alegre el rostro, y en la tierra
Sus ojos fijos.—«¿Quién, pregunta, oh padre,
Quién es aquel que con semblante triste
Sigue de cerca al triunfador glorioso?
¿Es acaso hijo suyo? ¿Por ventura
Es algún nieto de mi estirpe ilustre?
¡Qué multitud ruidosa le acompaña!

¡Cuán parecido el noble continente!
Mas negra noche envuelve su cabeza,
Con triste sombra en derredor volando.» —

Entonce el padre Anquises con gemidos,
Brotándole las lágrimas, responde:
—«No inquietas, hijo mío, las desgracias
Y el llanto de los tuyos. Á éste sólo
Le mostrarán los hados á las tierras,
Y no permitirán que vuelva á verse.
¿Os pareció potente en demasía,
Oh sacros dioses, la nación romana,
Si tal merced perpetua disfrutase?
¡Qué llanto arrancará de los varones
Aquel campo de Marte junto á Roma!
¡Y tú, Tiber, qué fúnebres exequias
No has de ver al pasar cabe su tumba!
Ni habrá mancebo de la teucra gente
Que levante cual él en esperanza
De sus padres latinos la alta gloria;
Ni en tiempo alguno la romana tierra
De un hijo igual se ufanará con gozo.
¡Oh piedad! ¡noble fe! ¡oh en las batallas
Invicta diestra! Ni saldría impune

Si osara alguno acometerle armado,
Ni cuando á pie abordara al enemigo,
Ni cuando hiriera con potente esfuerzo
Del caballo espumoso los ijares.

¡Oh infortunado joven! si rompieses
De los funestos hados los decretos,
Tú Marcelo serás.—Á manos llenas
Lirios traed, y en dones abundantes
Esparciré en su honor purpúreas flores,
Y con tales ofrendas, aunque vanas,
Honraré la memoria de mi nieto.»—

Tal la región entera recorrían
Por los aéreos dilatados campos,
Y todo por doquier lo examinaban.
Y cuando Anquises reveló á su hijo
Los lugares, sucesos y varones,
Y en su pecho encendió la llama ardiente
Del noble amor á la futura gloria,
Anúnciale las guerras venideras,
Los pueblos de Laurento, de Latino
La famosa ciudad, los varios modos
De evitar ó sufrir los infortunios.

Dos puertas hay en el confín del Sueño,
De cuerno la primera, según fama,
Pasan por ella las visiones ciertas;
La otra brillante de marfil bruñado,
Por la que envían los profundos Manes
Al aura libre los ensueños falsos.
Tal Anquises hablando caminaba
Con el ilustre hijo y la Sibila,
Y por la ebúrnea puerta los despide.
—Marcha con dirección el noble Eneas
Á las naves, preséntase á los socios,
Y por la recta costa el mar surcando
El rumbo traza de Cayeta al puerto;
Las anclas echan de las altas proras,
Y las popas al fin la playa cubren.



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN SEVILLA,
EN LA IMPRENTA DE D. CELEDONIO SALAS
Y CERRO, EL DÍA I DE ABRIL
DE MDCCCXCVIII.



